ERLE STANLEY GARDNER



PERRY MASON

EL CASO DE LA FORTUNA FANTASMA



Horacio Warren paga quinientos dólares para que Perry Mason asista a una cena buffet para observar a sus invitados. También requiere a Mason para investigar unas sospechosas huellas digitales pues su esposa está siendo chantajeada. Un misterio en el pasado de la señora Warren puede tener las pistas.



Erle Stanley Gardner

El caso de la fortuna fantasma

Perry Mason - 73

ePub r1.0

TuDrep 19.12.14

Título original: *The case of the phantom fortune*
Erle Stanley Gardner, 1964
Traducción: Manuel Bartolomé López

Editor digital: TuDrep
ePub base r1.2



Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BARRINGTON (George): Joven financiero, muy hábil en transacciones bursátiles.
BURGER (Hamilton): Fiscal del Distrito del Condado de Los Ángeles, enconado rival de Perry Mason, que también esta vez es derrotado por éste.
CHESTER (Adelle): Invitada de los Warren y rival de Della Street.
DIXON (Drummond): Dibujante de la Policía.
DRAKE (Paul): Detective al servicio de Perry Mason, y gran amigo del abogado.
FULTON (Farley): Detective empleado por la agencia Drake.
GERTIE: Recepcionista y telefonista de la oficina de Perry Mason, y amante de toda clase de misterios.
GIDEON (Collister Damon): Ex presidiario que años atrás fue juzgado y condenado por estafa al Estado.
HARVEY (Rosalie): Invitada de los Warren y rival de Della Street.
HOLCOMB: Sargento de policía.
KEARNY (Drew): Electricista y testigo de un atraco.
MASON (Perry): Famoso abogado criminista, protagonista de esta obra. Tiene fama de ganar todos sus casos y derrotar al fiscal… como ocurre en éste.
OLNEY (Judson): Gerente de las empresas de Horacio Warren y pretendiente ocasional de Della Street.
PITMAN (Lou): Agente empleado por la agencia Drake.
REDFIELD (Alexander): Experto en balística… aunque a veces deba rectificar sus conclusiones.
ROMNEY: Juez.

STREET (Della): Secretaria particular de Perry Mason y su mejor admiradora.
TRAGG (Teniente): Colaborador de Hamilton Burger, aunque al final siempre reconoce la habilidad de Perry Mason.
WARREN (Horacio): Acaudalado magnate del petróleo.
WARREN (Lorna): Su esposa, cuyo pasado provoca todo el conflicto.

Prólogo

Shigeo Ogata, doctor en medicina, experto en el aspecto de la medicina legal, cuya carrera se ha visto honrada con numerosas menciones académicas, estudió asiduamente con el doctor Richard Ford, al que me he referido varias veces en mis prólogos. Creo que una de las mayores satisfacciones del doctor Ford es saber que los hombres que han estudiado con él ejercen un papel importante en el campo de la medicina legal, en todo el mundo civilizado.

El doctor Ogata presenta una actitud ante la ciencia, típicamente japonesa. En efecto, delante de la ciencia, de la que ha hecho su meta, está como un sacerdote en el templo. En su búsqueda de la verdad, siempre tiene plena conciencia de las enormes responsabilidades contraídas y todo lo subordina a su deseo de hacer resplandecer dicha verdad por encima de todo.

Se educó en Japón y se diplomó en Boston, Estados Unidos, en Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Alemania Occidental, Austria, Italia y Suiza como experto en medicina legal. Actualmente es profesor del Departamento de Medicina Legal en la Facultad de Medicina de Kyoto.

«Cuando empiezo una autopsia —afirma el doctor Ogata— siempre ruego a Dios poder conseguir una respuesta exacta. Si rezo de manera humilde y piadosa, el cadáver me cuenta todos los hechos».

Fue con esta actitud humilde con la que el doctor Ogata efectuó la autopsia de una mujer que fue hallada muerta entre los cañaverales de un río, al pie de una represa.

Al principio, la Policía pensó que se trataba de un suicidio. Sin embargo, el jefe del departamento de lo criminal del cuartel general de la Policía de Kyoto le pidió al doctor Ogata que llevase a cabo la autopsia.

En el cadáver no había nada que pudiese identificarlo, ni marcas en

los vestidos, ni documentos ni otro medio de identificación.

El doctor Ogata, cuidadosamente, diseccionó el cuerpo, enterándose, al hacerlo, de varias cosas respecto a los hábitos y el ambiente de la mujer, cuyo cuerpo estaba diseccionando, así como respecto a su temperamento y mentalidad. Se enteró de muchas cosas gracias a unas pistas que un hombre menos concienzudo y capacitado habría pasado por alto.

Finalmente, logró descubrir y establecer tantas particularidades respecto a las costumbres, al ambiente y a los antecedentes de la mujer, así como a sus facetas mentales, que divulgadas tales características una persona que la había empleado como sirvienta casi un año antes, reconoció la descripción y, tras haber visto el cadáver, pudo efectuar su identificación.

Empleando dicha identificación como punto de partida, la Policía, bajo la dirección del doctor Ogata, pudo encontrar al sujeto que, haciéndose pasar por amigo de la difunta, le robó y fue culpable de su muerte.

Tras haber demostrado que la mujer había sido asesinada, el doctor Ogata consiguió dar el ejemplo de que, investigando más allá de las causas de la muerte, a fin de hallar las pistas características de la mujer durante su existencia, es posible realizar una identificación partiendo de una descripción minuciosa y detallada, y de unos hechos razonados con una mentalidad deductiva.

Fue un éxito muy notable y lisonjero.

Menciono este caso porque es típico de la labor realizada por este grupo de especialistas que han dedicado toda su ciencia al cultivo de la medicina legal.

Como resultado de lo que estos hombres han aprendido de la muerte, los vivos podemos seguir viviendo con bastante seguridad.

Y como el doctor Ogata es un representante típico de este grupo de expertos, y como es sumamente humilde, con un afecto verdaderamente oriental y con toda la devoción a su respeto por la Deidad, me honro dedicando este libro a mi amigo,

SHIGEO OGATA, doctor en medicina.

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo I

Della Street, la secretaria particular de Perry Mason dijo:

—El señor Horacio Warren, un tipo de aspecto opulento, que parece acostumbrado a conseguir lo que desea, está esperando con suma paciencia y ansiedad en la salita exterior.

—¿Y para qué desea consultarme el señor Horacio Warren? —preguntó Perry Mason.

—Esto es un misterio.

—¿Qué misterio?

—Lo único que me ha dicho es que desea pagarle quinientos dólares para lograr que usted asista a una cena que da esta noche.

—Contéstele que no soy un animador profesional —replicó Mason—, que tengo un día sumamente ocupado y que sólo recibo a mis clientes por cita convenida.

—No creo que le quiera a usted como animador social —opinó Della Street—. Añadió que le gustaría que usted llevase una pareja femenina de su propia elección, y que debería observar discretamente a cierta persona y luego comunicarle a él las impresiones obtenidas.

Mason contempló a Della pensativamente.

—¿Es que está pensando en asistir a esa cena?

—Con champaña —asintió al joven.

Mason sonrió ampliamente.

—De acuerdo, haga entrar a Horacio Warren, Della.

La secretaria le obsequió con una graciosa sonrisa, salió a la salita y un momento después regresó escoltando a un individuo de cuarenta años, aproximadamente, con ojos grises que llameaban bajo unas espesas cejas.

—Señor Mason —se presentó—, soy Horacio Warren, de profesión, industrial.

Mason le sonrió levemente.

—Un profesor de caractereología lo clasificaría a usted.

—¿Y usted lo es?

—Un abogado debe serlo. Tiene que serlo si desea triunfar. ¿No quiere sentarse?

Warren se instaló delante de la mesa de Mason, lo contempló atentamente y luego se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa. Sus hombros, muy cuadrados, y su grueso cuello le prestaban un aspecto de beligerancia.

—Éste es uno de los motivos por los que vine a verlo.

—¿Cuál?

—Que sabe usted juzgar a los individuos. Quiero que estudie a una persona.

—Tengo entendido, en efecto, que lo que usted desea se sale un poco de lo corriente —estableció Perry Mason.

—¿Conoce alguna buena agencia de detectives que trabaje para usted? —le interrogó bruscamente Warren, apartándose del tema.

—Sí, la agencia de detectives Drake, cuyas oficinas se hallan en este mismo piso. Paul Drake hace años que trabaja para mí. Es sumamente competente y muy ético.

—¿Es experto en huellas dactilares? —quiso saber Warren.

—¿Qué quiere decir?

—¿Puede clasificar huellas y compararlas?

—Ha tenido algunas experiencias semejantes en algunos casos —le contestó Mason, dignamente—. Pero no está calificado como experto en huellas, aunque está en contacto con varios.

Warren vaciló un momento y luego sacó de un bolsillo de su chaqueta un pedazo de cartulina blanca. Pegado a la cartulina había un poco de cinta adhesiva transparente y debajo de la misma se veían las borrosidades de una huella dactilar.

—Quiero que contrate a Paul Drake para este trabajo —ordenó Horacio Warren—. Quiero un informe completo para las cinco de esta tarde. Es necesario que esté dispuesto para esa hora.

—¿Por qué no cruza el vestíbulo y el corredor y habla usted mismo con el señor Drake? —le preguntó Mason.

—Porque no quiero que Paul Drake sepa quién es su cliente —replicó el industrial—. Quiero que Drake obedezca sólo sus instrucciones, señor Mason.

—Tal vez sería mejor que me contase algo más.

—Esta noche —comenzó a explicar Warren—, mi esposa y yo damos una cena fría para un pequeño grupo de íntimos. No habrá más de quince o dieciséis personas. Quiero que usted asista a dicha cena acompañado de una mujer. Desearía que su presencia en la reunión pareciese completamente casual; en realidad, hasta inesperada. El encargado de mis empresas, Judson Olney, ostensiblemente, será el responsable de su presencia. Olney, aparentemente, habrá invitado a la joven que vaya con usted, y usted se limitará a ser su escolta. No quiero que nadie sospeche que está usted en mi casa en su cometido profesional. Irá usted ataviado para una cena fría con champaña. Corbata negra. La cita es para las siete, hora en que tomaremos el aperitivo, cenaremos a las ocho, y podrá marcharse a las diez. En total tres horas. Estoy dispuesto a abonarle quinientos dólares por estas tres horas, aparte de los gastos que usted me cargue por sus honorarios normales y, naturalmente, lo que cueste la agencia de detectives.

Mason contempló aquellos ojos grises y enigmáticos.

—No me gusta actuar a ciegas —objetó.

—No se trata de un caso corriente —se apresuró a asegurarle Warren.

—Lo parece, en efecto. Bien, ¿qué pasa con esta huella dactilar y por qué necesita la colaboración de una agencia de detectives?

Warren golpeó levemente la cartulina en que aparecía la huella.

—Quiero que el detective descubra a quién pertenece esta huella, o sea, quién la hizo.

Mason sacudió negativamente la cabeza.

—¿Cómo… no? —se irritó Warren.

—Lo que me pide es prácticamente imposible —observó Mason —. Aunque el FBI y la Policía han realizado una labor maravillosa respecto a la comparación de huellas en los casos de bandidos y ladrones bien conocidos, la identificación de una sola huella dactilar es un trabajo tedioso y muy difícil, que no puede ser llevado a cabo por una sola agencia detectivesca. Lo que generalmente se ignora es que una completa clasificación se lleva a cabo siempre a través de diez huellas. Luego, éstas se clasifican mediante cierta clave, y el investigador que la emplea queda limitado en su labor a un número corto de huellas que comparar.

—¿Si tuviese usted diez huellas podría decirme de quién se trata? —se interó Warren.

—Tenemos que contar con otro factor —observó Mason—. Si las huellas de la persona en cuestión se hallan en los archivos criminales del FBI, es posible pedirle a la Policía que efectúe la comparación y nos la telegrafíe. Si, no obstante, las huellas no se hallan en el departamento criminal, probablemente resulte imposible porque las huellas que están archivadas como identificación civil se consideran confidenciales.

Warren asintió, con los ojos entornados como si estuviese meditando algo completamente distinto de lo que Mason le decía.

Luego, bruscamente, se puso de pie, sacó un talonario del bolsillo, arrancó un cheque y se lo entregó a Mason.

—Aquí tiene un cheque por mil dólares. Quinientos son el pago de su asistencia a la cena esta noche. Le daré las señas a su secretaria. Los otros quinientos son en calidad de anticipo para obtener sus servicios como mi abogado. Y ahora, de modo estrictamente confidencial, voy a darle unos datos adicionales, respecto a esta huella.

—Siempre es aconsejable darle al abogado todos los datos —dijo secamente Perry Mason.

—Esta huella —prosiguió Warren— pudo ser hecha por uno de los criados de la casa, por uno de los invitados de esta noche o por un perfecto desconocido. ¿No le sería posible a ese Drake entrar en mi casa y conseguir las huellas de los sirvientes, sin que éstos lo supieran? Creo que después podrían desarrollarse esas huellas latentes, ¿no se dice así?

Mason meneó la cabeza.

—No creo que ello sea posible, y si usted no desea que Drake conozca la identidad de mi cliente, menos aún. Desarrollar una huella latente, señor Warren, es un asunto que exige el uso de diversos polvos coloreados que se esparcen sobre la marca. Luego, ésta tiene que ser fotografiada o, como se ha hecho ya con esta huella, levantada.

—¿Levantada? ¿Qué es esto?

—La huella se espolvorea. Después se coloca un poco de cinta adhesiva transparente sobre la misma, de manera que abarque toda la superficie; después se retira y se coloca sobre una cartulina que

tenga un color apropiado, de forma que la huella resalte en contraste. Por ejemplo, en esta cartulina que usted me ha entregado, la huella fue espolvoreada con grafito: por lo tanto, la huella, después de ser levantada, fue colocada sobre un cartón de fondo casi blanco, para tornarla visible. Bien, si Drake penetrase en su casa y comenzase a levantar huellas, tendría que espolvorear varias superficies, y sería materialmente imposible disimular la evidencia de dichas superficies espolvoreadas y completar su búsqueda dentro de cierto tiempo límite.

—¿Alguna sugerencia? —quiso saber Warren.

—Una, que puede o no ser eficaz. Sin embargo, sería necesario que Drake conociese la identidad de mi cliente, y además resultaría bastante caro.

—El dinero no importa —declaró el industrial—. Bueno, no quiero pasar por un mirlo blanco, no quiero pagar más de lo necesario, pero cuando quiero algo, lo obtengo.

Mason asintió sin contestar.

—¿Cuál es su plan? —preguntó Warren.

—Llevar un abastecedor a su cena. Ostensiblemente, Drake será el jefe del servicio de abastecimientos. De esta forma, el servicio proporcionará su propia vajilla, la cristalería y la cubertería. Los empleados de la agencia de suministros estacionarán una camioneta en el jardín de su casa. Dicha camioneta, claro está, será como el cuartel general del servicio de suministro. Aparentemente, los platos, los cubiertos, las copas y demás objetos, serán llevados de su casa a la camioneta para ser lavados. En realidad, no será así sino que se verán sometidos a diversas manipulaciones. Por lo tanto, habrá un surtido ilimitado de objetos de servicio, para reemplazar de cuando en cuando a los que vayan siendo retirados. Esta camioneta estará dotada de un laboratorio portátil en el que Drake tendrá ayudantes que desarrollarán las huellas latentes en los cubiertos, las copas y los platos, tan pronto como vayan suministrándoles dichos artículos.

—¿Cuánto costaría esto?

—Es caro —admitió Mason—. ¿Cuántos invitados habrá en la cena?

—Quince, si acuden todos. Con mi esposa y yo, diecisiete, y usted y su pareja harán el número diecinueve.

—¿Cuál será la minuta?

—Champaña, «filet mignon», entremeses abundantes… en fin, lo corriente.

—El abastecimiento de la vajilla —puntualizó Mason—, le costará de veinticinco a treinta y cinco dólares por persona. Esta falsa camioneta, que en realidad es un laboratorio para huellas dactilares, con varios ayudantes, cuesta quinientos dólares por noche, además del precio del servicio de suministros.

—¿Puede conseguirse?

—Sí, a menos que otra agencia de detectives la haya contratado para esta noche. Naturalmente, se trata de un servicio muy útil. Generalmente, el público ignora todo lo referente a este truco. Pero siempre está a punto para las agencias de detectives privados que se ven enfrentadas con un problema semejante al de usted.

—Bien, consígala —le ordenó Warren.

—Un momento.

Perry Mason le hizo una seña a Della Street, la cual se apresuró a marcar el número de Paul Drake.

—Hola, Paul —dijo Mason cuando tuvo el detective en línea—, tengo un asunto de huellas dactilares para esta noche. La persona sospechosa puede o no ser uno de los invitados a una cena fría. ¿No podrías alquilar la camioneta-laboratorio para esta noche?

—No lo sé, pero lo averiguaré —replicó Drake.

—Bien, entonces, vuelve a llamarme.

—De acuerdo, Perry.

—Oye —le retuvo Mason, recalcando sus palabras—, averígualo y comunícamelo tan pronto como lo sepas, Paul.

—Sí, Perry. No te había entendido. Hoy estoy un poco espeso. Quieres que salga de la oficina y que te informe por teléfono, ¿verdad?

—Exacto —contestó Mason. Luego colgó—. Dentro de unos minutos sabremos si está libre —le manifestó a Warren.

—Bien, déjeme que le haga una observación —repuso Warren—. La cena es de cierta categoría, por lo que quiero que el servicio sea de primera clase. No quiero nada que resulte miserable o…

—No se preocupe por este aspecto del asunto, señor Warren —le tranquilizó Mason—. El servicio está en manos de personas profesionales. Los detectives solamente se ocupan de la parte del

laboratorio. Usted, por su parte, permitirá que la camioneta se instale en su jardín, en el sitio que le parezca más conveniente. Unos tipos debidamente entrenados para su oficio, llevarán la vajilla a la casa en sendas bandejas y procurarán que nadie toque nada, aparte de los invitados y el servicio. Luego, recogerán dichos artículos y los llevarán al camión, ostensiblemente para lavarlos, pero en realidad para que sean sometidos a un atento examen por los expertos. Tal vez se originen algunas preguntas de curiosidad respecto al servicio de suministros. Usted explicará que lo ha alquilado por recomendación de un amigo, y naturalmente, no permita que, por ninguna circunstancia, los invitados merodeen demasiado por las proximidades del lugar en que se encuentra la camioneta.

Warren asintió.

—Y ahora —añadió Mason—, ¿qué desea usted de mí, específicamente? Supongamos que localizamos esta huella. ¿Qué más? Desea sencillamente que le comunique la identidad de la persona y que me retire de escena o…

—No, he reflexionado un poco —repuso Warren—. Quiero que siga usted en el caso por ahora. Hay ciertas razones por las que va a serme difícil ponerme en comunicación con usted, señor Mason.

—Tiene el teléfono.

—Por desgracia, apenas estoy solo. Hay una secretaria que se encarga de anotar las citas y entrevistas, y poseo un personal bastante complicado.

—Quizá pueda llamarle yo a usted —sugirió Mason—, y mantener una conversación de acuerdo con una fórmula prevista, que parezca ser simplemente de negocios. De esta manera, yo le pasaría la información y…

—No, no. Las llamadas pasan todas por una centralita. No, prefiero dejarle libre a su iniciativa, señor Mason.

—¿Entonces, qué desea exactamente?

—Respecto a esta huella, que descubra quién la hizo. Cuando lo sepa, quiero que proteja a mi esposa contra esa persona, ¿entendido, Mason? No importa quién sea, ni tampoco lo que pueda costarme, dentro del límite legal; pero quiero que proteja a mi esposa de esa persona.

—En otras palabras —observó Mason—, usted está

razonablemente seguro de que esta noche yo sabré quién dejó la huella. Piensa que la persona en cuestión asistirá a su cena.

—Exactamente.

—Y quiere que proteja a su esposa de esta persona.

—Sí.

—¿Qué medidas debo tomar?

—Las que juzgue necesarias.

—¿En qué gastos puedo incurrir?

—En cualquiera que sea razonable. Todo gasto justificado le será abonado sin regatear.

—¿Hasta qué límite?

—No hay límite.

—¿Y si se tratase de varios miles de dólares?

—Repito que no hay límite.

—¿Cree que su esposa se halla en peligro?

—Creo que, o bien mi esposa —repuso Warren— ha caído en manos de un chantajista, o está a punto de caer.

Mason enarcó las cejas.

—Los ciudadanos cumplidores de la ley raras veces se hallan sujetos a sufrir una extorsión, a menos, claro está, que haya algo en su pasado que los torne vulnerables, y supongo que en el caso de su esposa…

—En su caso, ¿qué? —preguntó Warren con irascibilidad, cuando Mason calló sin terminar la frase.

—Seguramente no habrá nada en su pasado.

—¿Por qué no? —rezongó Warren.

—Bueno —Mason se aclaró la garganta—, con su posición social, señor Warren, la mujer con quien usted se casó…

—¡Basta! —gritó Warren.

—¿Basta qué?

—Basta de intentar obtener de mí ciertas informaciones, fingiendo hacerme un cumplido y poniéndome en una situación en la que tenga que efectuar una declaración. Pero sí voy a hacerle una, Mason, y es la única que obtendrá de mí. El hecho de que Lorna sea mi esposa no significa nada.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Diez años. Ha sido un matrimonio muy feliz, pero ella es también diez años más joven que yo. Cuando me casé con ella, yo

era un industrial próspero, no acaudalado; pero razonablemente situado. No indagué en su pasado. Me casé con ella porque la amaba.

—¿Y porque ella le amaba a usted? —apuntó Mason.

—No lo sé. Un hombre nunca lo sabe. A veces pienso que se casó conmigo buscando un refugio. No lo sé. Y puesto que nunca se lo he preguntado a ella, tampoco quiero saberlo de labios de usted. No quiero que usted me cuente nada que pueda descubrir respecto a su pasado o a su presente. Le contrato a usted sólo para una cosa: proteger a mi esposa de la persona que dejó esta huella dactilar, y no me cuente nada de lo que averigüe. Protéjala y de cuando en cuando envíeme la cuenta de sus servicios.

—Una misión un poco dificultosa —se quejó Mason.

—Creo que precisamente usted está especializado en esa clase de misiones. He estudiado su carrera, Mason.

En aquel momento sonó el teléfono privado. Della Street contestó, luego dijo:

—Gracias, Paul —y colgó.

La joven miró a Mason, asintiendo.

—La camioneta estará libre esta noche —le informó el abogado a su cliente.

—¡Excelente!

Mason contempló pensativamente al industrial.

—¿Qué le hace pensar que su esposa esté en peligro? —repitió.

—Intuyo que es víctima de un chantaje.

—¿Cómo lo sabe?

—Primero, por las informaciones de mi banquero. Mi mujer ha estado retirando fondos durante los últimos noventa días. Estas extracciones de dinero han sido importantes y en metálico.

—¿Y usted juzga que ha estado entregando esas cantidades a un chantajista?

—Aún no.

Mason levantó las cejas inquisitivamente.

—Actualmente lleva retirados unos cuarenta y siete mil dólares —prosiguió Warren—, y anoche justamente ella tenía cuarenta y siete mil dólares metidos dentro de un maletín en su dormitorio.

—¿Toda la suma?

—Toda la suma.

—¿Cómo lo sabe?

—Hice unas pesquisas para averiguarlo.

—Entonces existe la posibilidad de que… —empezó a decir Mason.

—Lo sé, lo sé —le interrumpió Warren—. Que mi esposa esté enamorada de otro e intente abandonarme. Lorna no haría esto. Se casó conmigo hace diez años. A la sazón, algo la atormentaba, lo sé. Vino de Nueva York, jamás me habló de su pasado, ni jamás me presentó ni a un solo amigo de su época de soltera. Aparentemente, el único amigo que tenía en el mundo era una persona con la que trabó amistad después de nuestra boda.

—Dicho de otro modo, que su pasado es un misterio.

—Su pasado es un libro cerrado —asintió Warren—. Probablemente, si se lo preguntase, me lo contaría, pero no quiero hacerlo. Lo que usted había sugerido es que podía pensar abandonarme. Bien, me limitaré a asegurarle que Lorna no obraría así. Hizo un trato conmigo y lo cumpliría, aunque esto le costase la vida. Si ocurriese algo y se sintiese sumamente desdichada en el matrimonio, se tomaría una dosis excesiva de barbitúricos o algo por el estilo, no sé. Y precisamente deseo que no ocurra tal cosa.

—Si es cierto lo que usted supone —replicó Mason—, tal vez tendré que inventar una buena excusa para saber bastantes cosas respecto a su esposa.

—De acuerdo, invente la excusa.

—Y lo que usted quiere que yo haga es…

—Proteger a mi esposa de la persona que dejó esta huella dactilar —le atajó Warren.

—¿A toda costa?

—A toda costa, a la que sea, no hay límite; pero tiene que protegerla de dicha persona. Bien, espero que el servicio de suministros esté preparado a servir esta noche un champaña excelente con la cena, y que usted acuda con alguna joven estupenda…

Mason indicó a Della Street.

—La señorita Street será mi pareja.

—Perfecto —aprobó Warren—. Bien, la única persona que podría sospechar que entre nosotros existen relaciones profesionales es Judson Olney. Por lo tanto, será él quien asumirá la

responsabilidad por la presencia en la cena de su secretaria, y habrá sido ésta, oficialmente, quien le habrá rogado a usted que la acompañe. Como usted es un personaje famoso, a Olney se le puede ocurrir pensar que existe una razón lógica para que usted asista a la cena. Olney, por lo tanto, adoptará la postura de ser un amigo de su secretaria, desde hace tiempo, y como está soltero, no habrá complicaciones. Además, puedo añadir que se trata de un soltero «muy conveniente» —agregó Warren.

—¿Y Olney sabrá qué tiene que hacer?

—Olney sólo sabrá que tiene que invitar a su secretaria, la señorita…

—Della Street —le recordó Mason.

Warren sacó un cuadernito del bolsillo y anotó el nombre.

—Todo lo que Judson sabrá es que tiene que invitar a la señorita Street a la cena, como una antigua amistad, y presentarla como tal. Y usted asistirá simplemente a título de pareja de la señorita Street.

—¿Cree que engañaremos a nadie?

—No me importa un comino —replicó Warren agriamente—. Por el momento, no se me ocurre nada mejor. En mis negocios siempre trazo mis planes de acuerdo con la inspiración del momento y luego espero los acontecimientos. Cuando he decidido un proyecto lo llevo hasta el final… y a toda marcha. No me gusta perder el tiempo mirando hacia atrás y lamentándome. Como ésta será la última vez que lo vea a usted, antes de la hora de la cena, quiero asegurarme de que no habrá ningún mal entendido. ¿Alguna pregunta?

—No —contestó Mason.

Warren consultó su reloj.

—Ya he perdido más tiempo del que deseaba. Tendré que presentar mis disculpas por llegar tarde a una cita —empujó el sillón hacia atrás, se levantó, se encaminó a la puerta y de repente se volvió hacia Mason—. No me importa quién sea la persona, quiero simplemente que proteja a mi esposa del ser responsable de esta huella dactilar.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Della Street contempló a Perry Mason.

—Es intrigante y me gusta —declaró.

Mason tenía el ceño fruncido mientras estudiaba la huella

impresa en la cartulina.

—¿Cree que Drake podrá compararla? —volvió a la carga la secretaria.

—Si la persona que la hizo se halla allí esta noche —repuso Mason, pensativamente—, Drake podrá establecer la comparación. A menos, claro está, que la persona en cuestión entre en sospechas y evite dejar huellas.

—¿En sospechas?

—Por mi presencia en la casa.

—Bueno, si esta noche tengo que asistir a una cena con champaña, necesito algún tiempo esta tarde para ir a la peluquería.

—Tómese todo el tiempo que necesite —le concedió Mason—. Se trata del negocio.

Della Street cogió el teléfono y solicitó hora a su peluquero.

—Un momento, por favor —dijo luego, volviéndose a Perry Mason—. Podrá atenderme ahora si voy inmediatamente.

—De acuerdo. Y cárguelo a la cuenta como gastos de este caso. Se trata, en realidad, de un desembolso oficial.

—Iré en seguida —voceó la joven por el teléfono. Luego colgó y de nuevo se enfrentó con el abogado—. Me siento…, me siento…, bueno…, entusiasmada.

Mason rió.

—Usted nunca se queja, Della, cuando tiene que trabajar hasta medianoche, o cuando la llamo para fastidiarle un final de semana. Por lo tanto, esta cena será como una recompensa. Adelante, vaya a la peluquería.

Capítulo II

Eran casi las dos cuando una Della Street, sumamente radiante, volvió de la peluquería.

—¿Qué le parece? —preguntó, adoptando una postura de maniquí delante de Perry Mason, y dando la vuelta sobre sí, lentamente.

—Una maravilla —reconoció el abogado.

—No quiero que tenga que avergonzarse de mí en la cena de esta noche.

—¿Avergonzarme? —se horrorizó Mason—. ¡Si será usted la reina de…!

El teléfono dejó oír tres timbrazos cortos y secos, que era la señal de la telefonista de la centralita de recepción indicando que se había presentado algo urgente. Un momento después, Gertie, la recepcionista, apareció en el umbral del despacho.

—Ahí fuera hay un tal señor Judson Olney —dijo, cerrando la puerta a sus espaldas—, que quiere ver a la señorita Della Street por un asunto personal y urgente. Quiere verla «a solas».

—Es mi novio —respondió Della.

—¿Su qué? —Gertie, atónita, abrió desmesuradamente los ojos.

—Sólo temporalmente —sonrió Della—. Saldré a recibirlo.

Gertie volvió a su puesto.

—Déle un buen vistazo, puesto que va a ser su novio —le intuyó Mason a la joven.

—De acuerdo —asintió Della Street, dirigiéndose a la sala de espera.

Unos momentos después volvió a sonar el teléfono y el abogado, tras levantar el receptor, escuchó la voz de Della al otro extremo de la línea.

—¿Desde dónde habla, Della?

—Desde recepción —repuso la joven secretaria—, para que él no pueda oírme.

—Prosiga.

—Aquí pasa algo raro. Olney no quería ver a nadie más que a mí, pero tras unos momentos de charla me ha preguntado quién sería mi pareja y yo he contestado que usted. Esto ha parecido preocuparle un poco. Lo cierto es que ahora que sabe que se trata de usted, parece querer verlo. A mi entender, ese muchacho se halla bajo los efectos de una gran tensión.

—Pregúntele si quiere que lo reciba —dijo Mason—, y en tal caso, hágale pasar.

—Seguro que sí. No tardaremos ni dos minutos —le aseguró Della Street.

Sin embargo, no había pasado ni un minuto desde el instante en que Perry Mason colgó el receptor, cuando se abrió la puerta y Della anunció:

—Señor Mason, le presento a Judson Olney, el gerente de las empresas Warren.

Judson Olney, un joven que sonreía con facilidad, con un aspecto bastante informal en toda su persona, avanzó y estrechó la mano del abogado.

—Encantado, señor Mason. Siento molestarlo; pero Della me ha contado que usted sería su pareja esta noche y he pensado que era preferible saludarlo. Della y yo somos viejos amigos de la escuela. Yo estaba ya en el último curso cuando ella aún se hallaba en uno de los primeros; pero entonces ya me fijé en ella. Luego nos separamos y perdí su rastro.

—¿Y cómo ha vuelto a encontrarlo? —quiso saber Mason sin ninguna expresión en su rostro de granito.

—De la manera más sencilla del mundo —continuó Olney—. Ayer iba andando por la calle cuando la vi conduciendo su coche. Al instante la reconocí. Y cuando ella estacionó el vehículo no muy lejos de allí, me acerqué al guardián del aparcamiento y le pregunté si la señorita Della Street era una parroquiana regular de aquel sitio. Fue así como me enteré de que trabajaba como secretaria del gran Perry Mason. Bien —sonrió Olney—, ésta es la historia. Podía haber imaginado algo más misterioso y hacerme pasar por un hombre en posesión de una mente muy deductiva; pero siempre

prefiero decir la verdad.

Sus ojos azules se posaron con sinceridad en el semblante de Perry Mason.

—¿Y es ésta la verdad? —preguntó el abogado.

Della Street miró a Judson Olney, afirmando con la cabeza.

El joven sonrió plácidamente.

—Está bien, ésta es la historia que yo inventé. Mi jefe, Horacio Warren, me ordenó que buscase una justificación para mi antigua amistad con la señorita Street, y que la invitase a la cena de esta noche. Por otra parte, yo tengo que pasar únicamente por un antiguo amigo suyo, que había perdido su pista y la ha encontrado recientemente. Y en calidad de tal, me veo obligado a solicitar de la señorita Street que lleve una pareja. Bien, ella me ha dicho que la pareja será usted.

Mason asintió.

—Perfecto —aprobó Olney—. Como tenía que contar una historia de los viejos tiempos escolares y demás, he querido ensayarla antes.

—¿No puede mejorarla un poco? —preguntó Mason.

—No. Ideé una historia mejor, pero temo que resultase muy vulnerable si alguien la comprobase.

—¿Piensa que alguien lo hará?

—No lo sé —repuso Olney, con cautela—. Y prefiero pisar terreno firme. En realidad, no sé nada de nada. Me han dicho lo que tengo que hacer y yo no hago más que seguir las instrucciones. También me han ordenado que pergeñase una historia congruente.

—¿Esto es todo lo que sabe?

—Exactamente. Pero ahora quiero decir una cosa por mi cuenta.

—Adelante.

—Aunque no sé de qué se trata —manifestó Olney, grave de repente y con mirada dura—, supongo que es algo relacionado con Lorna Warren.

Mason frunció el ceño.

—¿Tiene usted algún interés particular en que sean protegidos los intereses de la señora Warren?

—En absoluto —afirmó Judson Olney. Pero al instante se corrigió—. Un momento. Sí. Lorna Warren es una de las mujeres más dulces y simpáticas que he conocido. Tranquila, sosegada,

considerada, y trata bien a todo el personal de la oficina. Y ahora, de repente, se me ha ocurrido que tiene que haber algún motivo para todo este intríngulis en el que me hallo metido; y que Horacio Warren puede no estar interesado en la presencia de la señorita Street en su fiesta, sino en la de usted, señor Mason. Espero que no le importe que ponga, por lo tanto, mis cartas boca arriba.

—En absoluto —le invitó Mason a continuar.

—Horacio Warren es mi jefe. Le soy muy leal en lo que respecta a sus negocios. Su esposa, Lorna, es algo muy, pero muy especial. No, no tome a mal mis palabras, señor Mason. Mis sentimientos hacia ella son simplemente los mismos que todos los que estamos en la oficina. Nos gusta Horacio Warren e idolatramos a Lorna. Y no me agradaría en absoluto verme metido en un asunto cuyo objeto fuese hacerle asistir a usted a la cena de esta noche, si ello le reportase algún inconveniente a Lorna.

—¿Espera ahora que yo le haga una declaración? —inquirió Mason.

—Exactamente.

—No tengo ninguna relación oficial con Horacio Warren ni su esposa que pueda provocar nada que vaya en contra de los intereses de esta última —proclamó el abogado.

El rostro de Judson Olney se iluminó.

—Vaya, me alegro. Me siento mucho más aliviado. Bien, de nada sirve tratar de fingir con ustedes. Señor Mason, llegarán ustedes a las siete, ¿verdad? ¿Puedo gozar del privilegio de estampar un casto beso en la mejilla de señorita Street? Al fin y al cabo, usted, Della, era la belleza inalcanzable de la escuela, cuando ambos asistíamos a la misma.

—¿Cuando usted iba al curso superior y ella al primero? —se burló Mason.

Olney hizo una ligera mueca.

—Este comentario a la historia no suena muy bien, dicho con el tono sarcástico de un abogado.

—¿Por qué decirlo, entonces?

—Porque es la única historia que resistirá cualquier investigación.

—¿Y a usted le han dicho que podía ser investigada la historia que contase?

—Me han ordenado contar una historia que no pareciese falsa. Y yo obedezco la orden.

—En vista de nuestras antiguas relaciones en los días escolares —terció Della, maliciosamente—, y de su ferviente y no declarada pasión, que usted consiguió ocultar con tanto éxito, le permitiré un beso en la mejilla y una pequeña charla respecto a los estudios, los compañeros y los profesores.

—Estupendo —exclamó Olney—. Esto es lo que me proponía: dejarlo todo bien sentado y aclarado para que esta noche no haya el menor fallo.

Se inclinó, sonrió, retrocedió hacia la puerta, se detuvo y dio media vuelta. Había dejado de sonreír.

—Me gustaría saber qué pasa —dijo.

—Un momento, Olney —repuso a su vez el abogado—. Su historia no me gusta. ¿No podría idear otra mejor?

Olney volvió al centro del despacho, contempló pensativamente el suelo y de repente hizo chascar los dedos.

—¡Ya está! —gritó—. ¡Una travesía en barco! Hace cuatro años yo estuve en el Caribe, desde donde bajé a Sudamérica. Bailes en cubierta a la luz de la luna, un ambiente cálido y aromado de especias… ¡Maravilloso! Allí fue donde la conocí, señorita Street.

Della obsequió a Olney con una sonrisa.

Mason pareció dudoso, pero se abstuvo de efectuar ningún comentario hasta que Olney hubo salido de la estancia. Después contempló con mirada meditativa a la secretaria.

—O su antiguo amigo es un buen actor o un maldito embustero —exclamó.

—Supongo que esto significa —observó Della Street, con las pupilas resplandecientes— que le pedirá a Paul Drake que esta noche obtenga también las huellas dactilares de Judson Olney, ¿verdad?

—Exactamente, Della.

Capítulo III

La residencia de Horacio Warren, situada en el 2420 de la calle Bridamoore, resplandecía como un ascua de luz. La casa se hallaba separada de la calle y el sendero semicircular que llevaba hasta la escalinata era suficientemente amplio para los coches allí estacionados.

En el ala oeste de la casa y saliendo del sendero se veía un amplio camino que conducía a un garaje, capaz para tres coches.

Perry Mason, aflojando la marcha, miró a Della Street y le dijo:

—Observo que este sendero está lleno de coches aparcados, pero llegamos a tiempo. Usualmente, los invitados suelen llegar poco a poco, a intervalos.

—¿Qué significan sus palabras, jefe?

—Que todo ha sido planeado así —replicó el abogado—. Warren ha querido que todos los demás invitados estuviesen ya aquí cuando llegásemos nosotros.

—¡Oh! —exclamó Della Street—, mire en el caminito que conduce a aquel garaje.

—Ya lo he visto. La camioneta del suministro.

—¡Pero fíjese en el letrero! «Servicio de abastos Drake».

—El nombre está pintado encima del verdadero —le explicó Mason—. Pero sólo el nombre. De esta forma, puede cambiarse según la ocasión. Tendremos que bromear con Paul respecto a este servicio.

—Sí, es algo nuevo para él.

—Bien, al parecer —observó Mason—, tenemos que entrar por ahí y estacionar el auto en la parte izquierda. Evidentemente, esta mansión se construyó pensando en esta clase de fiestas.

—Una mansión para el dolor de cabeza —replicó Della—. Se necesita un enjambre de sirvientes para cuidarla, y hoy día es un

verdadero quebradero de cabeza conseguir un buen servicio.

Mason hizo maniobrar convenientemente el coche hasta dejarlo estacionado y salió para abrir la portezuela y ayudar a descender a su secretaria.

—Bueno, ya estamos aquí —comentó—, para tomar parte en un argumento que ha sido escrito por un vulgar aficionado.

—¿Cree que alguien entrará en sospechas? —inquirió Della Street.

—Depende de quienes se hallen presentes, Della, pero si se trata de un grupo de íntimos que se reúnen de cuando en cuando, y esto es lo que supongo, la presencia de un abogado y su atractiva secretaria provocará considerables comentarios, muchos cálculos, y si se halla presente una persona culpable, no se dejará engañar por más de diez segundos.

—Sí —afirmó Della, mientras avanzaban hacia la puerta de la casa—, puedo figurarme muy bien a un chantajista apretando a la señora Warren y luego asistiendo a una fiesta en la que el célebre abogado es presentado como invitado. Bien, tal vez no fuese tan malo, jefe. A lo mejor, el tipo se asustaba y cambiaba sus planes.

—A lo mejor o a lo peor —replicó Mason dubitativamente y oprimiendo el timbre de la puerta, que resonó alegremente en el interior.

La puerta la abrió Judson Olney.

—¡Oh, ya está aquí! —exclamó, cogiendo ambas manos de Della Street—. Te estaba esperando con impaciencia —entonces se volvió hacia el abogado—. Y este caballero es…

—El señor Perry Mason —le presentó Della Street—. Jefe, le presento a Judson Olney. Ya le hablé de él esta tarde.

—Oh, sí —exclamó Mason, aceptando la mano del joven—. Encantado, señor Olney.

Olney expresó su placer por aquella oportunidad y luego se volvió a medias hacia una pareja que se hallaba en el vestíbulo.

—Lorna, ésta es la joven de quien le hablé. Ésta es la señora Warren, Della. Y ahora les presento al señor Mason. La señora Warren y el señor Horacio Warren, nuestro anfitrión. Della Street y el señor Mason.

—Bien venidos —dijo la señora Warren—. Ciertamente, es un placer. Judson me contó todo lo referente al crucero que efectuó en

su compañía, señorita Street, y añadió que estaba usted aún más hermosa que entonces, cosa que ahora creo sin ningún género de duda. Judson, ha sido usted muy listo al lograr encontrar de nuevo a su amiga.

Olney se golpeó la sien con los nudillos.

—Marfil puro —dijo.

Warren estaba mirando a Mason pensativamente.

—¿No nos hemos visto antes en alguna parte? —le preguntó.

—¿Cree usted? —retrucó Mason, mirándole fijamente a los ojos.

—Sí, le he visto en… —Warren frunció la frente—. No, un momento, he visto una foto suya… Mason… Mason… ¡Claro! Usted es Perry Mason, el abogado.

—Exacto —asintió el abogado, con gravedad.

—Caramba, cuánto honor —exclamó Warren, con sumo respeto en la voz.

—¡Perry Mason! —repitió su esposa—. ¡Oh, Perry Mason en persona! ¡Cuando lo sepan mis invitados…! Vaya, esto sí que es noticia. Permítanme —añadió— que recoja su abrigo y los presentaré a todos los invitados. En realidad, es sólo un grupo de íntimos.

Horacio Warren avanzó para coger a Mason por el brazo.

—Bien, bien, el gran Perry Mason. Es un gran honor, señor Mason.

—Gracias —repuso con sequedad el abogado.

En el salón se hallaban una media docena de personas conversando animadamente, todas con vasos de combinados en la mano. A través de unos enormes ventanales era dable divisar una piscina iluminada con luz indirecta, produciendo el efecto de la claridad lunar sobre la amplia franja de cemento y el césped que la bordeaba.

Otras ocho o diez personas se hallaban formando grupos, o sentadas sobre tumbonas, en torno a la piscina.

El sonido de una docena de voces hablando a la vez, con alguna risita femenina, llegó como un zumbido a los oídos de Perry Mason y Della Street cuando llegaron al salón.

Horacio Warren se adelantó hacia el micrófono de un tocadiscos alta fidelidad, combinado con un magnetófono y pulsó una clavija.

—Damas y caballeros —gritó por el micrófono—, tengo que

daros una gran noticia…

Por la forma como los demás levantaron la mirada, sumamente divertidos, Mason supuso que Warren solía emplear aquel sistema para hacer frecuentes anuncios.

—Se trata —prosiguió el anfitrión— de una historia romántica, historia cuyo protagonista es mi gerente, Judson Olney, el cual conoció a una joven cuando hizo un crucero por Sudamérica, hace unos años, y después perdió su rastro. Ahora, por casualidad, volvió a verla y con el permiso de mi esposa la ha invitado aquí esta noche. Lo mejor del caso, es que ha descubierto que dicha joven, que por aquel entonces pensó que podía ser una de las célebres estrellas de Hollywood, está trabajando en una oficina como secretaria, y como Judson tendrá que estar ocupado con múltiples asuntos durante parte de esta velada, le pidió a la joven que viniese acompañada. Bien, la joven eligió como pareja a su jefe; damas y caballeros, este jefe es nada menos que el famoso abogado, el gran Perry Mason. Y la joven es la bellísima Della Street. ¡Y aquí están los dos! ¡Adelante, por favor!

Warren levantó una mano y Della Street y Perry Mason avanzaron, en tanto un foco los iluminaba completamente.

Warren siguió sosteniendo el micrófono.

—Démosle un fuerte aplauso a esta pareja —propuso.

La gente dejó los vasos donde pudo y todos rompieron en un prolongado aplauso. El foco se apagó.

Warren se volvió hacia Mason.

—No me gustan las presentaciones formales, en las que hay que ir de uno en uno, dando nombres. Prefiero hacerlo por el micrófono. Ahora, todos los presentes se presentarán a usted por sí mismos y usted podrá catalogarlos. Pero antes, tomemos un trago.

—Posee usted una voz muy notable, señor Warren —observó Mason—. Ha hecho usted el anuncio de manera profesional.

El rostro de Warren resplandeció de placer.

—¿De veras? Muchas gracias.

—Estoy seguro de que usted debió dedicarse a las tablas en su juventud.

Pero Warren no mordió el anzuelo.

—Venga por aquí y bébase un combinado. Tenemos un servicio a domicilio que hace maravillas.

Warren le condujo hasta un bar portátil donde un camarero de cara impasible servía a sus clientes. Después de escuchar sus peticiones, levantó la tapa de un recipiente aislado.

—Mire esto —comentó Warren—. Los vasos están casi helados. ¿Qué quiere?

—Tanto la señorita Street como yo tomaremos un whisky escocés con hielo —decidió Mason.

El camarero cogió unas largas pinzas de metal, extrajo los cubitos, colocó los vasos sobre una bandeja, metió dentro de cada uno un par de cubitos, vertió el whisky y alargó con gravedad la bandeja.

Della Street cogió uno de los vasos, aparentemente inconsciente de que al hacerlo dejaba en el mismo sus huellas dactilares.

Mason aceptó el otro vaso.

—Y ahora, si me disculpan —dijo Warren—, tengo que efectuar una llamada telefónica. Instálense como en su casa. Todos son amigos íntimos.

—¿Podría darme una lista de sus invitados? —solicitó Mason.

—Ya he preparado una. Pensé que la necesitaría. Una para usted y otra para su encantadora secretaria. Las tengo aquí.

Warren, de forma subrepticia, puso una hoja de papel doblada en la mano de Mason, se volvió y llevó a cabo la misma operación con Della Street.

—¿Qué tal va el servicio a domicilio? —quiso saber Mason.

—Maravilloso —se entusiasmó Warren—. Realmente, es algo excepcional. No creí que fuese posible. Y ahora, si me perdonan, iré a efectuar esta llamada telefónica.

Warren comenzó a alejarse, luego miró a Mason y le guiñó un ojo y le hizo un gesto con la cabeza, indicándole que le siguiera.

—Tendré que dejarla abandonada a sus propios recursos por un rato —murmuró Mason al oído de su secretaria.

Y con el vaso en la mano, Mason fue a reunirse con Warren.

—Hay una ducha más allá de la piscina —le explicó el industrial —. A la derecha de la ducha hay una puerta que conduce a un cuarto de baño. Esta puerta estará entornada. Búsqueme allí dentro de cinco minutos, o cuando pueda. Finja que está explorando el terreno. Salga y examine la casa. Luego dé la vuelta a la piscina. Deje que su secretaria circule en libertad.

—La gente se me acercará a saludarme —susurró Mason, mirando en torno—. Será un poco difícil…

—De acuerdo, le esperaré. Quiero enseñarle algo.

Judson Olney cogió del brazo a Della Street.

—Nenita, es una delicia volver a verte —exclamó—. No debiste salir de mi existencia de la forma que lo hiciste.

—Tú fuiste quien salió de mi vida —le recordó Della.

—Debiera estar avergonzado, Judson —intervino la señora Warren, aproximándose a la pareja—, de haber dejado escapar a una joven tan maravillosa.

Olney rodeó los hombros de Della con el brazo, la atrajo hacia sí impulsivamente y contestó:

—Todavía no la he dejado escapar. Vamos, te presentaré a algunas personas.

Perry Mason salió a la piscina, deteniéndose unos instantes para estrechar las manos de las personas que se iban presentando por sí mismas, pero procurando evitar trabar conversación.

Tras varios minutos, el abogado comenzó a dar la vuelta a la piscina, como admirando la casa.

Casi diez minutos transcurrieron antes de tener la oportunidad de abrir la puerta de la derecha de la ducha sin levantar sospechas de nadie.

La puerta daba a un cuarto de baño muy suntuoso, con una bañera de losetas y grandes espejos.

Horacio Warren le estaba esperando.

—Quiero que vea una cosa con sus propios ojos —le conminó.

Abrió la puerta de la izquierda de las dos que tenía el cuarto de baño y le indicó a Mason que le siguiera.

—Éste es el dormitorio de mi esposa. Tenemos habitaciones separadas. Yo duermo muy mal y a veces tengo que atender una docena de llamadas durante la noche. Mi cuarto es a prueba de ruidos, y asimismo éste está muy aislado.

—Un momento, aunque me embarace la cuestión —le interrumpió Perry Mason—. ¿Su esposa no sabe que usted me está enseñando su dormitorio?

—¡Cielos, no! Sólo quiero que vea algo con sus propios ojos. Que eche una ojeada.

Warren avanzó hacia un armario enorme, corrió una de sus

portezuelas y sacó un maletín cerrado.

—Claro que puede abrirse con cualquier llave —explicó.

El industrial insertó una en la cerradura, la hizo girar, soltó después los dos pasadores que lo mantenían cerrado y exclamó:

—Ahora vea esto… —de pronto retrocedió, sorprendido—. ¡Dios mío!

El interior del maletín estaba lleno de periódicos viejos.

—¿Qué diablos…?

—¿Era esto lo que quería que viese? —inquirió Mason con inocencia.

—¡Claro que no! Hasta hace muy poco, este maletín contenía cuarenta y siete mil dólares en billetes de veinte, cincuenta y cien dólares.

—¿Los contó?

—Sí, los conté.

—¿Cree que existe la posibilidad de que alguien los haya robado?

—No sé qué puede haber sucedido.

—Está bien —repuso Mason, suavemente—, ésta es la ocasión de poner las cartas boca arriba. Lleve este maletín a la camioneta. Haga que los expertos busquen y saquen las huellas que pueda haber. Y luego veremos a quién pertenecen.

—Seguramente, ahí estarán las mías —dijo Warren.

—Las suyas y las de alguien más.

—Y las de mi mujer.

—Sí, pero también las de alguien más —repitió el abogado.

Warren meneó la cabeza.

—No quiero hacerlo.

—¿Por qué?

—Mi esposa puede entrar aquí y echar de menos este maletín, y aun después de haberlo devuelto a su sitio, podría descubrir que ha sido espolvoreado. Usted dijo que esta operación deja señales.

—Pueden engrasar esta piel hasta que no quede rastro —sugirió Mason—. Las señales sólo quedarán en los apliques de metal.

—No —se obstinó el industrial—. No quiero que mi esposa tenga la menor posibilidad de descubrirlo. Además, tendría que enfrentarme con el problema de sacar el maletín de la casa.

—¿No hay una puerta trasera?

—Sí.

—Entonces…

—¿Pero y si ella entra en el dormitorio buscando el maletín y ve que ha desaparecido?

—Entonces, usted puede poner las cartas boca arriba con su esposa —le aconsejó Mason—. Puede contarle lo que está haciendo para protegerla.

—¡Nunca! —decidió Horacio Warren con énfasis, cerrando el maletín. Volvió a dejarlo dentro del armario y cerró la puerta.

—A menos que mi mujer decida confiar en mí, no quiero forzar la suerte. Quise, eso sí, que viese usted el dinero por sí mismo. Bien, supongo que el chantajista está ya actuando.

—¿Su esposa no tiene bastante dinero propio para pagar tal extorsión? —preguntó Mason.

—Durante los últimos noventa días estuvo vendiendo algunos valores, y quizá también antes. Sí, tiene bastante dinero para pagar, si ha convertido todos sus valores. Yo soy un creyente de la independencia financiera en un matrimonio, señor Mason. Para su información, le diré que he sido muy generoso con mi esposa, y que he tenido bastante éxito en este aspecto, digamos financiero —gesticuló con la mano de forma vaga—. Esto puede deducirlo por la casa en que vivimos. No, no quiero que Lorna sepa que he estado investigando sus asuntos, ni que me he confiado a usted, o que usted… Vamos, salgamos de aquí.

—De acuerdo —asintió Mason, y empezó a seguir a Warren hacia la puerta del baño.

Bruscamente se abrió dicha puerta y Lorna Warren apareció en el umbral, con una expresión de incredulidad.

Su marido se detuvo en seco, y luego dijo casualmente, aunque con excesiva melosidad:

—Le estoy enseñando la casa al señor Mason, querida. Y me tomé la libertad de mostrarle tu dormitorio. Ahora —añadió, volviéndose hacia el abogado—, mi dormitorio se halla al otro lado. Podemos llegar al mismo a través del cuarto de baño o por el corredor. Yo poseo otro baño. Por aquí, por favor.

Lorna Warren se hizo a un lado.

—Cuando hayas terminado, querido —díjole a su marido—, los del servicio a domicilio quieren saber qué hay de la cena. En la

camioneta tienen un hornillo y necesitan que les avisemos con veinte minutos de anticipación.

—Perfectamente. Diles que lo tengan todo a punto. Comenzaremos dentro de veinte minutos.

—Ya han traído los canapés.

—Bien, bien —asintió Warren—. Verdaderamente, es un servicio excelente. Por aquí, señor Mason, le enseñaré el resto de la mansión. Los dormitorios de los invitados se hallan en la otra ala.

Ya en el corredor, el industrial se volvió hacia Mason.

—¡Caramba, por poco sí nos pilla! —susurró—. Figúrese qué habría ocurrido si yo hubiese llevado el maletín en la mano.

—¿Qué habría ocurrido? —quiso saber Mason.

—Me estremezco sólo de pensarlo. Habría tenido que darle explicaciones.

—También debería poner a su esposa en la posición de dar explicaciones —replicó el abogado—, si va usted a proteger a una persona, a fin de conocer el peligro que…

—¡No, no! —le interrumpió Warren vivamente—. Esto destruiría todo el efecto que persigo contratándole a usted. Quiero llevar este asunto de forma que Lorna no sospeche que es usted algo más que un simple invitado, ni quiero que suponga que yo conozco los problemas financieros que la agobian.

—Está bien, usted mismo, pero si ella es víctima de chantaje, si ha efectuado un pago por valor de cuarenta y siete mil dólares, es tarde para protegerla de esto.

—Lo sé, lo sé, pero el dinero en sí tiene poca importancia —repuso Warren—. Quiero protegerla del extorsionista o de cualquier otro peligro que la amenace, y ésta es probablemente la última oportunidad que usted y yo tendremos de conversar. Como le dije, la estructura de mi negocio es muy compleja y las llamadas pasan por una centralita.

—¿Qué es lo que sabe Judson Olney? —interrogó Mason.

—Nada, nada, ni quiero que sepa nada.

—Pero sí sabe que lo de él y Della Street es un camelo puro.

—Ciertamente. Piensa que yo quiero presentar a Della Street a un individuo esta noche.

—¿A quién?

—A Barrington. Encontrará el nombre en la lista que le he dado.

Bien, éste es mi dormitorio y…

Mason entró y cerró la puerta.

—Ahora, Warren, hábleme de Barrington —solicitó.

—No hay nada que decir. George P. Barrington es el hijo de Wendell Barrington, el gran magnate del petróleo. George tiene a su cargo algunos pozos y yo poseo algunas propiedades que pueden ser arrendadas. Y él está interesado en el arriendo de dichas propiedades. Confidencialmente, Mason, no me importa cerrar el trato o no, pero le invité esta noche porque ha estado saliendo con una joven no demasiado… buena. Ahora andan reñidos. Y le dije a Judson que quería presentarle a Della Street.

—¿Y cómo se imagina Judson que usted conoció a mi secretaria?

—Hace un par de semanas —dijo Warren—, hablé en una asamblea de la Asociación de Secretarias de la Ley, y le conté a Olney que allí estaba Della Street, y que si bien no la conocía personalmente, me había impresionado su belleza, había averiguado quién era, y había ido a verla para invitarla a esta fiesta, pidiéndole que viniese acompañada. Le dije también que deseaba presentársela a George Barrington. Y esto es todo lo que sabe Judson. Ahora tenemos que volver con los invitados, Mason. Una vuelta por la casa es una cosa, pero tanto de conferencia puede despertar recelos, y esto destruiría todo mi proyecto.

Horacio Warren abrió la puerta con firmeza y dejó pasar a Perry Mason.

—¿Qué es lo que le asusta? —le espetó bruscamente el abogado a su acompañante.

—¿A mí? Nada. ¿Por qué?

—Está usted asustado hasta la médula de los huesos. Está asustado, al pensar que alguien descubra que usted me ha consultado. En vez de dirigir al personal de su oficina, deja que sea al revés. ¿Cuál es la respuesta?

—La que ya le he dado —se apresuró a responder Warren—. Pero ahora no hay tiempo para más detalles, Mason.

—¿Cuándo lo tendremos?

—Lo ignoro. Además, esto no importa. Usted ya sabe qué tiene que hacer. Tiene las manos libres… y un cheque en blanco. Proteja a Lorna.

—Es usted un buen actor, Warren —observó Mason—. Hábleme

de la manera cómo aprendió la profesión.

Warren pareció perder parte de su tensión.

—En un momento dado de mi vida fui productor. Y hasta actué en un par de espectáculos, pero no quiero que lo sepa nadie, particularmente Lorna. Pensaría que… Bueno, ya sabe lo que la gente piensa en tales casos.

—No —replicó Mason—. Los espectáculos tienen que ser financiados, y no dejan de ser un negocio.

—Lo sé, lo sé, pero… Usted es soltero, ¿verdad?

—Sí.

—Esto lo explica todo —opinó Warren, marchando con firmeza por el corredor y penetrando en el salón donde la reunión se hallaba en pleno apogeo, gracias a las bebidas; más potentes las voces masculinas y las risas de las mujeres más expansivas.

—Si no le importa —añadió Warren—, me mantendré separado de usted por el resto de la velada.

—¿Dónde está Barrington? —se interesó Mason.

—Es el tipo que está conversando tan animadamente con su secretaria.

Mason divisó al individuo alto y delgado, de unos treinta años, que parecía casi un maniquí con su camisa y su corbata negra, sus hombros anchos, su esbelta cintura, el bronceado de su semblante, los altos pómulos y la postura completamente afectada.

—Sabía que le gustaría Della Street —comentó Warren—. Mírele, se ha enamorado por completo.

—Oiga, Warren —gruñó el abogado—, no estoy seguro de que me guste esto. No sé qué clase de juego se trae usted entre manos, pero por lo visto quiere usar a Della como cebo para realizar un trato con Barrington.

—¡No, no! —protestó Warren—, éste es el gambito que empleé con Judson Olney. Pero sabía que Barrington se enamoraría de Della. Y ahora, si me lo permite, Mason…

Warren dio media vuelta y se alejó.

Mason continuó unos instantes mirando a Barrington estudiando al hombre a quien, al parecer, tan hondamente había impresionado Della Street.

Entonces, una mujer con un vaso en la mano izquierda se acercó al abogado y le preguntó cuál era la receta mágica que utilizaba

para ganar todos sus casos. Al cabo de un momento, Mason se encontró convertido en el centro de la atención general.

Capítulo IV

A las diez en punto, Perry Mason rescató a Della Street de un grupo de admiradores, les dio las buenas noches a sus anfitriones y consintió en que Judson Olney emplease sus dotes histriónicas en su despedida con Della Street, llegando a darle un beso en la mejilla.

—Y ahora que te he encontrado, no quiero volver a perderte —añadió el joven. Agregando con énfasis—. Y lo digo de veras.

—Ahora que ya ha estacado su mina, Judson, no sea tonto y no se la deje arrebatar —le aconsejó la señora Warren.

—Naturalmente —asintió Judson.

Mason, volviendo la cabeza, captó una mirada de odio dirigida a Della. Reconoció a la joven de relampagueantes ojos, llamada Chester, y a la que alguien había llamado Adelle. El abogado tomó nota mental para interrogar a Della a su respecto cuando llegasen a la oficina.

Horacio Warren le estrechó calurosamente la mano al abogado.

—Estoy en deuda con Judson y la señorita Street. Créame, ha sido un placer y un honor, y ciertamente espero que vuelva a honrarnos con su visita.

Mason se inclinó, le dio las gracias, y cogiendo a Della por el brazo abandonó la residencia. Cuando llegaron al lugar donde tenían estacionado el coche, ayudó a la joven a subir y luego puso en marcha el motor.

Della se echó a reír alegremente.

—Parece usted un tipo que acabe de saltar del sillón del dentista.

Mason guió el coche hasta fuera del sendero.

—Me aburren estas conversaciones triviales. Estoy harto de estar de pie y de ir de grupo en grupo. Detesto a las mujeres que deliberadamente se embriagan y luego tratan de fingir que están

serenas.

—Sólo hubo una —objetó Della Street—. Las demás se portaron muy bien.

—Con una hubo bastante —rezongó Mason—. Me siguió por todas partes, con un vaso en la mano y el dedo índice enganchado a la solapa de mi chaqueta como si temiera que me escabullese… A propósito, ¿quién es la rubia que la miraba como si fuese usted un bicho?

—Oh, Adelle Chester —contestó Della—. George Barrington me la presentó. Y al instante me cobró aversión. No fue la única. Había otra, una tal Rosalie Harvey. No sé si se fijó en ella. Una chica de cabello negro y ojos verdes. Llevaba un…

—Me fijé —la interrumpió Mason—. ¿No está relacionada con el negocio de Warren?

—Es la secretaria de Judson Olney. Lleva con él cinco años. Creo que husmeó una rata y también que reventaba de curiosidad, pero no se atrevió a formular preguntas directas.

—Bien, es fácil adivinar el motivo de la animosidad contra usted de ambas chicas. Barrington se dedicó exclusivamente a usted, dejando de lado a su pareja, lo cual explica la actitud de Adelle Chester. Y después de la soberbia interpretación de Judson Olney, cuando afirmó que le había entregado su corazón a usted a la luz de la luna, no es difícil comprender la actitud de su devota secretaria que, secretamente, lo idolatra desde hace cinco años, sin haber logrado nada. Aunque no hubo evidencia de hostilidad por parte de ninguna. ¿Pero cómo encaja Judson Olney en el cuadro?

—Como gerente de las empresas, es el brazo derecho de Horacio Warren.

—Un poco joven para un cargo de tanta responsabilidad, ¿verdad?

—Depende de como se mire. Es listo, créame, muy listo, y medita mucho —afirmó Della Street.

—¿Sobre qué?

—Sobre su presencia en la fiesta.

—Sí —asintió Mason—, supongo que habría meditado bastante a este respecto, particularmente si se tiene en cuenta que mi trato social es bastante limitado. ¿Con qué motivo se daba la cena, Della?

—No lo sé —admitió la joven—. Presumo que sólo para

divertirse. Pero era un grupo muy conglomerado. Barrington fue invitado por motivos de negocios. Otros procedían de la empresa. Un par eran vecinos. Y otros, al parecer, eran miembros del club de bridge al que pertenece la señora Warren. ¿Se ha divertido, jefe?

—Me he ganado mis quinientos dólares —gruñó Mason—. No piense que soy un viejo ogro, Della; pero un profesional goza más solo que en esta clase de reuniones. Al menos, cinco personas se han acercado a mí para hablar en términos generales de la ley y mi carrera, hasta llegar a solicitar mi consejo sobre alguno de sus problemas legales. Ya sé que un médico raras veces puede asistir a una reunión social sin que la gente le pregunte su opinión sobre sus dolencias, reales o imaginarias.

—¿A dónde fueron usted y Horacio Warren cuando usted salió a la piscina? —inquirió Della—. Procuré seguirle con la vista, pero usted desapareció por la ducha.

—Atravesamos un cuarto de baño —le explicó Mason—, y penetramos en el dormitorio de Lorna Warren.

Della enarcó las cejas.

—Warren deseaba enseñarme un maletín que contenía, según él, cuarenta y siete mil dólares, y que su esposa guardaba dentro de un armario.

—¿Vio el maletín?

Vi el maletín, pero sólo contenía recortes de periódicos.

¿O sea que ya ha pagado al chantajista?

Esto es lo que piensa Warren.

—¿Y usted no?

—Cuando una persona paga por un chantaje —explicó Mason—, entrega el dinero. Si la señora Warren hubiese sido extorsionada, habría puesto el maletín sobre la cama o tocador, sacado los cuarenta y siete mil dólares, que tendría que entregar al chantajista, y habría devuelto el maletín vacío al armario. Cuando alguien saca dinero de un maletín y luego lo rellena con periódicos viejos, lo hace para que pese aproximadamente lo mismo; por lo tanto, más bien parece la obra de un ratero.

—¡Caramba, si alguien ha robado cuarenta y siete mil dólares…! —exclamó Della Street, sin concluir la frase.

—Exactamente, pero aquí hay algo más profundo. Si alguien está apremiando a la señora Warren para conseguir este dinero, es

que se trata de algo importante, y cuando la señora Warren decida pagar y abra el maletín y descubra que el dinero se ha evaporado y que en su lugar sólo hay un fajo de papeles sin valor, la grasa estará toda en el asador. No se puede contentar a un chantajista con retales de periódicos viejos.

—No, claro que no —sonrió Della, pero luego calló, imaginándose que la señora Warren, ignorante de la desaparición del dinero, abría el maletín.

—¿Pero quién pudo llevarse el dinero? —inquirió al cabo de un momento.

—El chantajista —repuso Mason—, sabiendo que ella tenía ya en su poder el dinero. Pudo penetrar en la casa, robar el dinero, y después, tras negarlo, exigir el pago.

—¡Vaya caradura! —comentó Della Street.

—O bien —continuó Mason—, alguien, que no quería que ella pagase al chantajista, pudo coger el dinero y sustituirlo por los periódicos.

—¿Alguien que no quería que ella pagase al extorsionista?

—Exactamente.

—¡Entonces tuvo que ser su marido! —exclamó Della Street.

El silencio de Mason fue bastante elocuente.

—Y luego —prosiguió Della, pensando en las diversas posibilidades del caso—, cuando ella fuese a pagar al chantajista se vería obligada a revelarlo todo a su marido… y a usted le han contratado para protegerla y… ¡Oh, jefe, naturalmente, ha sido Warren quien ha cogido el dinero!

—Pero no podemos probarlo —refunfuñó el abogado.

Durante unos momentos el silencio reinó en el coche, silencio que duró poco, porque pronto llegaron al despacho.

—Supongo que usted sí se habrá divertido —inquirió Mason, mientras encendía las luces de la oficina.

—He pasado un rato maravilloso —confesó la joven.

—Probablemente deberíamos llevar una existencia social más activa —concedió Mason—. Nos limitamos a ir de un caso de asesinato a otro como un pajarillo yendo de un árbol a otro…

—Por favor, no compare los asesinatos con las aves —le interrumpió ella—, y no se muestre tan preocupado. Este caso no es más que un vulgar chantaje.

Mason meneó negativamente la cabeza.

—No es vulgar, Della, ni estoy seguro que se trate de un chantaje.

—¿Por qué?

—Jamás me han encomendado un asunto en el que el cliente se tomase tantas molestias para esquivarme.

—¿A qué se refiere? El señor Warren le enseñó la casa; aparentemente, habló con usted más de una docena de veces durante la velada y…

—Oh, sí, los preliminares —se quejó Mason—. Muy bien, pero observe las molestias que se tomó Warren para darme a entender claramente que ya no estaría visible para mí desde ahora en adelante, ni podría acudir al teléfono.

Della Street sacó la cafetera, la llenó y la conectó con el enchufe eléctrico.

—El Servicio a Domicilio Drake realizó una buena labor —comentó Della.

—Ya lo creo. Y el champaña también era bueno.

—¿Cree que volveremos a ser invitados? —preguntó la secretaria.

—Lo dudo. Warren ha querido que nos familiarizásemos con la situación, y mantenernos luego lo más lejos posible.

Della sonrió.

—Se olvida usted de mi antiguo amor, Judson Olney.

—Sí —asintió Mason—. Olney comenzó actuando bajo las órdenes de Warren, pero sospecho que hacia el final puso demasiado ardor en su papel.

—Entusiasmo, ésta es la palabra —afirmó Della—. Quiere descubrir qué pasa. Y hablando de papeles, ¿sabía que Horacio Warren siempre deseó ser actor y que todavía interpreta delante de un espejo y grava su voz en el magnetófono?

Mason se instaló cómodamente en un sillón, atrajo otro para sus pies y encendió un cigarrillo.

—Lo malo con esta clase de tipos es que se pasan de listos —comentó—. Empiezan a pensar que son muy buenos y ponen en sus gestos demasiada emoción, demasiada expresión en sus miradas, y recargan sus gestos con excesiva teatralidad.

En la puerta particular del despacho sonó la llamada especial de

Paul Drake.

Della Street le franqueó la entrada.

—Hola, abastecedor —le saludó Mason—. No te esperábamos tan pronto.

—Me largué temprano. Ya he cumplido mi parte del trabajo —dijo el detective, continuando con una sonrisa—: Cuando uno se convierte en trabajador no puede dejar que sean los otros quienes lo hagan todo. Los platos tiene que lavarlos uno mismo.

—¿Pero no habréis lavado aquéllos, verdad? —se inquietó Mason.

—No, no temas. Los han llevado al laboratorio principal para eliminarlos. Cada uno de dichos platos es secado a mano y después lo pulirán con un paño para que no quede en él ninguna huella dactilar.

—¿Ha trabajado con eficacia el equipo de expertos?

—Completamente.

—Bien, ¿qué has descubierto, Paul?

—Descubrimos quién era el poseedor de aquella huella especial, pero solamente lo hicimos en el último instante.

—¿Y bien?

—La huella fue dejada por una persona en la que no estábamos interesados. Comenzamos a levantar todas las huellas de los demás vasos y platos, y sólo levantamos la buena como último recurso.

—¿De quién era la huella? —preguntó Mason.

—De la señora Warren —replicó Drake.

—¿De Lorna Warren, eh? —repitió el abogado, pensativamente—. Debí suponerlo.

—¿Cómo podía suponerlo? —inquirió Della Street.

—¿Recuerda la peculiar actitud de Warren y sus instrucciones? Dijo que tenía que proteger a su esposa de la persona que había hecho la huella, fuese quien fuese y a toda costa. Luego tomó unas precauciones sumamente complicadas para que yo no estuviese en situación de aconsejarle ni siquiera comunicarle lo que descubriésemos respecto a la huella.

—¿Quiere decir —preguntó Della Street—, que desea que usted proteja a su esposa contra sí misma?

Mason asintió y se volvió hacia Paul Drake.

—Paul, ¿tienes bastantes huellas para hacer una clasificación?

—Tengo las de casi todos. Algunas un poco borrosas, pero la mayor parte suficientemente claras.

—¿Incluyendo las de la señora Warren?

—Sí.

—De acuerdo —continuó Mason—. Ponte en contacto con algún amigo del FBI. Mira si Lorna Warren tiene allí una ficha criminal.

—¡Una ficha criminal! —se maravilló Paul Drake—. ¿Estás loco?

—No, Paul. Nadie hace víctima de chantaje a una persona, a menos que tenga un pasado.

—Pero Lorna Warren es dama de alta sociedad…

—Cuanto mayor es la presa, mayor puede ser la extorsión —le recordó Mason.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Si puedes pasar con cinco horas de sueño, tienes hasta mañana a las nueve, hora local. Que en Washington será mediodía.

—La Policía y el FBI tendrán que correr mucho —rezongó el detective—, y yo apenas podré pegar un ojo, ya que tengo que recoger y clasificar todas las huellas.

—Della Street —repuso Mason, señalando la cafetera— te ofrecerá café suficiente para mantenerte despierto, Paul… antes de que yo la acompañe a su casa.

—Por favor, Della —dijo Paul Drake, tomando su taza de café y suspirando resignado—, con mucho azúcar.

Capítulo V

Paul Drake estuvo en la oficina de Mason a las once y media de la mañana siguiente.

—Hola, Paul, ¿dormiste bien? —rió Mason.

—Muy bien. A la una y media de la madrugada ya tenía las huellas clasificadas; un jefe de policía, amigo mío, telegrafió al FBI y ya hemos tenido contestación.

—¿Ficha criminal?

—Sí y no.

—Dispara.

—El nombre de soltera de la señora Warren era Margaret Lorna Neely. Trabajó como secretaria para un tal Collister Damon Gideon.

—¿Dónde fue esto?

—En Nueva York.

—Prosigue.

—Gideon era un promotor; un tipo fogoso, buen orador, que sabía convencer a la gente. Tuvo un lío con las autoridades postales en dos ocasiones anteriores, pero no consiguieron llevar adelante la acusación. La tercera vez, sin embargo, lo pillaron.

—¿Con qué acusación? —quiso saber Mason.

—Por usar el correo para estafas. Y ahora llegamos a lo más raro. Acusaron a Gideon junto con su secretaria, Margaret Lorna Neely, y ambos fueron procesados en el Tribunal Federal. No he tenido tiempo de averiguar gran cosa del proceso, pero conozco lo más sobresaliente. Gideon quedó convicto de diversos cargos. Pero el jurado absolvió a Margaret Neely.

—¿Sabes por qué?

—¿Por qué condenaron a Gideon o por qué absolvieron a la Neely?

—Ambas cosas.

—Condenaron a Gideon porque no les causó buena impresión. Era demasiado meloso y hablaba mucho, y cometió la equivocación de enredarse en un trato con unos granjeros. Los testigos de la acusación eran honrados campesinos y el jurado comparó a aquellas honradas personas con el lince de Gideon. Respecto a la absolución, es otra historia, en realidad la de siempre. Una cara bonita, un aspecto inocente, y el nylon. Margaret Neely contaba veintiséis años.

—Es raro que el fiscal los procesase juntos —observó Mason.

—Lo hizo porque quería condenar también a Margaret Neely.

—¿Por qué? ¿Creía que era la criminal responsable?

—No sé qué pruebas tenía contra ella, ni si eran muy claras. Pero el cargo principal se relacionaba con cuarenta y siete mil pavos.

Mason levantó las cejas, inquisitivamente.

—Cuando los inspectores postales cayeron sobre Gideon como halcones y empezaron a moverse las autoridades, hallaron a Gideon con los bolsillos virtualmente vacíos, una caja de caudales sin nada dentro y una cuenta bancaria agotada. Sin embargo, de manera misteriosa consiguió pagar la minuta del abogado por anticipado, y también hubo una cuenta con un saldo de cuarenta y siete mil dólares que se esfumó misteriosamente.

—¿No tiene nada en sus archivos el Banco? —inquirió el abogado.

—Seguro. Gideon retiró todo el dinero. Dijo que iba a guardarlo en la caja fuerte de su oficina, porque sabía que unos clientes descontentos iban a visitarle al día siguiente, y él tendría que restituirles el dinero en billetes porque aquéllos se negaban a cobrar en otra clase de moneda.

—Y supongo que la caja fuerte fue robada convenientemente aquella misma noche.

—La caja fuerte fue convenientemente asaltada aquella misma noche —repitió Paul Drake.

—Y las autoridades no consiguieron hallar nunca más los cuarenta y siete mil dólares.

—Exacto. Se susurró que Margaret Neely sabía dónde estaba ese dinero, y que lo guardaba para Collister Gideon, como salvado de la operación que el Gobierno llevó a cabo contra el negocio de Gideon.

Incidentalmente —añadió el detective—, a la Policía le gustaría mucho, pero mucho, y también al FBI, saber dónde está Margaret Neely y dónde obtuve yo sus huellas dactilares. Actualmente, me están apretando de lo lindo.

—Bueno, tú no tienes nada que declarar.

—Ya, pero la presión aumentará —protestó Drake—. Incluso han llegado a insinuar que yo estoy ayudando y escondiendo a una persona criminal.

—Nada de criminal —replicó Mason—. Margaret Neely fue absuelta de todo crimen en relación con la estafa.

—Pero supo esfumarse a tiempo —observó Drake—. La Policía creyó que podrían estar en contacto con ella a través de los números de la seguridad social, o algo por el estilo, pero Margaret Neely se desvaneció de la noche a la mañana. Pero nosotros podemos sumar dos y dos. Poco después debió conocer a Horacio Warren. Ella vivía con el nombre de Lorna Neely, y evidentemente había estado en Méjico. En aquella época, Warren era un joven ambicioso con alguna fortuna, aunque todavía no había dado en la diana del éxito. Fue dos años más tarde cuando descubrió petróleo en una de sus propiedades, y luego tuvo suerte en varias inversiones.

Mason sonrió.

—Eres una comadre, Paul.

—He sabido escuchar.

—¿Nadie sabe dónde obtuviste las huellas dactilares?

—Yo no diría esto —repuso Drake—. Nadie lo sabe, pero existe la posibilidad de que haya quedado un rastro.

—¿De qué forma?

—Al obtener anoche las huellas mediante el servicio a domicilio.

Mason meditó breves instantes.

—Entiendo, Paul. Aun así, creo que las autoridades siempre viven y dejan vivir. Llevaron a Margaret Neely a un tribunal y fue absuelta. ¿Qué más quieren?

—Van detrás de Collister Gideon.

—Ya lo apresaron.

—Cogieron un cascarón vacío —le recordó Drake—. Afirmaron que si Gideon entregaba los cuarenta y siete mil pavos le concederían la libertad bajo palabra, y la oportunidad de obtenerla

por completo.

—¿Y Gideon se negó?

—Insistió en que no sabía nada del dinero. Que su caja de caudales fue asaltada aquella noche.

—¿Insinuó que era una faena interior?

—No, proclamó con vehemencia que se trataba de un ladrón de fuera. La combinación de la caja estaba pegada al fondo del cajón lateral de su mesa. Las autoridades descubrieron que el cajón había sido sacado de su sitio, todo su contenido volcado en el suelo, y que los ladrones, evidentemente, habían hallado la combinación de la caja, abriéndola y llevándose la pasta.

—¿Alguna otra prueba de que la oficina había sido asaltada?

—Algo más. La cerradura de la puerta había sido forzada. Faltaban unos veinte dólares que Margaret Neely guardaba en su mesa, así como el dinero del cambio, en conjunto unos noventa y siete dólares, junto con el dinero del cajón de los sellos, toda la calderilla y demás.

—¿Así que Gideon no pudo acogerse a la propuesta de salir bajo palabra?

—Aseguró que no podía. Alegó no saber nada respecto al paradero del dinero.

—¿Cuánto tiempo estuvo encerrado? —preguntó Mason.

—Lo soltaron el viernes pasado —declaró Drake.

—Y supongo que las autoridades le pusieron unas sombras casi pegadas a su cuerpo —observó el abogado, pensativo.

—Aún no lo sé, pero te diré una cosa. Es muy difícil vigilar a un hombre, si éste sospecha que puede ser seguido. Antes o después, puede desprenderse de su sombra. La técnica mejor es dejarle creer que nadie lo sigue y esperar a ver qué dice. Por este motivo, las autoridades muchas veces envían a una sombra falsa a vigilar al sujeto. Entonces, éste se desembaraza de dicha sombra, internándose, por ejemplo, entre la multitud en un edificio con diversas salidas, o cogiendo un taxi y haciendo que el conductor no tenga en cuenta las señales de tráfico. Entonces, la falsa sombra desaparece, burlada, y aparece la real. Usualmente, el sujeto se esconde en un hotel de segunda categoría bajo nombre supuesto y no hace nada en un par de días. Luego si no observa nada sospechoso, cree que está completamente libre, sale y cae en la

trampa.

—¿Le ha ocurrido esto a Gideon?

—No sé nada de Gideon —confesó Drake—. Las autoridades no me han hecho ninguna confidencia, excepto para decirme que debo colaborar con ellos. De lo contrario… —elocuentemente Drake se llevó el dedo índice a la garganta.

—Tú no digas nada —le aconsejó Mason—. Si se presenta la ocasión en que te amenacen con retirarte la licencia, puedes decirles que yo te entregué las huellas y que tú me pasaste el informe a mí. Que vengan a verme y yo sabré contestarles.

—Bien —refunfuñó Drake—, siguen estando muy interesados en los cuarenta y siete mil pavos.

—¿Podrían ser restituidos?

—Les gustaría volver a atrapar a Gideon por haber proporcionado una información falsa a la Policía.

—Esto prescribió hace mucho tiempo, por el estatuto de limitaciones —declaró Mason.

—No, son muy listos —replicó Drake—. Sacaron la declaración de Gideon respecto al asalto a la caja de caudales de su oficina, y le dijeron que estaban investigando este delito. Gideon contestó que todo había prescrito por el estatuto de limitaciones, pero ellos replicaron que, de todos modos, lo estaban investigando y volvieron a preguntarle respecto al robo y a la pérdida de los cuarenta y siete mil dólares. Hay un estatuto referente a la falsa información dada a los oficiales de la ley que están investigando un delito y…

Mason reprimió una exclamación de enojo.

—Gideon ya cumplió su condena. Pagó su deuda a la sociedad.

—Pero a las autoridades no les gusta que un estafador se largue bonitamente con cuarenta y siete mil dólares, después de una condena relativamente corta.

—Entiendo —repuso Mason—. Bien, la Policía sabe que tú estás enterado de algo respecto a Margaret Neely. Y tú tendrás que proporcionarle la información, pero se encontrarán en un callejón sin salida.

—Yo no quiero saber nada de todo esto —gruñó Paul Drake—. Me lavo las manos de todo el asunto.

—No, de ninguna manera; no puedes dejarlo —arguyó Perry Mason.

—¿Por qué no, Perry? ¡Me juego la licencia! No puedo detener ninguna información cuando la Policía está investigando un delito.

—La Policía no acusará a nadie por nada —razonó Mason—. Sólo les interesa encontrar los cuarenta y siete mil dólares, nada más. Yo, de buena gana, contrataría a otra agencia de detectives, pero no me atrevo. ¡Imagínate el barullo que se armaría si se supiera que han arrestado a Lorna Warren! No podemos permitir tal cosa. Ni podemos tampoco, en cualquier manera, dar ninguna información respecto a ella.

—Nadie permitirá que salga esa información —aseguró Drake.

Mason estaba claramente dudoso.

—Paul, cuando la Policía se obstina, sus métodos suelen ser un poco rudos.

Drake no contestó.

—Quiero sombras, Paul —prosiguió el abogado—. Quiero tener a la señora Warren discretamente vigilada, pero sin que se entere en absoluto. Diles a tus hombres que antes la pierdan de vista que permitir que sospeche. También quiero que sea seguido Judson Olney, al menos por unos días, y que consigas un buen dibujo de Collister Gideon y que tus agentes lo estudien escrupulosamente. Si alguna de las personas que he mencionado se ve con él, quiero saberlo al instante.

—Ya sabía que saldrías con alguna de tus famosas ideas —gimió el detective—. Es peligroso, Perry.

—Tomar un baño también es peligroso, Paul. Andando.

Cuando Drake hubo salido del despacho, exclamó Della Street:

—¡Dios mío! Pensaba que esa mujer tenía más sentido común.

—Mírelo de esta manera —le aconsejó Mason—: una joven impresionable, completamente hipnotizada por un buen charlatán. Pensó que no había nada malo en lo que estaban haciendo. Estaba fascinada por él, posiblemente enamorada. A Gideon le habría sido relativamente fácil hacer que ella mantuviese en custodia esos cuarenta y siete mil pavos.

—Lo sé, esto encaja perfectamente —asintió la secretaria—, pero no debió permitir que su sentido de la lealtad hacia un estafador vulgar le llevase a caer en la trampa actual.

—¿Y cuál es la trampa actual?

—Pues, por un lado, su marido lo sabe.

—¿Qué sabe?
—Lo de los cuarenta y siete mil dólares.
—La cadena de pruebas circunstanciales, Della —opinó Mason —, posee algunos eslabones sueltos. En primer lugar, las autoridades ignoran que la señora Warren sea Margaret Lorna Neely. En segundo, el marido nada sabe de su pasado, y en tercer lugar, aunque las autoridades interrogaran al marido, éste no puede ser interrogado como el testigo, porque un marido no puede declarar contra su esposa, ni ella puede ser obligada a declarar en contra de sí misma.
—Está bien —concedió Della Street—. ¿Y usted? Un abogado tiene el derecho de reservar las informaciones de sus clientes como confidenciales, pero no significa que no pueda ser acusado de accesorio de un delito.
—¿Un delito? —preguntó Mason.
—Un delito. Gideon fue condenado. Usted no puede ocultar su conocimiento de un delito.
—¿Y qué sé, en realidad? —arguyó Mason—. ¿Qué conocimientos poseo?
—Pues… pues… sabe…
Mason sonrió.
—Exactamente, Della. Tal vez posea alguna evidencia de oídas, pero lo único que vi fue un maletín lleno de periódicos. No es ningún delito guardar periódicos viejos en un maletín.
—¿Y a dónde vamos a partir de aquí? —quiso saber Della.
—A mí me han contratado para proteger a la señora de Horacio Warren contra la persona cuya huella dactilar nos entregaron. Y dicha huella fue hecha por Margaret Lorna Neely. Por tanto fui contratado para proteger a la señora Warren de sí misma.
—¿Piensa seguir estas palabras al pie de la letra?
—No puedo hacer otra cosa —razonó el abogado—. Protegeré a la señora Warren de sí misma.
—¿De su pasado?
—De su pasado, de su presente, de todo.
—¿Cómo podrá hacerlo? —se interesó la secretaria de Mason—. La señora Warren ya ha entregado el dinero.
—Lo cual no significa que lo haya recibido Gideon. Supongamos que está en tránsito. Horacio Warren me dijo que el dinero estaba

aún en el maletín poco antes de intentar enseñármelo. Cuando abrimos el maletín, en cambio, el dinero había sido sustituido por los periódicos. La Policía debió estar siguiendo a Collister Gideon. Y éste debió prevenirlo. Por lo tanto, no habría sido tan tonto como para ir directamente a la residencia de los Warren a recoger el dinero. Luego, debió enviar un intermediario.

—¿Alguien que estaba presente en la fiesta? —inquirió Della Street.

—No lo sabemos. Pudo ser uno de los criados. Gideon es listo. Por anticipado conocía la fecha de su libertad. Entra dentro del cálculo de probabilidades que plantara a un cómplice como sirviente en la casa.

—¿Y la señora Warren entregó el dinero?

—O lo robó el criado —replicó Mason—. O el marido lo cogió para que su esposa no fuese extorsionada, y luego me contrató para protegerla contra el chantajista.

—¡Vaya enredo! —exclamó Della Street, boquiabierta.

—Pero tenemos una ventaja —señaló Mason—. Tenemos las huellas dactilares de todos los que asistieron a la fiesta. Y cuando todas estén debidamente clasificadas, descubriremos si alguno de los asistentes tiene una ficha criminal. Primero, claro está, comprobaremos las de los sirvientes.

—¿Y cree que hallaremos al ladrón? —preguntó Della Street—. ¿Y después, qué? ¿Quién presentará la demanda?

—Nadie —sonrió Mason.

—¿Quiere decir que permitirá que el ladrón se largue tranquilamente con los cuarenta y siete mil dólares?

—No he dicho tal cosa —replicó Mason—. Nos dedicaremos un poco al robo por nuestra cuenta. Una vez hayamos encontrado al ladrón, nos convertiremos en ladrones y le robaremos el dinero.

—¿No podría usted presentar una demanda?

Mason la interrumpió con una firme denegación de cabeza.

—No es posible presentar ninguna demanda en tal situación, y mucho menos con la cuestión de impuestos. Todo el mundo llegaría a la conclusión de que los cuarenta y siete mil dólares representan el dinero que los Warren trataban de esconder de su cuenta bancaria, por lo que los guardaban dentro del maletín. El Departamento de Impuestos entraría en acción, y querría

examinarlo todo en relación con el caso. Y tendrían que saber que ese dinero había sido escondido para pagar un chantaje. Entonces investigarían el pasado de la señora Warren, y no tardaríamos en encontrar su esqueleto dentro del armario. No, Della, todo tiene que ser llevado de manera muy circunspecta, y en el más perfecto disimulo.

—¿Por eso no dijo nada la señora Warren referente a la pérdida del dinero?

—¿Qué podía decir? —objetó Mason—. ¿Qué habría dicho usted?

Della Street permaneció callada unos instantes.

—Nada —dijo luego—, pero debe ser horrible tener cuarenta y siete mil dólares, que han sido cuidadosamente ahorrados, y ver que han desaparecido de repente y no poder lanzar ni una sola palabra de protesta.

—Creo que usted lo ha descrito perfectamente —asintió Mason —: debe de ser horrible.

Capítulo VI

Aquella tarde, el teléfono colocado sobre la mesa de Della Street sonó de manera vibrante. Della cogió el receptor.

—Sí, Gertie —comenzó a decir, pero de pronto se le desorbitaron los ojos y exclamó—: Pues… un momento, Gertie.

Se volvió a Perry Mason.

—Hay un hombre ahí fuera que afirma llamarse Collister Gideon.

—Vaya, vaya… —sonrió el abogado—. Tendremos que reconocer que el señor Gideon es un tipo listo. Bien, Della, que pase.

—Pero, jefe… ¡Dios mío, esto significa que sabe…!

—¿Qué sabe?

—Que lo sabe todo.

—Si él le entregó a Lorna Warren cuarenta y siete mil dólares para que los retuviese en custodia —replicó Mason—, ciertamente, es que sabe dónde vive ella. Si no le entregó el dinero, pero la consideraba una empleada leal, seguramente está al tanto de su vida y esto complica el problema.

—¿Y usted qué puede hacer? —se apuró Della Street—. Al venir ahora aquí…

—Tenía que venir —puntualizó Mason—, lo cual significa que él piensa tener varios ases en la mano y que desea ponerlos sobre la mesa. Empieza a interesarme mucho ese Collister Gideon. Que entre ese caballero, Della. Luego dígale a Gertie que llame a la oficina de Paul Drake y que le ponga una sombra discreta a Gideon, cuando éste salga de aquí.

—De acuerdo, Gertie —dijo Della por el teléfono, colgando luego y saliendo fuera para regresar un instante después con un individuo delgado, bien vestido y muy sonriente, con más de

cuarenta años.

—Éste es el señor Mason —le presentó Della.

Gideon no alargó la mano.

—Hola, señor Mason —dijo—. No sé gran cosa de lo que usted sabe de mí, pero supongo que es bastante. ¿Puedo sentarme?

—Naturalmente —le invitó Mason—. ¿Por qué se imagina que sé algo de usted?

—Porque sé sumar dos y dos.

—¿Y le molestaría decirme cuánto ha sido el total de esta suma? —inquirió Marón.

—En absoluto.

Collister Gideon se retrepó en el sillón, dio una ojeada a su alrededor, con la rapidez del hombre que se ha visto obligado por las circunstancias a apreciar velozmente lo que le rodea.

—Bien, señor Mason —declaró de pronto—. Yo soy un estafador.

—¿De veras?

—Bueno, el Gobierno afirma que lo soy, y un jurado estuvo de acuerdo con el Gobierno.

—¿Y la conclusión? —sugirió Mason.

—Una condena en una prisión federal, con muy poco tiempo para salir los domingos.

Mason meneó la cabeza con lo que podía ser una señal de simpatía y pesar.

—Por aquella época —prosiguió Gedeon—, yo estaba metido en negocios y cuando caí en manos de las fuerzas federales, trabajaba conmigo una joven llamada Margaret Lorna Neely.

—Supongo que a ella no le pasaría nada —manifestó Mason.

Gideon sonrió.

—El Gobierno trató de enredarla en el caso, pero la acusación no prevaleció. El jurado la absolvió, después de condenarme a mí. El Gobierno quiso procesarnos juntos, posiblemente con malicia, creyendo que un jurado que tenía que juzgar con pruebas sumamente endebles, tranquilizaría su conciencia absolviendo a un procesado y condenando al otro.

—No parece usted muy amargado por esto —observó Mason.

—No, no parezco muy amargado por ello —repitió Gideon—. De nada me serviría estarlo y los últimos años de mi vida me han enseñado mucho, señor Mason. Una de las cosas que he aprendido

es no hacer nada que no pueda reportarme un beneficio.

—¿De veras?

—Entre otras cosas, estos años me han enseñado que el mundo, bajo su capa de civilización, se rige por el antiguo principio de la supervivencia del más fuerte, y que en esta batalla la persona que es más cruel y astuta tiene una decidida ventaja sobre la persona que no lo es.

—Entiendo —asintió Mason—. Pero todavía no me ha dicho por qué ha venido a verme.

—Es bueno leer los periódicos —prosiguió Gideon—, en particular las notas de sociedad, y en el diario de la tarde he leído que en una fiesta dada por el notable financiero y magnate de la industria, Horacio Warren, los invitados se entusiasmaron ante la presencia del señor Perry Mason y su bellísima secretaria, la señorita Della Street —Gideon esbozó una sonrisa hacia Della—. El periódico añade —continuó Gideon— que el famoso abogado está siempre tan atareado con la práctica de la ley que raras veces toma parte en ninguna reunión mundana, por lo que los invitados le asaltaron materialmente.

—No he leído ese suelto —admitió Mason.

—Era muy interesante —afirmó Gideon—. Bien, en vista del hecho de que Margaret Lorna Neely es actualmente la señora de Horacio Warren, y de que usted raras veces acude a fiestas de sociedad, y en vista también de que tanto usted como su secretaria estuvieron allí, supuse que había un motivo oficial para su presencia. Además, como soy un poco vanidoso, presumí que era muy posible que mi reciente libertad tuviera que ver con dicha asistencia a la fiesta. Si la señora Warren hubiese querido consultarle, hubiese venido a este despacho. De tratarse del señor Warren, tal vez no hubiese venido aquí. Por lo tanto, el hecho de ser invitado usted a la casa indica que le contrataron sólo para hacerse cargo de la situación, de manera más o menos subrepticia.

—En mi profesión —objetó Mason—, he descubierto que razonar partiendo de una sola premisa puede hacer caer en la falsedad, y que con toda seguridad conduce siempre a conclusiones erróneas.

—¡Esto no es verdad! —gritó Gideon—. Sí, yo he cometido equivocaciones que me han costado cosas, por lo que he aprendido a no cometerlas. Pero volvamos a nuestro asunto, señor Mason.

—¿Qué asunto, señor Gideon?

—Las autoridades se mostraban muy ansiosas por localizar a Margaret Lorna Neely. Y parecían pensar que yo sabía dónde estaba. Naturalmente, toda mi correspondencia de los últimos años fue rigurosamente controlada, por lo que tuve que cuidar mucho lo que escribía. Por lo tanto, apenas tuve correspondencia con nadie, ni quería que me escribiesen. Sin embargo, he conseguido obtener algunos retazos de información, encerrados en mi cerebro, allí donde no podían llegar las autoridades gubernamentales. Usted tal vez no lo crea, señor Mason, pero el Gobierno aseguró que poco antes de mi arresto, yo conseguía cuarenta y siete mil dólares en dinero, y los oculté de forma que pudiera recuperarlos al recobrar la libertad. Tal vez pensaron que la otra persona acusada, Margaret Lorna Neely, podía ser la persona que guardaba el dinero en custodia, o tal vez la mitad de dicha suma. Supongo que usted, debido a su posición social, no se dará cuenta de ello, pero a veces los investigadores del Gobierno pueden mostrarse muy arbitrarios, muy insultantes y muy arrogantes.

—No, no lo había observado —admitió Mason.

—Lo creo porque, al fin y al cabo, señor Mason, las tácticas que un investigador gubernamental emplearía con usted son bastante diferentes de las que emplearía con una persona condenada por conspiración de haber usado el correo postal para una estafa.

—¿El cargo fue de conspiración? —inquirió Mason.

—Éste fue uno de los cargos. Presentaron cinco. El jurado me absolvió de tres, a fin de parecer justo e imparcial, y me condenó por los otros dos. El principal fue el de conspiración, porque de esta manera pudieron llevar a mi secretaria al tribunal y destruir su reputación con la publicidad. Gracias a Dios, ella logró desaparecer de tal manera que perdieron por completo su rastro.

—Debió ser muy lista para lograr borrar así sus huellas —se admiró Perry Mason.

—Es muy lista.

—Y tal vez tenía amigos más listos aún —insinuó Mason.

—Existe esta posibilidad —reconoció Gideon—. ¿Le importa que fume?

—En absoluto.

Gideon rechazó los cigarrillos que le ofrecía Mason, sacó un

puro del bolsillo, procedió a encenderlo, lo dejó arder hasta tenerlo a su gusto, y volvió a retreparse en el sillón sonriéndole a Mason amablemente. El aroma sugería que el cigarro era de precio.

—Con su mente legal —dijo el estafador—, indudablemente ya sabe por qué estoy aquí.

—Preferiría que usted me lo aclarase.

—Tal vez lo haré en forma bastante cruda.

—La señorita Street y yo ya estamos acostumbrados a las expresiones crudas —observó Mason.

—Lo sé, pero una frase un poco brutal resulta tan poco artística…

—En cambio, su entrada aquí lo ha sido bastante —replicó Mason—. Por lo tanto, no vacile.

—Bien —suspiró Gideon—, seguiré su consejo. El Gobierno, por fin, me dio la libertad, después de tenerme encerrado cada minuto de los días que legalmente pudieron retenerme.

Mason, sin dejar de escrutar a su interlocutor, no dijo nada.

—Inmediatamente después de mi condena —prosiguió Gideon —, me dijeron que si entregaba los 47 000 dólares, la sentencia sería mucho más benigna. Yo les contesté que no sabía nada del dinero. Insistieron y me aseguraron que, si lo daba, me pondrían en libertad condicional.

—¿Y usted no aceptó ninguno de estos ofrecimientos?

—Ninguno.

—¿Por qué?

—Porque no tenía la menor idea de dónde estaban los cuarenta y siete mil pavos —repuso Gideon—. De haberlo querido, no hubiese podido entregarlos.

—Y ahora que está usted en libertad, supongo que el interés del Gobierno por ese dinero ha cesado —sugirió Mason.

—¿Está bromeando? —gruñó Gideon—. Ahora que estoy en libertad, los sabuesos del Gobierno están sobre mi rastro, esperando que los conduzca hasta el dinero, a fin de poder ser ellos quienes se rían los últimos. En efecto, una vez recuperado el dinero, me dirían: «No es posible burlar a la ley, Gideon. Tú has estado más tiempo en la cárcel a fin de poder disfrutar de los cuarenta y siete mil pavos al salir. Y ahora, tenemos el dinero y tú has pagado toda la sentencia. ¡Ja, ja, ja, ja!». Y, naturalmente, procurarían que todos los

delincuentes supieran lo ocurrido, a fin de que ninguno se atreva nunca a conculcar la ley.

—¿Entonces, le siguen? —quiso saber Mason.

—Oh, sí.

—¿Y le habrán seguido hasta aquí?

—Claro.

—Ya —Mason frunció el entrecejo.

—Veo que lo entiende, señor Mason —sonrió Gideon—. Estoy intentando hacer un abordamiento artístico al respecto, aunque mi gambito resulte un poco brutal. El Gobierno cree que al tratar con un estafador, trata con una persona de inteligencia inferior a lo normal. Cuando el Gobierno decide seguir a un delincuente, mediante una sombra, a veces se muestra muy ingenuo. En mi caso, por ejemplo, ha puesto una sombra falsa.

—¿Una sombra falsa? —repitió Mason.

—Seguramente, usted, con su experiencia de criminalista, ya sabrá qué es esto. Una sombra falsa —continuó Gideon—, es lo que el nombre indica. Una sombra tan obvia que una persona tiene que saber necesariamente que es seguida. Si usted le ordena a su secretaria que se asome al pasillo, seguramente verá a mi sombra falsa en un rincón. Cuando la puerta se abra, hará ostentación de su embarazo. Después, dará media vuelta y recorrerá el pasillo, mirando los números de las puertas, como si tuviese dificultad en localizar algún despacho.

—¿Esto es una sombra falsa? —preguntó Mason.

—Esto es una sombra falsa.

—Pues no creo que el Gobierno logre gran cosa con esta táctica.

—El Gobierno espera lograr mucho —replicó Gideon—. La sombra falsa siempre se deja ver claramente, aunque resulte muy ineficaz. Un tipo listo siempre sabe cómo eludir esta vigilancia. No hay nada tan sencillo como internarse entre el tráfico o cruzar con disco rojo para despegarse de la sombra falsa.

Gideon dejó de hablar, espiando el semblante de Mason a través de la nube de humo de su cigarro. Con los ojos entornados estudió un momento al abogado. Al cabo de unos instantes Gideon continuó:

—Entonces, naturalmente, el rastro lo sigue una sombra real. Las sombras reales siempre permanecen al fondo. No se las ve. Al

menos, esto se supone. Tras haber despistado a la sombra falsa, se supone que uno se confía y se dirige a un motel cualquiera, donde se inscribe con nombre falso; después, en medio de la noche, uno se traslada a otro motel; luego, tal vez, a una pensión y al final, convencido de que el Gobierno ya ha perdido la pista por completo, uno se dirige a buscar los cuarenta y siete mil dólares, como debería ocurrir en mi caso. Al menos, esto es lo que cree el Gobierno.

—¿Y entonces le echarían mano?

—Entonces me echarían mano. Porque las sombras reales no habrían perdido el contacto conmigo en ningún momento.

—¿No puede deshacerse de ellas? —quiso saber Mason.

—Oh, sí. Pero no es sencillo, pero siempre hay algún medio. Sin embargo, se tarda cierto tiempo y se necesita algún dinero. Sinceramente, señor Mason, yo tengo tiempo, pero no dinero.

—Entiendo.

—Y pensé que usted podría remediar este fallo y me ayudaría.

—¿De qué modo?

—Pensé que Horacio Warren desearía hacer un pequeño esfuerzo para contribuir a mi rehabilitación.

—¿Presume, señor Gideon, que el señor Warren es mi cliente?

—Presumo que es un amigo, de lo contrario no habría asistido usted anoche a su fiesta. También presumo que su presencia en la reunión no fue casual. Y supongo asimismo que está usted relacionado con alguien interesado en mi caso. Pero no hay razón alguna para que discutamos sobre un punto que, en lo que a mí se refiere, no tiene importancia. Lo que interesa es que el señor Warren seguirá cualquier sugerencia que usted le haga, haciéndole comprender que el pasado de su esposa no debe ser objeto del escarnio de una indebida publicidad.

—¿Me está usted amenazando…?

Gideon levantó la mano, apresuradamente.

—No, no, por favor, señor Mason. ¡Por favor!

—Entonces, debo haberle entendido mal —concedió el abogado.

—Ciertamente. Escuche, señor Mason. Cada movimiento que yo hago es comunicado a las agencias del Gobierno. Precisamente, estoy seguro de que mi presencia aquí está siendo ya objeto de bastantes especulaciones en ciertas esferas. ¿Por qué he venido? ¿Qué relación puedo tener con usted… o usted conmigo? Mi

correspondencia ha sido vigilada durante varios años. Yo no he tenido ningún contacto con usted. Usted no me ha escrito ni yo a usted. Por lo tanto, las autoridades presumirán que usted debe representar a la persona que posee los cuarenta y siete mil dólares y que yo le visito para hacer un trato con usted.

—Ya —dijo Mason concisamente.

—Y entonces, el Gobierno empezará a investigar respecto a sus clientes, particularmente aquellos que se han puesto en contacto con usted, o usted con ellos, en los últimos días, o con los que se ponga en contacto cuando yo salga de aquí. Sí, señor Mason, le sorprenderá saber cuán eficientes son los agentes federales. Pueden sumar dos y dos, tal como yo he hecho. E indudablemente, habrán leído las notas de sociedad del periódico de esta tarde.

—¿Y bien?

—Y bien, se preguntarán por qué quebrantó usted una de sus reglas, asistiendo a una fiesta de sociedad. Comenzarán a sondear los antecedentes de los invitados y, eventualmente, los de ambos anfitriones, ¿no se dice así? Lo cual sería muy desdichado, señor Mason.

El abogado guardó silencio.

—Si el señor Warren —prosiguió el estafador— quisiera contribuir a mi bienestar financiero, ello me daría margen para deshacerme de las sombras reales en que me ha puesto el Gobierno, y evaporarme por completo.

—¿De lo contrario…? —preguntó Mason.

—De lo contrario, me veré atrapado en una red económica. Y me desnudarán por entero, simbólicamente hablando, cuando me envíen de nuevo a la cárcel. Sólo me soltarán cuando piensen que gracias a mí pueden conseguir el dinero.

Mason estudió las ropas y el cigarro de su visitante.

—Pues usted parece haber prosperado bastante en tan breve tiempo —comentó.

—Digamos —sonrió Gideon— que poseo muchos recursos y no soy demasiado necio.

—¿Y por esto ha venido a verme?

—Por esto he venido a verle.

—¿Y si no atiendo a su demanda?

—Entonces, seguiré viniendo —repuso Gideon—. Cada vez que

venga, el Gobierno se preocupará más y más. Y si, después de mis visitas, usted se pone en contacto con Horacio Warren o con su esposa, esto pondrá en marcha una investigación que será catastrófica para sus clientes.

—Una forma muy interesante de chantaje —asintió Mason.

—Por favor, por favor, señor Mason, no emplee esta palabra. No se trata de ningún chantaje. Yo siento un gran respeto por Horacio Warren y aprecio mucho, mucho, sí, a su esposa. Sólo deseo la felicidad de ambos. Y estoy tratando de concederles la oportunidad de que la alcancen. Si yo continúo atado de pies y manos, financieramente, es casi seguro que más pronto o más tarde me traicionaré. Cualquier pista capacitará a las autoridades para enterarse de la verdadera identidad de Lorna Warren. Claro está, por el momento no tienen nada en contra de ella, pero la interrogarán y pronto se sabrá que se trata de Margaret Lorna Neely, que fue procesada y absuelta por conspiración en una estafa postal. Seguramente, señor Mason, usted no querrá que esto suceda, y el señor Warren, con su posición social y sus negocios, tampoco. Yo no quiero que ninguna consideración financiera me impida actuar. Esto sí sería extorsión. Simplemente, quiero desaparecer. Quiero esquivar a las sombras reales del Gobierno. Y para ello, necesito dinero. Necesito comprar un automóvil.

—¿Para qué? —se interesó Mason.

—Lo necesito para deshacerme de mis sombras y esfumarme.

—Seguramente pensará que los agentes federales pueden seguirle en otro coche —observó Mason.

—Oh, claro. Esto es lo más sencillo del mundo, particularmente con los trucos electrónicos que emplean ahora estos agentes. Simplemente, instalan un aparato en un coche, y el aparatito va emitiendo unos «blip, blip», que les ayudan a los agentes a seguirme sin la menor dificultad. Ni siquiera necesitarían acercarse mucho a mí. Podrían seguirme a cierta distancia, sin la menor dificultad.

—Entonces, será mejor que me explique para qué necesita el coche —le sugirió Mason.

—Quiero emplear con los agentes federales el mismo truco que ellos conmigo. En otras palabras, ellos quieren que yo me confíe, y yo quiero que sean ellos los que se confíen. Mire, señor Mason, no compraría un coche nuevo, pero lo adquiriría bajo contrato.

Después, tomaría la iniciativa. Por experiencia sé que todo va mucho mejor cuando se actúa por propia iniciativa. Naturalmente, el dinero que yo pagaría por el coche haría que los agentes comenzasen a buscar mi pista. Por lo tanto, me gustaría que el dinero me fuese entregado en billetes viejos, de cinco y diez dólares, y algunos de uno. Así parecería que yo le he pedido ese dinero a una persona que ha tenido que ahorrar arduamente a fin de recogerlo.

—Adelante —le animó Mason.

—Entonces, cogería el automóvil y dejaría que los federales pensasen que no tengo la menor idea de que me siguen las sombras reales. Me desharía de la sombra falsa, como dije, lo cual no representaría ningún problema.

—Siga.

—Entonces, las sombras reales manejarían las cosas de tal forma que creerían que no tengo la menor sospecha de ser seguido. Tal vez pondrían hasta cinco coches en la tarea. Incluso, un helicóptero provisto de prismáticos.

—¿Y le seguirían vigilando?

—Naturalmente —sonrió Gideon.

—¿Pueden hacerlo hasta ese punto? —inquirió Mason, fingiendo extrañeza.

—Son muy listos, y tienen muchos ases en la mano. Yo, naturalmente, efectuaría todos los movimientos previstos. Intentaría varias tácticas evasivas, a fin de que los federales supusieran que yo no estaba seguro de haberme desembarazado de la sombra falsa. Luego entraría a comer a un restaurante y dejaría el coche estacionado fuera. Mientras yo comiese, los agentes del Gobierno pondrían un aparato electrónico en el coche, a fin de poder ser seguido por otros coches desde cierta distancia.

—¿Y cómo haría usted frente a esta situación? —quiso saber Mason.

—Tendrá que permitirme, señor Mason —sonrió Gideon—, que no ponga todas mis cartas sobre la mesa. Le haría frente. Los federales no volverían a verme. Sólo cuando se sintiesen más confiados, yo desaparecería.

—¿Está seguro de poder hacerlo?

—Estoy seguro.

—El Gobierno posee algunos agentes muy eficientes en su labor —recordóle Mason.

El silencio de Gideon fue sumamente elocuente.

—Dicho de otro modo —continuó Mason—, si usted consigue ese dinero no volveremos a verlo.

—Exactamente.

—¿Y en caso contrario?

—Diariamente vendré a su despacho.

—Comprenda usted —objetó el abogado—, que después de esta experiencia inicial yo no volveré a recibirlo. Dejaré que se enfríe en la antesala hasta que se harte.

—No —rechazó Gideon, aspirando el cigarro, quitándoselo luego de la boca y examinando la punta—. Creo, por el contrario, que me recibirá, señor Mason. Estoy seguro de que le ordenarán que me reciba.

—¿Para qué?

—Para darme ese dinero.

—¿Cuánto?

Gideon movió las manos en un gesto grandilocuente.

—Naturalmente, no querrá que le dicte la cifra. Tampoco querrá que vuelva aquí, porque, claro está, cuando yo me deshaga de mis sombras reales, pondrán un espía en su oficina.

—Y probablemente supondrán que yo le he entregado a usted el dinero para la compra del automóvil.

—Es posible.

—Incluso podrían interrogarme.

—Oh, puede estar bien seguro —rió Gideon—. Seguro que le interrogarán. Cuando yo desaparezca estarán bastante molestos. Y a usted le apretarán los tornillos, creyendo que la idea ha sido suya. Hablarán de complicidad, de ser un accesorio de un crimen… Sí, pueden mostrarse bastante rudos. Pero ya supongo también que usted se limitará a permanecer repantigado en su sillón, con una sonrisa enigmática, diciéndoles que si creen tener un cargo contra usted pueden actuar a su gusto; de lo contrario, será mejor que salgan del despacho lo antes posible.

—Todo esto ha sido muy entretenido —reconoció Mason—, pero lo cierto es, Gideon, que no conozco a nadie que pueda tener interés en entregarle a usted ninguna cantidad de dinero.

—Usted conoce a los Warren.

—No lo bastante como para sugerirles que paguen el precio de un chanta…

Gideon volvió a levantar la mano.

—Por favor, señor Mason, por favor, no emplee esta palabra. Es muy cruda y me molesta.

—¿Entonces qué piensa estar haciendo?

—Simplemente, pongo las cartas sobre la mesa.

—Pide dinero a cambio de su silencio.

—No, en absoluto. Sugiero que tal vez usted puede comunicarse con alguna persona a la que le gustaría darme dinero para conseguir mi rehabilitación.

—Y si no consigue el dinero, usted comenzará a proferir amenazas.

—No, no, nada de amenazas —rechazó Gidean—. Al fin y al cabo, señor Mason, yo no le he amenazado a usted.

—Me ha dicho que seguiría viniendo aquí.

—Soy un poco obstinado. Después de todo, no hay ninguna ley que prohíba acudir a una oficina pública. Y ésta es una oficina pública. Estoy actuando sobre la presunción de que usted o bien aconsejará debidamente a su cliente, o a alguno de sus amigos, que me entreguen algún dinero a fin de alejarme de la escena. Y también presumo que usted aconsejará, además, que la suma no sea mezquina, a fin de que yo pueda desaparecer. Bien, no quiero molestarle más, señor Mason. Usted es un personaje muy ocupado, sí, muy ocupado.

Gideon se puso de pie.

—No intente presionarme —le advirtió el abogado—. Estoy acostumbrado a tratar con muchos extorsionistas. Y si yo pensase que usted desea extorsionarme, le trataría tal como se merece.

—¿De qué modo? —sonrió Gideon, mientras se encaminaba a la puerta.

—Oh, tengo varios métodos para tratar con los chantajistas.

—Seguro —asintió Gideon—. Y, ciertamente, no quisiera verme clasificado en esta categoría. Sin embargo, me gustaría saber, sólo a título de curiosidad, cómo trataría usted a un chantajista. ¡Oh, qué palabra tan cruda!

—Hay tres métodos —le explicó Mason.

—¿Sí?

—Uno —Mason fue levantando los dedos—, ponerle de patitas en la calle.

—Muy sensible —opinó Gideon.

—Dos —prosiguió Mason—, entregarle a la Policía. Ésta protegería nuestro secreto. Pero en cambio, el chantajista iría a la cárcel.

—Muy bonito, si sirve —aprobó Gideon—. ¿Y el tercer método?

Mason le miró fijamente a los ojos y levantó el tercer dedo.

—El tercer método es matar al hijo de perra.

Por un momento, Gideon se estremeció.

—Usted no puede acudir a la Policía ni creo que sea un asesino, señor Mason.

—Vuelva a pensarlo —le aconsejó Mason—. Usted mismo dijo que una persona cruel goza de todas las ventajas en este mundo de pícaros.

—Bueno, como no soy un extorsionista, la discusión es puramente académica —opinó Gideon—. No obstante, me pondré en contacto con usted de cuando en cuando y estoy seguro de que usted, al final, se mostrará interesado en mi rehabilitación —se inclinó por la cintura—. Gracias por haberme recibido, señor Mason —volvió a inclinarse ante la secretaria—. Señorita Street…

La miró apreciativamente, abrió la puerta y salió fuera sin volver la vista atrás.

Della Street contempló a Perry Mason, desdichadamente.

—¿Por qué le dijo que lo mataría?

—Tenía que darle algo en qué meditar —sonrió el abogado.

—¿Debo intentar comunicar con el señor Warren?

—De ninguna manera —le prohibió Mason—. Recuerde que mi cliente me advirtió que no le llamase a través de la centralita, y que nuestras conversaciones quedarían muy restringidas.

—¿O sea que no quiere usted hablar con nadie de esta entrevista?

—Exactamente —afirmó Mason—. Me han pagado para que dirija una situación y pienso ganar mi dinero.

Capítulo VII

Poco antes de las cinco sonó el teléfono y Della Street alzó el receptor.

—Sí, Gertie —dijo, y de repente frunció el ceño—. Ya sabes que no recibo llamadas personales, Gertie. Un momento.

Della tapó el micrófono con la mano y se volvió a Perry Mason.

—Una mujer que se niega a dar su nombre quiere hablar conmigo respecto a Judson Olney. ¿Qué hago?

Mason levantó su propio receptor.

—Gertie, pon la comunicación y mantén mi línea.

—Está bien, Gertie —añadió Della—, adelante.

Mason oyó una voz femenina, bastante emocionada, al otro extremo de la línea.

—Oiga, señorita Della Street, deseo saber qué fin persigue usted. Para que lo sepa, he estado repasando la lista de pasajeros del *Queen of Jamaica*, en el que viajó Judson Olney, y usted no figura en la lista. Opino que toda la historia es una falsedad, cosa que ya pensé cuando escuché el cuento. Y ahora quiero que me diga la verdad.

—¿Para qué?

—No crea que conseguirá birlarme a mi «hombre». Me gusta luchar, y cuando peleo me valgo de todas las tretas. ¿Y ahora se dignará decirme qué se propone?

Mason le indicó por señas a Della que colgase, y él hizo lo propio simultáneamente.

—Vaya —suspiró la secretaria—, otra complicación. Dios mío, jefe, esa chica está loca.

—Esto tiene de malo tener que actuar en un argumento escrito por un aficionado —comentó Mason—. ¿Quién supone que era, Della?

—O Rosalie Harvey o Adelle Chester, naturalmente. No pude reconocer la voz.

—Bien, la grasa está toda en el asador —suspiró Mason—. Alguien se tomó la molestia de repasar la lista de pasajeros en el crucero de Judson Olney. Los embusteros aficionados siempre meten la pata, Della. Nosotros aceptamos el argumento, pero no debimos interpretarlo. Y ahora nos vemos metidos en un apuro.

Gertie, la recepcionista, apareció en el umbral de la oficina interior.

—Un tal George P. Barrington desea hablar con usted, señor Mason. Afirma que se trata de un asunto muy importante. Añadió que le vio a usted en casa del señor Warren.

Mason cambió una mirada con su secretaria.

—He venido en persona a anunciarle —prosiguió Gertie— porque intentaba sonsacarme.

—¿En qué sentido?

—Me ha hecho varias preguntas sobre la señorita Street, adonde suele ir de vacaciones y si yo recordaba en qué año estuvo en el Caribe.

—Váyase a la biblioteca de leyes, Della —le ordenó el abogado —. Salga por ella y lárguese a su casa. Veré a Barrington a solas. Quizás ha dicho que quería verme a mí, pero en realidad quiere hablar con usted. Y en tal caso será también referente a ese maldito crucero al Caribe. ¿Por qué diantre los clientes tienen siempre que ser unos embusteros?

—Barrington es un joven muy simpático —murmuró Della.

—Puede serlo —gruñó Mason—, pero se ha enamorado de usted de manera fulminante, y con él tenía a una joven que parecía muy tranquila, pero seguramente ardía por dentro. Y probablemente le habrá contado que usted no estuvo con Judson Olney en el barco. Gertie —añadió el abogado, volviéndose a la joven recepcionista—, hágale pasar dentro de medio minuto, y no permita que le dirija la palabra. Tan pronto como Della cruce la biblioteca levantaré el teléfono para que usted lo sepa.

—Sí, señor Mason —asintió Gertie, completamente atónita. Luego, a su pesar, abandonó el despacho.

—Vaya, Gertie ya tiene materia para despacharse a su gusto. Y le gusta coger un botón y coserle una chaqueta. Seguramente ya ha

adivinado una sorda intriga…

Mason le indicó la puerta de la biblioteca de libros legales, conocida vulgarmente como «biblioteca legal».

—Por allí, Della. Quiero decirle a Barrington que se ha ido usted a casa, y cuando digo una mentira me gusta que sea verdad.

—Bien, adiós, señor Mason —Della Street cogió su bolso, se detuvo a contemplarse ante un espejo y cruzó el umbral de la puerta de la biblioteca.

Mason esperó unos instantes y luego levantó el auricular, limitándose a decir:

—Ya, Gertie.

Casi al momento George P. Barrington penetró en el despacho como una tromba.

—Hola, señora Mason. Le agradezco mucho que me haya recibido sin tener hora, pero me siento un poco inquieto por algo que ha ocurrido esta tarde.

—¿Sí? —preguntó cortésmente Perry Mason.

—¿Está aquí su secretaria?

—No, ya terminó su labor.

—Recibí una llamada telefónica que me ha preocupado seriamente.

—¿De quién?

—No lo sé, no pude adivinarlo.

—¿Hombre o mujer?

—No estoy seguro, aunque parecía una mujer queriendo disimular la voz.

—¿No reconoce quién habla por la forma de espaciar las palabras o la entonación? —inquirió Mason.

—No, ¿por qué?

—Fue una simple pregunta. ¿Cuál era el propósito de la llamada?

—El propósito de la llamada fue asegurarme que su presencia en la fiesta de anoche fue puramente de carácter profesional, que Horacio Warren le hizo asistir para que me vigilase, que Judson Olney no había conocido a la señorita Street en ningún viaje de placer y que, en cambio, hacía muy poco que la conocía.

—Vaya, esto huele a una mujer, ¿verdad? —observó el abogado —. ¿Y por qué tenía que vigilarlo yo a usted?

—Esperaba que usted me lo dijese —suspiró Barrington.

—No puedo decirle algo que ignoro, ni puedo perder el tiempo discutiendo sobre una llamada anónima.

—Esperaba que usted me contestase que mi comunicante está en un error, que usted asistió a la fiesta casualmente y que la señorita Street conoce a Judson Olney desde aquel viaje.

—¿Y esto le tranquilizaría totalmente?

—Sinceramente, sí.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Bueno, no le he relatado toda la conversación.

—Entonces será mejor que termine.

—Mi comunicante anónimo insistió en que Warren cree que yo sostengo tratos bastante íntimos con su esposa y que está considerando una acción de divorcio.

—En tales circunstancias —opinó Mason—, usted sólo puede hacer una cosa.

—¿Qué?

—Ver a Horado Warren y hablarle con toda franqueza.

—¡Al diablo! —juró Barrington—. Bien, digamos que no estoy exento de toda culpa, ¿entiende? Estuve mezclado en algo que me molesta y quería poner mis cartas sobre la mesa, Mason. Si hay algo de verdad en lo que me han contado, y si Horacio Warren cree que yo he tenido algo que ver con su mujer… Bien, esto resultaría desastroso.

—Pero, ¿usted quiere decirme algo? —le urgió Mason.

—Sí, aunque yo vine aquí para interrogarle a usted y parece ser que se han cambiado las tornas.

—Usted deseaba comunicarme algo —le recordó el abogado.

—No, ni lo intentaba.

—Pero me lo dirá —sonrió Mason—. Ya ha hablado demasiado para seguir callando.

Barrington se aclaró la garganta y mudó de postura.

—Hace bastante tiempo que conozco a Horacio Warren. He estado en su casa dos o tres veces, pero jamás habíamos entrado en tratos comerciales hasta recientemente.

Mason asintió.

—Conocí a su esposa, Lorna, y, naturalmente, también a su gerente, Judson Olney. Hace un par de meses, Judson vino a verme

y me preguntó si yo podía saber qué valores del mercado estaban en alza. Pensaba que yo me hallaba en mejor posición que él para saberlo, y así era. En realidad, deseaba averiguar cómo estaban los valores de una sociedad de la que yo poseo acciones. Realicé, pues, una indagatoria y descubrí que mientras aquellos valores no estaban en la lista de las alzas en el mercado, poseían en total un precio teórico muy elevado, alrededor de los diecisiete mil dólares.

—¿Y se lo comunicó usted a Olney?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió?

—Me dio las gracias y durante unos días no supe nada más. Luego, al cabo de dos semanas, Olney fue a verme y me preguntó si podía convertirle aquellos valores en dinero. Instantáneamente entré en sospechas, y le pregunté a mi vez si los valores eran suyos y, en tal caso, cómo los había conseguido. Se echó a reír y me contestó que eran de la señora Warren, que representaban una inversión que ella había hecho hacía tiempo, y que a su marido no le gustaba que ella invirtiese su dinero a ciegas, pero que Lorna siempre se había interesado por las compañías petrolíferas y que le gustaba ganar algunos dólares, aunque no fuesen más que un centenar. Agregó que la señora Warren necesitaba algún dinero y que no quería decírselo a su marido. Por lo tanto, deseaba vender algunos valores que Horacio ignoraba que ella poseyese.

—¿Y qué hizo usted?

—Le contesté a Olney que haría lo que pudiera. Que me gustaría extenderle un cheque por los diecisiete mil dólares, pero que si trasladaba los valores a mi nombre podría hacer algo mejor.

—¿Y entonces…?

—Entonces, los valores fueron trasladados a mi nombre, lo cual desató al instante cierta especulación por parte de los demás accionistas de la compañía que se enteraron de la transacción. El hecho de que yo adquiriese acciones de la empresa, les hizo pensar que pronto subirían de valor.

—¿Y vendió los valores? —inquirió Mason.

—Los vendí por veintiocho mil dólares.

—¿Qué hizo con el dinero?

—Bien, ésta es una de las cosas que me inquieta —confesó Barrington—. A petición de Olney, transformé esta cantidad en

billetes de veinte, cincuenta y cien dólares, y se la entregué a él.

—¿Y tomó usted ciertas medidas para asegurarse de que el dinero había ido a parar a manos de la señora Warren?

—Oh, sí. No soy tan tonto, señor Mason. Se lo pregunté a ella misma cuando coincidimos en un almuerzo.

—¿Le preguntó usted específicamente si había recibido el dinero o…? —insistió el abogado.

—No, no, no entré en detalles. Simplemente, le comuniqué que no estaba seguro de haber obtenido el valor máximo de sus valores, y ella me respondió que era maravilloso lo que yo había hecho, que era más de lo que había esperado y que había obtenido un beneficio bastante amplio en la transacción, gracias a mí, por lo que me daba las gracias.

—¿Le rogó ella que no se le contase a nadie?

—En efecto. No con esas mismas palabras, pero me suplicó que no le dijese nada a su marido porque no era un beneficio realizado por su dinero y sabía que su marido no lo aprobaría. Añadió que a él no le gustaba que ella especulase con inversiones ni nada semejante.

—¿Y ha ocurrido algo ahora que haya despertado sus sospechas? —interrogó el abogado.

—Bueno, ha habido esta llamada telefónica y ese cuento de Olney respecto a su secretaria, si es que se trata de un cuento. Y yo quería saber, señor Mason, si su conexión con Warren es por algún negocio, y si en tal caso existe la posibilidad de… de un divorcio, y si yo podría verme enredado en el mismo de alguna forma.

—Usted es un negociante, Barrington —contestó Mason—. Un solo instante de reflexión le convencerá de que se ha dirigido a un mal lugar para formular estas preguntas.

—¿Cómo?

—Un abogado jamás le contará nada respecto a sus clientes o a los asuntos de sus clientes. Si usted piensa que Horacio Warren está considerando emprender una acción legal referente a su esposa, y que usted puede verse arrastrado hacia el asunto, es preferible que se dirija directamente a Warren y se lo pregunte francamente.

—Y tan pronto como lo haga, enseñaré la oreja —objetó Barrington.

—Exactamente.

—Estoy inquieto, Mason, muy inquieto. Y, además, no puedo ir a ver a Warren.

—Pero también sabe que yo no puedo contestar a sus preguntas.

—Esperaba lo contrario.

—Si Warren me hubiese contratado para un asunto legal, y desease disimularlo, yo tampoco estaría en condiciones de pasarle la información al primer amigo de mi cliente que viniese a sonsacarme.

—No le pido tanto. Sólo le ruego que… vaya, me diga si estoy metido en algún embrollo por lo que hice.

—No lo creo —repuso Mason—. Lo que hizo usted no fue ningún engaño, y si las circunstancias son tal como me las ha relatado, no veo que puedan ofender a Warren.

El semblante de George P. Barrington se iluminó.

—Muchas gracias, Mason. Muchas gracias. Comprendo que usted se halla en una posición que le impide hablar con más franqueza.

—Ni siquiera puedo aclararle si mi presencia en casa de los Warren fue casual o por un asunto —admitió Mason—. Sólo puedo asegurarle que Judson Olney estuvo en este despacho a ver a Della Street y que me contó la misma historia referente al viaje de placer, que luego contó a los demás.

—Entonces, no ha habido ninguna relación de negocios, ni ningún significado relacionado con…

—¡Un momento! —le atajó Mason—. No quiero que usted ponga en mi boca palabras que no he proferido. Sólo le he dicho que Judson Olney vino aquí a ver a la señorita Street. Y que entonces me contó la misma historia.

—Está bien, está bien. Supongo que alguien ha querido promover un lío.

—¿Alguna idea de quién puede ser? —preguntó Mason.

—Supongo que una mujer —dijo Barrington—. Intentó disfrazar la voz de manera un tanto ruda.

—¿Qué mujer?

—¡Oh, yo hago conjeturas! —se ufanó Barrington—, pero no significan nada, necesariamente. Como dicen ustedes, los abogados, siempre son necesarias las pruebas, y yo no quiero formular ninguna acusación, ni siquiera una implicación, sin pruebas.

—En otras palabras —sonrió Mason—, que ahora le ha llegado el turno de mostrarse precavido.

Barrington abandonó el asiento.

—Muchas gracias por recibirme, Mason. Y lamento haberle molestado con mis problemas.

—En absoluto —negó el abogado, cortésmente.

—Considerará mi visita como confidencial, ¿verdad?

—Desde un punto de vista social —repuso Mason—, lo que me ha contado es confidencial. Desde un punto de vista profesional, yo represento a un cliente, y de cuando en cuando tengo que darle toda la información que reúno.

—¡Un momento! —le interrumpió Barrington—. Yo no le he contado todo esto con la idea de que se lo refiriese luego a su cliente.

—Entonces, no debió comunicarme nada —replicó Mason—. Un abogado es el representante de su cliente. Y tiene que jugar limpio con él.

—Yo…, está bien —se conformó Barrington—. Yo he venido a descubrir mis cartas y confío en su discreción. Sé que no me traicionará a menos que se vea forzado a ello. Buenas tardes, Mason.

—Buenas tardes —le respondió el abogado, gravemente.

Mason salió a la antesala y vio que Gertie ya había abandonado la recepción. Cerró la oficina y se detuvo en la de Paul Drake, camino del ascensor.

—¿Está Paul? —le preguntó a la recepcionista, que estaba ocupada con el teléfono.

Ella asintió, indicando la valla de madera que daba a un pasillo, y continuó hablando por teléfono.

Mason levantó el pestillo de la portezuela de la valla y recorrió el pasillo, a cuyos lados se abrían diversas puertas, donde los agentes de Drake recibían a los clientes, o testigos, hasta llegar al final donde se hallaba el despacho del jefe.

La estancia era amplia y contenía la mesa de Drake y dos butacas para los clientes, además de una papelera. Sobre la mesa había cuatro teléfonos y él estaba conversando por uno de ellos.

Saludó con el gesto al abogado y le indicó que tomara asiento.

—De acuerdo —dijo por el aparato—, haz lo que puedas, pero

no te confíes demasiado. Ya sé que es difícil, pero haz lo que puedas.

Colgó el auricular y se volvió hacia Mason.

—Supongo que deseas saber si sé algo del tipo que estuvo en tu despacho.

—Exacto.

Drake sonrió.

—Ese individuo lleva más cola que el cometa Halley.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, en primer lugar tiene una sombra falsa. Y esto, en un asunto de importancia, significa que al menos hay tres reales, y a veces hasta cinco.

—¿Descubrió tu agente a las sombras reales?

—«Mis hombres» —recalcó Drake—. «Le puse dos, con instrucciones de alternarse y telefonear tan pronto supiesen algo». Te diré una cosa, Perry: ese tipo sabe que le siguen. Y creo que sospecha que mis hombres se unieron a la procesión, aunque no estoy seguro porque por ahora sólo puedo hacer adivinanzas. Pero que tiene una sombra falsa, eso sí lo sabe con toda seguridad.

—Sí, lo sabe —afirmó Mason.

—Para en un pequeño hotel, el «Exman». Se trata de un edificio antiguo, que todavía no ha sido derribado. Está embutido entre un par de casas viejas y todo el lugar sólo espera la piqueta demoledora para levantar luego un edificio moderno. Mientras tanto, el hotel «Exman» cobra las habitaciones a precios muy módicos.

—¿Cómo se inscribió?

—Con el nombre de Newton, que dudo sea el suyo.

—¿Se dirigió allí directamente desde mi despacho?

—Con toda la procesión detrás —afirmó Drake—. Sabe que al menos le sigue una sombra, pero no intenta escabullirse.

—Paul —reflexionó Mason—, cuando tengo que tratar con un chantajista me siento cruel.

—¿Y quién no? —filosofó Drake.

—Haría cosas que parecerían faltas de ética —siguió Mason—, miradas a la fría luz de la moral.

—Cuando uno tropieza con un tipo así tiene que mostrarse duro.

—Para tu información —continuó el abogado—, ese tipo que se

llama Collister Damon Gideon, es un chantajista y muy hábil. Acaba de salir de una prisión federal y se halla en una posición muy vulnerable. De no ser así, ya me habría crucificado. He tenido que fanfarronear con él, y jugar mis cartas como si poseyese cuatro ases.

—¿A quién quiere extorsionar?

—A mí.

—¿A ti? —Drake estaba asombrado.

—Exacto.

—¿Y qué tiene contra ti, Perry?

—Nada, pero podría ponerme en una situación embarazosa si continúa viniendo a mi oficina.

—Oh…, oh… —exclamó Drake—, conque es esto. Los agentes federales pensarán que algún cliente tuyo les conducirá hasta el dinero.

—En efecto —repuso Mason—. Naturalmente, se hallan sumamente interesados en todas las visitas de Gideon.

—Y como te ha visitado a ti, ahora eres uno de los puntos focales de los agentes federales.

—Tal vez todavía no —negó Mason—, pero si repite sus visitas, lo seré. Es muy posible que el Gobierno piense que estoy actuando de intermediario.

Drake frunció el ceño.

—Sí, está en situación de ponerte en un brete, Perry.

Mason asintió.

—Y no puedo hacer nada por impedirlo —prosiguió el detective—. Si desea seguir yendo a tu despacho, no puedes impedírselo, a menos que presentes una demanda por intento de chantaje, cosa que no puedes hacer, si deseas proteger a tu cliente.

—Por esto afirmé, Paul, que cuando se trata con un extorsionista hay que emplear cualquier clase de arma.

—¿Has pensado en alguna?

Mason asintió.

—¿Podrías conseguir las fotografías originales de Gideon?

—¿Las de la Policía? Sí.

—¿Y un dibujante?

—¿Un dibujante? —repitió Drake.

—Un dibujante policíaco —le aclaró el abogado—. Uno de estos policías especializados en hacer dibujos «robot», basándose en los

datos de una descripción personal. Quiero un par de buenos dibujos, pero un poco rudos. Ya sabes cómo son los dibujos de esta clase. Busca un policía que haga el dibujo de Gideon, de acuerdo con su fotografía, pero que sin ser él, tenga una gran semejanza con su semblante.

—¿Y luego? —preguntó Drake.

—Luego, le concederé una oportunidad de deshacerse de sus sombras, tanto de las falsas como de las reales, para que obre a su antojo.

—¿Cómo lo lograrás?

—Dándole dinero —replicó Mason.

—Una vez le des dinero, te encontrarás en una calle de dirección única —le recordó y sonrió.

—Cuando Gideon se haya desembarazado de sus sombras, automáticamente dejará de tener cualquier posible coartada.

—¿Y después…?

—Después, le mostraré los dibujos y le contaré que se trata de unos bocetos realizados por un artista de la Policía, de acuerdo con la descripción de un testigo de un atraco o un asesinato, o cualquier delito que él haya leído en los periódicos.

—Sabrá que es un truco —observó Drake.

—Sí, pero no podrá hacer nada. El punto débil de la armadura de un estafador que ha sido condenado es que su anterior condena puede ser sacada a relucir para refutar su testimonio en el caso de que pretenda negar haber cometido ningún crimen.

—Pero —protestó Drake— si acude a la Policía comprobará que el dibujo es una evidencia puramente sintética, que la Policía no posee ningún boceto suyo en los archivos y…

—Un chantajista, un estafador que se ha tomado mil molestias para desembarazarse de sus sombras, no puede ir a la Policía ni hurgar tampoco en sus archivos —razonó Mason.

Drake meditó un momento y se echó a reír.

—De acuerdo, tú ganas.

—Todavía no he ganado —suspiró Mason—, pero voy a encargarme de ese tipo y a ponerlo más suave que un guante. Cuando vino a visitarme le dije que no me andaba por las ramas con los chantajistas.

—Pero si no puedes amenazar a un hombre por un delito que no

ha cometido —opinó Drake.

—No me refiero a esto. Me refiero a dejarle creer que voy a acusarlo del crimen que, o le llevará a la cámara de gas, o le enviará a prisión por toda su vida. Cuando tratas con un desaprensivo, Paul, sólo puedes hacer una cosa, y es tomar la iniciativa.

—De acuerdo. ¿Hasta dónde quieres que llegue con mis sombras?

—Que lo sigan —le instruyó el abogado—. Consigue esta foto, busca al dibujante y que haga los bocetos de Gideon.

—Está bien, tú mandas —se resignó Drake.

Capítulo VIII

Cuando Mason penetró en su oficina poco antes de las nueve de la mañana siguiente, Della Street le preguntó:

—¿Cómo le fue ayer con el señor Barrington? ¿Le contrainterrogó respecto a mí?

—No —sonrió Mason—. Fui yo quien llevó la iniciativa después de dominarle, y cuando terminó de contarme su historia estaba tan apabullado que no se sintió con ánimos de interrogarme a su vez.

—Paul Drake telefoneó hace un instante y dijo que ya tenía el boceto. ¿De qué se trata?

—Le daremos una ojeada —contestó Mason—, y veremos si usted lo reconoce. Llame a Paul Drake y dígale que venga.

Poco después sonó en la puerta la llamada especial del detective. Della Street abrió.

—¿Lo tienes? —le preguntó Mason.

—Sí —repuso el detective, entregándole al abogado un boceto, junto con varias fotocopias.

Mason lo estudió, y sonrió, y le pasó el dibujo a Della Street.

—¿Quién es, Della?

—¡Caramba, Gideon!

—Un magnífico parecido, Paul, y además parece hecho por un dibujante de la Policía.

—Lo hizo uno, en efecto, Perry. Tengo un amigo que colabora con la Policía, y le entregué la foto de Gideon. Y ahora, Perry —prosiguió Drake—, estás metido en un enredo. Ese tipo posee una inteligencia superior a la normal, y cuando un hombre lleva cierto tiempo en una prisión federal adquiere ciertos conocimientos que le capacitan para medirse con cualquiera.

—¿Incluso yo? —rió Mason.

—Bien, no diría tanto, pero no creas que te sea tan fácil dominar

a ese individuo.

—Lo sé.

Sonó el teléfono y Della cogió la extensión.

—Sí, Gertie…, ¿quién llama?

El rostro de la secretaria mostró cierto enfado.

—Pues dile… un momento —tapó con la mano el receptor y se volvió hacia Mason—. Es ese tipo, Gideon. Le diré a Gertie que corte y que no queremos saber nada…

—Nada de eso —protestó vivamente Mason—. Dígale a Gertie que establezca la comunicación, y usted escuche la conversación, Della.

Mason cogió el receptor de su mesa.

—Hola, Mason al habla.

—Aquí Gideon —repuso la voz al otro extremo de la línea—. ¿Cómo está usted esta mañana, señor Mason?

—Muy bien, gracias.

—Pensé pasar a verlo unos minutos.

—No tengo nada que decirle.

—Ya lo presumía. En realidad, estoy asombrado de que me haya contestado por teléfono. Pero de todos modos iré para allá y me sentaré una hora en la antesala. Luego volveré a largarme. Mi sombra falsa sigue en su empeño y yo quiero que se gane su soldada.

—Como guste.

—Y llamaré a su oficina al menos una vez al día —prosiguió el extorsionista—, hasta que halle un medio de deshacerme de mis sombras.

—¿Y cuándo será esto? —quiso saber Mason.

—Como ya le expliqué, señor Mason —dijo la voz de Gideon—, todas las tácticas eficaces se fundan en tomar la iniciativa y hacer lo inesperado. Si yo tuviese, digamos, quinientos dólares, me despegaría de mis sombras y me desvanecería, pero no quiero discutir mis negocios por teléfono. El hecho de que usted me escuche significa que esta conversación está siendo grabada o anotada, y el hecho de que yo hable quiere decir que no tengo nada que ocultar. Deseo solamente que usted haga algo por mí, y con esta esperanza iré a su oficina.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Mason.

—Ya lo sabe —replicó Gideon—. Sus detectives privados me siguieron desde su oficina hasta el hotel, anoche. El «Exman», se lo digo por si no lo recuerda. He alquilado allí una habitación. No es muy buena, pero no estoy en situación de pagarme muchos lujos. Espero estar mucho mejor dentro de unos meses. Concédame la oportunidad de ejercer mi ingenio fuera y no tardaré en escalar la cumbre, señor Mason. Confío plenamente en mi habilidad.

—Ya lo veo —repuso el abogado—. ¿Observó algunas otras sombras anoche?

—Oh, señor Mason —exclamó Gideon en tono de reproche—. Era toda una procesión. Claro que las sombras de sus detectives fueron muy listos. No eran como mi sombra falsa, pero, al fin y al cabo, yo ya las esperaba, por lo que no tuve grandes dificultades en descubrirlas. También me di cuenta de un par de sombras federales. Lo cual hace que fuesen cinco las personas que me siguieron anoche.

—¿Le esperan ahora en torno al hotel? —inquirió Mason.

—No he visto a sus dos hombres —confesó Gideon—, y las sombras reales no están a la vista pero la falsa sí.

—Esta noche he meditado un poco —articuló Mason.

—Lo suponía.

—Y creo que podrá conseguir su rehabilitación. Le enviaré quinientos dólares a su hotel por un mensajero.

—¿En billetes?

—En billetes. Y espero que no volverá por mi oficina. No quiero volver a saber nada de usted.

—Claro, señor Mason. Tiene mi palabra… mi palabra de honor.

—Me siento muy honrado —se mofó Mason—. Dentro de una hora le enviaré el dinero.

Mason colgó.

—Vaya a la caja donde tenemos el dinero de emergencia, Della, y coja quinientos dólares. Póngalos en un sobre, busque a un mensajero y envíeselo al señor Gideon, al hotel «Exman».

—Supongo que sabrás lo que haces —suspiró Drake.

—¿A qué te refieres?

—Que ese tipo volverá por más pasta; comprenderá que su presencia te asusta y lo tendrás detrás de ti el resto de tu vida. Un chantajista jamás cede hasta que ha chupado por completo a su

víctima.

—Lo sé —sonrió Mason—, pero esos quinientos dólares no salen de mi bolsillo. Lo cargaré a la cuenta de gastos, ya que en realidad son un cebo. No es posible pescar sin cebar el anzuelo. Y además hay que poner algo que le guste al pez. Incluso hay que realizar la operación de manera artística, cubriendo el anzuelo por completo. Sí, Paul, cebar un anzuelo es toda una ciencia.

—¿Y qué más? —se impacientó Drake.

—Luego, cuando el anzuelo está bien cebado, hay que aguardar a que pique el pez, y darle cuerda; y después, de un súbito tirón, atraparlo. Si el tirón lo das demasiado pronto, le sacas el anzuelo de la boca y si no tiras a tiempo, el pez se lleva el cebo y te deja el anzuelo pelado. Hay que poseer el sentido del tiempo y una cierta habilidad para cebar el anzuelo y pescar al pez.

—Bien, ahora ya has puesto el cebo —reconoció el detective—. Pero te aviso que quinientos dólares no son más que un sencillo aperitivo en el cerebro de Gideon.

—Me ha prometido no volver, ni llamarme ni ponerse en contacto conmigo si le enviaba estos quinientos dólares —sonrió Mason.

Drake ahogó su escéptica réplica.

—Hasta me ha dado su palabra de honor —añadió el abogado.

Drake volvió a gruñir y se puso de pie.

—Engáñate a ti mismo cuanto quieras, Perry; pero no trates de engañarme a mí.

—Incidentalmente —le detuvo Mason—, tu amigo Gideon parece todo un experto en el arte de descubrir sombras. No tuvo ninguna dificultad en descubrir las tuyas.

Drake lanzó una exclamación de enojo.

—¡Esos muchachos…! En vista de que Gideon sabía que tenía una sombra falsa a sus espaldas, no pensé que descubriese las mías.

—Pues las descubrió —replicó Mason.

—Ya te dije que esos individuos —expresó Drake tras una pausa — aprenden mucho en la cárcel.

—Lo sé, y Gideon ya era listo mucho antes. Esperemos que esta vez se supere.

—¿Vas a mandarle el dinero? —preguntó Drake.

—Naturalmente —repuso Mason—. Creo que Della lo está

metiendo precisamente dentro de un sobre.

Drake murmuró algo referente a un majadero y a la inutilidad de malgastar una fortuna, y dejó el despacho.

Mason miró plácidamente a Della Street cuando la joven volvió con el sobre en la mano.

—¿Todo correcto, Della?

—Todo correcto. El mensajero viene ya hacia aquí.

—Déle este sobre para Gideon y que no se moleste en hacer firmar ninguna nota de recibo —le ordenó el abogado.

—¿Ningún recibo? ¿Ni siquiera el acuse del sobre?

—Nada —sonrió Mason—. Somos dos caballeros, y debemos tratarnos como tales. Al fin y al cabo, tengo la palabra de honor del señor Gideon.

Capítulo IX

El jueves por la mañana Mason penetró en su oficina y preguntó ansiosamente:

—¿No ha sabido nada de Gideon, Della?

—Nada.

—¿Ninguna carta, ninguna llamada?

—Nada.

—¿Ni una carta anónima?

—No, al menos hasta esta mañana.

Mason dejó su mesa, se acercó a una ventana y se asomó a contemplar el tráfico callejero, frunciendo el ceño en profunda reflexión.

—¿Deberíamos haber sabido algo de ese tipo? —preguntó Della.

—Sí. Y temo que nuestro amigo Gideon haya trasladado sus atenciones a la señora Warren.

El abogado comenzó a medir el despacho con sus pasos.

—Es inconcebible —continuó— que haya tenido valor de ir a su casa, pero… llame a Paul Drake y dígale que añada otros dos agentes a la tarea. Quiero los números de matrícula de todos los coches que vayan a la residencia de los Warren, y una descripción de todos los visitantes. Los agentes tendrán que usar prismáticos y mantenerse a distancia.

—¿Algo más?

—Nada más —decidió Mason. Luego añadió, cabizbajo—. Por el momento.

A mediodía, Mason estaba inquieto, paseándose por el despacho, con el ceño fruncido y reaccionando nerviosamente cada vez que sonaba el teléfono.

A las tres volvió a sonar.

—¿Sí? —preguntó Della. Luego le hizo una indicación a Perry

Mason.

—¿Gideon? —inquirió el abogado.

—Paul Drake —le informó ella.

Mason cogió el aparato.

—Sí, Paul, ¿qué pasa?

—Tengo la cara colorada —dijo Drake.

Mason se recostó en su sillón giratorio, cruzó las piernas sobre la mesa y pareció relajarse por completo.

—Dime, Paul.

—¡Ese maldito Gideon! —exclamó el detective—. Te dije que esos tipos se vuelven muy listos en chirona. Y éste los gana a todos en listeza.

—¿Quieres decir que es demasiado vivo para ti?

—Demasiado para mis chicos y… ¡Sí, maldita sea, Perry! ¡Demasiado listo para mí!

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Mason.

—Ese sujeto se dirigió a un comercio de coches usados. Miró unos cuantos, compró uno y abonó trescientos dólares.

—¿En billetes? —preguntó Mason.

—Sí, en billetes. Con el dinero que tú le regalaste.

—Vaya, me alegra saber que se compró algo útil —suspiró el abogado—. Al fin y al cabo, un hombre necesita un automóvil en los tiempos en que vivimos.

—Por favor, Perry —le suplicó Drake—, el asunto es muy grave. Por lo que a mí respecta, es una proeza de primera categoría.

—Continúa —le animó Mason—. ¿O por qué no vienes a mi despacho a contarme el resto? Della te hará una taza de café y…

—Porque no quiero enfrentarme contigo —confesó Drake—. Además, estoy en mi despacho con cuatro teléfonos llamando constantemente, tratando de volver a encontrar su pista.

—¿Y los federales? —preguntó Mason—. ¿No estaban trabajando?

—Dios mío —gimió el detective—, había tres sombras reales del gobierno a la tarea, una sombra falsa y las dos mías. O sea que ese pájaro llevaba detrás de sí seis sombras.

—¿Y las despistó a todas?

—Exactamente.

—¿Cómo lo consiguió?

—Bien, compró el automóvil, lo pagó, firmó el contrato y arrancó. Naturalmente, con aquel trasto creímos que no podría correr mucho, y que obedecería todas las señales de tráfico. Aparentemente, los federales pensaron lo mismo.

—¿Cómo lleváis a cabo esta clase de faenas? —quiso saber Mason.

—Con bastantes sombras es muy fácil —repuso Drake—. Tenemos una sombra delante del perseguido y otra detrás. O sea que le tenemos copado. Cuando el sujeto llega a un cruce, uno de mis muchachos continúa adelante y el otro se rezaga un poco. En este caso, naturalmente, la sombra falsa se quedaba atrás. De esta forma, si Gideon atravesaba un disco en el momento de cambiar, o cruzaba por una luz roja, las sombras podían esperar pacientemente detrás, porque delante había otras para atraparlo.

—¿Y los federales?

—Llevan el mismo juego. Mis hombres descubrieron al menos a uno, y a su vez, el federal descubrió a uno de los míos, porque al verlo le hizo una señal.

—¿Y Gideon consiguió zafarse de todas las sombras? —inquirió de nuevo el abogado.

—Exactamente.

—¿Cómo?

—Se deshizo de la sombra falsa y de una de las reales —le explicó Drake—. Pareció lamentar haberlo hecho. Se dirigió al aeropuerto, estacionó el coche con el motor en marcha y le dio una propina a un empleado para que se quedase junto al coche cinco minutos.

—¿Y qué más?

—Bueno, esto fue un timo. Los demás federales llegaron y armaron un poco de alboroto, asegurando que el coche estaba aparcado en un lugar indebido. Chillaron un poco e insistieron en que el empleado se largase. Durante todo esto, lo que hiceron en realidad fue colocar un chisme electrónico en el auto, a fin de poder seguirlo sin ser vistos.

—¿Y qué ocurrió? —quiso saber Mason—. ¿Le siguieron dentro de la terminal aérea?

—No, porque cuando un sujeto ha pagado trescientos dólares por un automóvil, no es probable que lo abandone con el motor en

marcha.

Mason comenzó a reír.

—¡Sí, ríe cuanto quieras! —gritó Drake, irritado.

—¿Así que no sabes adonde se largó? —inquirió el abogado.

—Claro que lo sabemos —replicó el detective—, no somos tan asnos. No le seguimos dentro de la terminal, pero entramos y dimos unas cuantas vueltas, viendo los aviones que iban partiendo de acuerdo con el horario.

—Pero si Gideon entró, tuvo que salir de nuevo —razonó Mason.

—Claro que salió —exclamó Drake—. Salió por la puerta, se encontró con otro sujeto, se presentó a él y ambos anduvieron veinte metros hasta un helicóptero que estaba con el motor en marcha. Subieron al aparato, el helicóptero despegó y nos dejaron con un palmo de narices.

—¿No pudiste seguirlo?

—¿Cómo diablos íbamos a seguir a un helicóptero, a menos de disponer de otros? —gruñó el detective—. Hicimos lo que pudimos. Nos dirigimos a la torre de control y les ordenamos que hiciesen regresar al aparato. Preparamos otro helicóptero, pero, naturalmente, Gideon ya lo esperaba. Hizo que su helicóptero volara unos tres minutos y luego le ordenó al piloto que lo dejase en un descampado, donde había una línea de autobuses. El piloto obedeció y volvió a estar en el aire cuando oyó la señal desde la torre obligándole a regresar al aeropuerto rápidamente. Naturalmente, los de la torre creyeron que el pasajero todavía estaba a bordo del helicóptero y que podía escuchar lo que ellos radiaban, por lo que se comportaron de manera un tanto misteriosa. Le dijeron al piloto que se trataba de un caso de emergencia y que su motor no estaba en condiciones, por lo que debía regresar al momento y realizar un aterrizaje prudente. Bien, el piloto regresó y… nada más. Las sombras siguen sentadas en el coche viejo. Y Gideon ha desaparecido.

—¿Y el automóvil? —preguntó Mason—. ¿No se firmó un contrato con una cláusula…?

—¡Oh, sí! —suspiró Drake—. Pero Gideon es demasiado listo. Veinte minutos después de habernos dejado plantados llamó al dueño del comercio de coches, le dijo dónde había dejado el auto, avisándole que fuese a recogerlo y se lo quedase. Añadió que tras

haberlo meditado un poco vio que no le reportaba ningún beneficio la compra del coche, que no tendría que utilizarlo, y que un amigo le había prestado otro. También le dijo al atónito propietario del comercio que la transacción debía quedar anulada, que él no tenía derecho a ninguna indemnización, porque la culpa era suya, y toda la sarta de mentiras de costumbre.

—¿Y el comerciante le hizo caso?

—Seguro. Añadió que su cliente era muy generoso y que si vendía de nuevo el coche en el plazo de dos días le devolvería parte del dinero. Tras lo cual partió a recuperar su auto.

Mason estaba riendo a carcajadas.

—Me alegra que te diviertas —refunfuñó Drake.

—Recuerdo que me dijiste que no me dejase engañar por ese individuo —se disculpó el abogado—, que esos sujetos se vuelven muy listos en la cárcel, y que yo debía vigilar mis pasos. Aparentemente, eres tú quien debió seguir tus propios consejos.

—¡Vete al diablo! —rezongó Drake.

—Bueno, ahora ha seguido nuestro juego —suspiró por fin Mason.

—¿Qué quieres decir con esto? —el detective cambió de tono.

—Mientras hubiese sombras detrás suyo poseía una coartada perfecta —reflexionó Mason.

—¿Una coartada para qué?

—Para todo. No podía ser acusado de ningún delito, porque las sombras le hubiesen justificado, declarando dónde se hallaba en el momento de cometerse el delito. Ya te dije que una vez se desprendiese de sus sombras carecía de coartada.

Se produjo un silencio en la línea mientras Drake meditaba.

—Por lo tanto, los quinientos dólares fueron un buen cebo.

—No quiero hacer comentarios, Paul —repuso Mason—; pero a partir de este momento empieza a buscar la pista de todo crimen no solucionado que se cometa en la ciudad, particularmente de algún delito capital de asesinato que se haya cometido en algún sitio con testigos de vista. Cuando halles uno de estos crímenes, haz que uno de tus muchachos lleve el boceto a la Policía, busca a los testigos visuales y pregúntales si el del dibujo no se parece al hombre que vieron en la escena del crimen.

—¿Y trato de convencerles de que es él?

—¡Oh, no, nada de eso! —objetó el abogado—. Nada tan burdo, sino sólo plantar esta idea en sus mentes; que crean al menos que resulta sospechoso. Después, si ocurre algo, podremos afirmar que obramos de buena fe, tratando de solucionar un crimen. Como verás, Paul, en lo que a mí concierne, se trata de un tipo con antecedentes criminales y falto de dinero, Muy apto, por tanto, para cometer cualquier delito.

—¿Falto de dinero? ¡Tu tía! —exclamó Drake—. Ese tipo fuma cigarros de cincuenta centavos y lleva un traje de doscientos cincuenta dólares, al menos. Penetró en una de las mejores tiendas y adquirió el mejor traje que tenían.

—¿Y los federales no tienen la menor noción de dónde ha sacado el dinero?

—En absoluto. Debió obtenerlo del aire porque le han estado siguiendo desde que salió de la cárcel.

Mason reflexionó unos momentos y volvió a reír.

—A cada minuto veo mejor el asunto, Paul. Sigue en contacto conmigo.

Capítulo X

El viernes por la mañana, a última hora, sonó el teléfono de Perry Mason.

—Perry, estoy un poco asustado —confesó Paul Drake.

—¿Qué pasa?

—Se trata de este asunto de la identificación. Creo que estoy en un lío.

—Bueno —replicó el abogado—, lo único que tenemos que hacer es obrar de buena fe y no mentirle a Gideon. Decirle simplemente que su dibujo fue sometido al examen de unos testigos en un caso de asesinato. Él, naturalmente, no sabe que el dibujo fue hecho debido a nuestras órdenes. Pensará que se trata de una composición realizada gracias a la descripción de los testigos y no por una de sus fotografías. Este tipo es listo. Sabiendo lo que le sucederá si sube al estrado de los testigos y se rememora su pasado, se esfumará rápidamente. No volveremos a saber nada más de él.

—No sabes ni la mitad del asunto —refunfuñó Drake.

—De acuerdo, ¿cuál es la otra mitad?

—¿Conoces a Farley Fulton, mi agente?

—Claro que sí. Un individuo con la cabeza bien puesta sobre los hombros.

—Exacto —asintió el detective—. Anoche robaron en el supermercado Norte del Pacífico. Se llevaron unos siete mil dólares. Había un vigilante nocturno, que en forma evidente sorprendió al ladrón.

—¿Uno solo? —se extrañó Mason.

—Por lo visto, un lobo solitario.

—Bien, ¿qué ocurrió?

—Disparó contra el vigilante y escapó por la puerta principal.

—¿Y cómo está? Me refiero al vigilante —aclaró Mason.

—Vivirá. Se llama Steven Hooks. La bala iba dirigida a la cabeza, pero una chapa de su gorra la desvió. Se aplastó contra su hombro y lo derribó, pero no está muy mal.

—Bueno —se impacientó Mason—, ¿adonde vas a parar?

—Yo seguí tus instrucciones. Fulton le enseñó el dibujo al vigilante y a otro testigo, un tal Drew Kearny. Bien, Kearny es un tipo que estuvo en un cine hasta muy tarde y andaba por la calle cuando el atracador salió disparado por la puerta del supermercado. Apuntó a Kearny y le conminó a levantar los brazos. Kearny pensó que se trataba de un atracador, pero el otro consiguió acoquinarlo y luego echó a correr por la calle hasta meterse en un callejón. Kearny fue en busca de un teléfono para llamar a la Policía, pero alguien ya había oído el disparo, avisando a los agentes. De pronto apareció un coche-patrulla y Kearny hizo señal para que parasen, contó su historia y describió al tipo. Fue una descripción excelente. Asegura que pudo ver muy bien al atracador.

—¿Y se parecía a Gideon? —quiso saber Mason.

—Dos ojos, una nariz y una boca, y éste es todo el parecido.

—Lo cual no nos impide enseñarle el boceto —replicó Mason— y, podemos contarle a un periodista que el policía dibujante hizo una composición…

—Un momento, porque todavía no lo has oído todo —le atajó Drake—. Le enseñamos el boceto a Kearny y se echó a reír, asegurando que no se parecía en nada al ladrón, que éste era mucho mayor, más corpulento, que los ojos eran diferentes… etcétera. Entonces, Farley Fulton se dirigió al hospital y le enseñó el dibujo a Steven Hooks. Bien, Fulton asegura que no le hizo ninguna sugerencia, limitándose a rogarle que estudiase el dibujo para ver si tenía alguna semejanza con su agresor.

—¿Y qué más? —le apremió Mason.

—Hooks asegura que es muy parecido al atracador.

—¿Qué? —exclamó Mason, en el colmo de la estupefacción.

—Bueno, no puede identificarle plenamente, pero afirma que el dibujo es muy parecido. En el supermercado hay luz toda la noche. Lo primero que vio Hooks fue la espalda del sujeto. Y cometió la equivocación de gritarle antes de sacar la pistola. En cambio, el ladrón ya la tenía a punto. Giró en redondo y disparó contra Hooks. Claro, éste no estaba en situación de ver claramente a su atacante.

Por otra parte, ese Kearny, que andaba por la calle cuando sonó el tiro, estuvo sólo a dos metros del ladrón, por lo que tuvo ocasión de verlo bien. Y ahora nos encontramos en un atolladero. La Policía se ha enterado por Hooks que un detective de una agencia privada tenía un dibujo de alguien que se parecía al atracador, y ahora quieren el dibujo y desean saber qué hay en el fondo de todo esto. Yo estoy manteniendo a Fulton escondido. Dije a los «polis» que se hallaba ausente en una misión. Pero quieren verlo tan pronto como se presente. Y temo que en conjunto nos hayamos metido los dos en un buen fregado.

—Ésta es una complicación inesperada —admitió el abogado—. ¿Qué hay de ese Drew Kearny?

—Por esto te he llamado —repuso Drake—. Está en mi oficina. Quiere volver a examinar el dibujo. Afirma que no cree que se trate del mismo individuo, pero que el vigilante le contó que tal vez lo fuese, y que por esto quiere echarle otra ojeada.

—¿Está ahí ahora?

—Sí.

—¿Y el dibujo?

—Tengo una fotocopia.

—Tráela y también a Kearny —le ordenó Mason—. Quiero hablar con él.

—Lo suponía —gruñó Drake—. Pero más pronto o más tarde, Perry, tendré que entregarle el dibujo a la Policía.

—Cruzaremos el puente cuando nos veamos obligados a ello —opinó Mason—. Por mi parte, me siento inclinado a entregárselo. Pero antes quiero hablar con Kearny y ver si puedo sacarle algo nuevo.

—De acuerdo.

Mason colgó el auricular y se volvió hacia Della, que había estado escuchando la conversación.

—Bien, estamos en un buen jaleo, Della. Este maldito vigilante… Claro, ésta es una de las cosas que suelen ocurrir con los testigos. Por esto, un testigo de vista es la persona menos de fiar que existe. Sugestión, autohipnosis, falta de observación, suficiencia… todo se mezcla en ello, y gran número de veces una persona que actúa de buena fe efectúa una identificación equivocada.

En la puerta sonó la llamada especial de Paul Drake. Fue Mason

quien abrió.

—Éste es Drew Kearny, Perry —le presentó el detective.

—¿Qué tal, señor Kearny? —Mason le estrechó la mano.

Kearny, un hombre de cuarenta años escasos, con ojos grises, boca decidida, anchos hombros y un poco de barriga, contestó:

—Encantado de conocerlo, señor Mason. He oído hablar mucho de usted.

—Siéntese —le invitó el abogado—, póngase cómodo. Bien, ¿qué es todo esto, Paul?

—Drew Kearny —explicó el detective—, estuvo anoche en el cine y al salir pasó por delante del supermercado Pacífico del Norte, de vuelta a su casa. De pronto se abrió la puerta y por ella salió un tipo corriendo. Kearny se encontró apuntado con una pistola. Automáticamente levantó los brazos y como llevaba bastante dinero encima, se imaginó que iba a ser atracado. Pero el otro se limitó a apuntarlo y a ordenarle: «Mantenga los brazos en alto», tras lo cual retrocedió hasta que estuvo en el centro de la calzada, dio media vuelta y echó a correr hacia un callejón. Kearny, naturalmente, pensó que algo no funcionaba como era debido y probó la puerta del supermercado; pero el disparo automático de la misma había funcionado, enganchando la falleba. Entonces Kearny echó a correr, buscando una cabina telefónica. Él… Bien, será mejor que siga usted, Kearny.

El aludido se acarició el estómago.

—No corro tanto como antes. Después de un par de bloques de casas aflojé la marcha, tratando de recordar dónde se halla la cabina más cercana.

—¿Conoce el barrio? —le preguntó Mason.

—Mucho. Tengo un negocio no muy lejos de allí.

—¿Qué negocio?

—Una tienda de reparaciones eléctricas.

—Bien, ¿qué sucedió?

—En aquel momento distinguí una luz roja, y apareció un coche de la Policía. Me situé en el centro de la calle y les hice señas para que parasen. Les conté lo sucedido y ellos dieron una alarma general y acordonaron el distrito, pero no consiguieron atrapar al fulano. Naturalmente, penetraron en el supermercado y encontraron al vigilante, mal herido, por lo que rápidamente lo llevaron al

hospital. Ahora lo que me preocupa es el dibujo que me mostró el detective. Claro que es muy difícil recordar a la gente por una sola ojeada, particularmente en un momento de excitación, pero yo tengo bastantes reflejos. Raras veces olvido una cara, y a ese tipo pude contemplarlo bastante a mi sabor.

—¿Y vio el dibujo? —preguntóle Mason.

—Sí.

—¿Existe alguna probabilidad de que se trate del mismo hombre?

—Yo diría que no —repuso Kearney—, pero no me gustaría equivocarme. Hablé con el vigilante y decidí que sería mejor volver a estudiar el dibujo.

—Sí, estas cosas ocurren de cuando en cuando —comentó Mason al desgaire—. Es muy fácil equivocarse en una identificación.

—No, no es esto —le atajó Kearny—. Yo soy un ciudadano consciente de mi deber y odio a los ladrones y atracadores. Una vez me atracaron y perdí más dinero del que podía perder. Bien, cuando este detective se presentó y me rogó que examinase el boceto, lo envié a paseo casi, asegurándole que no se trataba del mismo tipo en absoluto; pero no tuve la precaución de pedirle su tarjeta por lo que después ya no pude ponerme en contacto con él.

—¿La Policía le ha pedido una descripción detallada? —le interrogó Mason.

—Sí. Estuve con ellos más de dos horas, y había un dibujante que trabajó con las señas que les di.

—Entonces es todo —concluyó Perry Mason.

—No —denegó Kearny—, porque ahora tengo entendido que el vigilante afirmó que el del dibujo se parecía a su agresor, y por esto quiero echarle otro vistazo. No quiero que ese ladrón se escape.

—¿Tienes el boceto, Paul? —le preguntó Mason.

—Sí, tengo una copia —contestó el detective, tras una perceptible vacilación.

—Veámosla —decidió el abogado.

Acto seguido, colocó la copia del boceto de Collister Gideon sobre la mesa.

—Mire este dibujo —invitóle a Kearny.

El electricista se acercó a la mesa y estudió atentamente el boceto.

—Es difícil decirlo —declaró al fin—. La seguridad del vigilante me tiene desasosegado. Estaba inseguro, pero sé que éste no es el individuo que yo vi. Era más viejo, más corpulento, de aspecto más… más amenazador. Ese tipo más bien parece un intelectual. El que salió por aquella puerta como una exhalación era un bandido.

—Claro —asintió Mason—, la experiencia demuestra que en los momentos de gran excitación nerviosa, particularmente cuando hay una pistola de por medio, los testigos se sienten inclinados a pensar que el agresor era más corpulento y alto de lo que era en realidad y, frecuentemente, también mayor.

—Yo no puedo cometer tantos errores —se defendió Kearny—. Sólo deseaba tranquilizar mi conciencia y no sé por qué hay que armar tanta jarana. Sólo acudí al despacho de ese caballero para comprobar si me había equivocado en mis apreciaciones, después de escuchar al vigilante.

—¿No hay la menor posibilidad de que se equivoque ahora? —le apremió Mason.

—Vi al tipo desde muy cerca. Pude verlo bien. Y ese dibujo… No, no es el mismo, en absoluto.

—¿Quizás existe alguna semejanza que confunde al vigilante? —insinuó el abogado.

—Claro que sí —reconoció Kearny—. De lo contrario, no lo tomaría por el atracador.

Calló y volvió a contemplar el boceto, cubriendo la parte inferior.

—La boca es lo que no encaja —dijo—. Los ojos, tal vez, pero aquel individuo tenía una boca… bien no sé cómo describirla. Tal vez tuviese metido algo dentro, pero la parte superior de este dibujo podría ser… Sí, tal vez se le parezca un poco, y esto es lo que me preocupa. Tengo la impresión de haber visto a este pájaro antes, pero… —calló y meneó la cabeza—. No puedo identificar este dibujo como perteneciente al ladrón.

—Está bien —concluyó Mason—. No podemos hacer nada más. Muchas gracias por haber venido.

—¿Quién es ese tipo? ¿Dónde consiguieron este dibujo? —se interesó Kearny.

—Nos hallamos interesados en ciertos aspectos del crimen —le explicó Mason—. Naturalmente, me refiero a la agencia de

detectives Drake. Y en el curso de sus investigaciones… Claro está, tropiezan con cosas muy peculiares. Bien —sonrió el abogado, alargando la mano—, encantado de haberle conocido, señor Kearny.

El aludido sonrió a su vez.

—Bueno, no me lo diga si no quiere. Es usted muy ladino, señor Mason. Muchas gracias, señor Drake. Ya tiene mi dirección. Vaya, adiós.

Y Kearny salió del despacho.

Drake se pasó un pañuelo por la frente.

—¡Vaya berenjenal en el que nos hemos metido! —exclamó—. El vigilante le contó a la Policía que yo tenía un dibujo del ladrón.

—¿No puedes ir a ver al vigilante y hacer que rectifique su declaración?

—No puedo, porque no hizo una identificación —repuso Drake —. Sólo afirmó que existía una gran semejanza.

—¿Y no es posible conseguir que se desdiga un poco en vista de lo declarado por Kearny?

—Probablemente sí —opinó el detective—, pero ahora todavía está demasiado caliente. Y la Policía se estará preguntando qué pito tocamos en todo esto.

—Deja que se preocupen un poco más —le aconsejó Mason—, y preocupémonos de nuestros propios problemas.

—¿Y si quieren ver el dibujo? —inquirió Drake.

—Se lo enseñas.

—Querrán saber de dónde lo he sacado.

—Contestarás que lo hizo un artista.

—Querrán saber cuál.

—Se lo dices.

—¡Maldito vigilante! —gruñó Drake—. Nos ha puesto en un buen lío.

—No olvides que todavía dominamos la situación. Poseemos un par de ases, al menos. Que la Policía se apodere del boceto, y si el vigilante insiste en que hay gran parecido con su agresor, la Policía la publicará, Gideon lo verá en el periódico y se largará del país con la rapidez del rayo.

—¿Con qué dinero? —preguntó Drake, desmayadamente.

—Con todo lo que pueda arañar —repuso Mason, pensativamente—. Lo cual me plantea un punto sobre el que quiero

reflexionar profundamente.

Acto seguido, el detective abandonó el despacho, dejando sumido al abogado en honda meditación.

Capítulo XI

Por la mañana se encapotó el cielo, y a mediodía empezó a llover súbitamente. A la una, Drake llamó para comunicar que la señora Warren había salido en su coche y que sus hombres la habían perdido de vista.

—¿Lo intentó ella? —preguntó inmediatamente Perry Mason.

—No lo creo, Perry. Mis muchachos opinan que ignoraba que era seguida. Pero giró de repente a la izquierda en una calle de dirección única por la derecha, y los chicos se vieron desorientados sin poder seguirla. Probaron en el cruce siguiente, pero no la divisaron. Esto ocurre a veces con los mejores agentes. Ya volverá y mis muchachos podrán seguirla de nuevo.

—Lo sé —repuso Mason—, pero mientras tanto puede verse en un conflicto.

—¡Sólo iba de compras!

—¡Ojalá sea así! —exclamó Mason con fervor—. Manténme al corriente Paul.

El abogado colgó.

A las dos, el teléfono volvió a sonar.

Della Street contestó la llamada, frunció el ceño, tapó el micrófono y le dijo a Perry Mason:

—Es Gideon.

El rostro de Mason resplandeció con una sonrisa.

—Empieza a apretarle el zapato. Póngame con él. ¿Qué le pasa, Gideon? —preguntó al cabo de un instante por su extensión.

La voz del estafador sonó como el ronroneo de un gato satisfecho.

—Señor Mason, no quería volver a importunarle, pero se ha presentado un asunto que no me deja otra alternativa.

—Bien, dispare.

—Estoy hablándole desde una cabina, aunque no creo que sea necesario. Sé que no sólo me deshice de la sombra falsa sino de los federales y los agentes de Drake.

—Bien —preguntó el abogado—, ¿qué desea?

—Para ser preciso y no andarme por las ramas, y viéndome obligado a ello porque no quiero que usted intente localizar esta llamada, quiero diez mil dólares.

—Ya pensé que los pediría —afirmó Mason.

—Lo siento —prosiguió Gideon—, pero ahora tengo la oportunidad de salir del país y embarcarme en un negocio en suelo extranjero. Pero necesito un pequeño capital para operar allí. Naturalmente, señor Mason, no albergo la esperanza de que usted me proporcione ese capital, pero usted tiene un cliente que estoy seguro se alegrará de saber que yo me marcho de Estados Unidos para siempre.

—¿Dónde está usted ahora? —inquirió Mason.

—No le diré dónde estoy, sino dónde estaré. ¿Qué hora tiene?

—Un poco más de las dos —dijo Mason—. Yo…

—Esto no me importa. Quiero la hora exacta. ¿Qué hora?

—Las dos y seis minutos.

—Felicito a su reloj. Marca la hora exacta. Y ahora entérese de lo que hará usted —continuó Gideon—. Conseguirá diez mil dólares en billetes, ninguno de más de cincuenta, y la mayoría de veinte.

—Ahórrese el aliento —le interrumpió Mason—. Yo no trato con chantajistas y no pienso ir a ningún Banco.

Gideon prosiguió como si no hubiese sido interrumpido.

—Ponga los billetes en una bolsa, preferiblemente de cuero y pequeña, donde quepan. Será mejor que ahora coja un bolígrafo para anotar la dirección, porque voy a abreviar esta llamada y no quiero tener que repetir nada. En la esquina de Clovina y Hendersell hay un edificio comercial, con un almacén en la parte posterior. Hay un letrero que dice «Se alquila». La puerta principal está cerrada. Un callejón sale de Hendersell y va hasta la puerta trasera. El edifico lleva vacío cierto tiempo. Creo que está enredado en un litigio. Se trata de un barrio de mala nota y usted seguramente dudará antes de internarse en el callejón. Será mejor que venga armado, puesto que llevará una gran suma de dinero, y pueden seguirle desde el Banco.

—No iré ni llevaré ninguna suma —objetó Mason.

—Si quiere que alguien le acompañe como guarda espaldas —continuó Gideon, impertérrito—, impídale que baje del auto. Usted y yo, solos, penetraremos por la puerta trasera del almacén, exactamente a las tres y veinte minutos. Esto le dará tiempo para buscar el callejón en el plano, ir al Banco y conseguir el dinero. Probablemente necesitará una autorización de su cliente para retirar el dinero, aunque supongo que tiene usted orden de actuar por su cuenta en caso necesario.

—Oiga, Gideon —repuso Mason—, ya le dije que hay tres maneras de tratar con los chantajistas. Una, ponerles de patitas en la calle. La otra, ir a Policía. Y la tercera, eliminar al sujeto.

—No volveré a molestarle.

—No hace falta que me lo repita —le advirtió Mason—, pero le aseguro que hablo en serio.

—¿Piensa matarme? —Gideon había cambiado el tono de voz.

—Exactamente.

—¿Y qué arma se propone usar?

—La ley.

—¿La ley? ¿Está de guasa?

—Hablo deliberadamente en serio. Anoche atracaron un supermercado. Un vigilante sorprendió al ladrón y recibió un disparo. Puede morir. El ladrón, blandiendo una pistola, salió de la tienda y fue visto por un testigo de confianza. Yo poseo un dibujo de composición realizado por un policía, y se sorprendería de la semejanza que tiene con su cara. No creo que haga falta, pero el testigo le identificará…

—¿Pero usted… usted…?

—Y una vez arrestado por asesinato —prosiguió Mason—, tendrá que subir al estrado para proclamar y demostrar su inocencia. Entonces el fiscal le preguntará si usted no ha estado ya sentenciado por estafa y usted tendrá que admitirlo. El jurado le mirará con atención y no necesitará nada más.

—¡Usted no puede hacer esto! —gritó Gideon—. ¡Contaré todo lo que sé! ¡Subiré al estrado, relataré esta conversación telefónica y…!

—Y resultará tan fantástica que nadie la creerá —se burló el abogado—. Usted tendrá que convencer al jurado de que yo traté de

colgarle un asesinato para impedirle que un cliente mío fuera víctima de un chantaje por parte de usted. Medítelo.

—Yo… usted…

—Y pensándolo bien —añadió Mason—, puesto que usted me ha dado un lugar de cita, iré allí exactamente a las tres y veinte minutos. No llevaré el dinero, pero sí una pistola.

Y Mason colgó el teléfono.

Della Street, que había escuchado la conversación, miró a Perry Mason con ojos desorbitados por la emoción.

—Por si acaso… —tartamudeó—, por si acaso, vaya al Banco, saque el dinero y…

—No, gracias.

—¿Irá usted solo? —le preguntó con aprensión.

—Un chantajista no quiere testigos —razonó Mason—, y cuando trato con uno, tampoco yo. Soy bastante bueno amenazando… ¿Dónde está la reproducción del boceto? Éste es el talón de Aquiles de ese granuja, y cuando lo vea echará a correr como alma que lleva el diablo.

Mason empujó su sillón hacia atrás, salió de detrás de la mesa y con una mano asió el pisapapeles, avanzando la barbilla con determinación.

—Della —dijo—, llame a la oficina de Horacio Warren, dígale a su secretaria que es usted una periodista de un servicio telegráfico, y que desea una entrevista en relación con un asunto cuyo origen tuvo lugar en el Este, y que su editor le ha ordenado efectuar inmediatamente una entrevista.

Della Street efectuó la llamada, escuchó, dio las gracias y tras colgar se volvió hacia Mason.

—Está fuera, en una reunión muy importante. No volverá hasta las cuatro de esta tarde.

—Llame a su amigo Judson Olney —decidió Perry Mason—. Dígale a quien se ponga que es usted su amiga Della Street, y que él deje dicho dónde puede usted llamarlo.

Della Street volvió a atarearse con el teléfono.

—Gracias —repitió al final—. Está fuera y no regresará hasta las tres y media. Creo que era su secretaria. Su tono ha sido muy agrio.

Mason frunció el ceño.

—¡Malditos sean los hombres de Paul Drake por haber perdido a

la señora Warren! —exclamó—. Pero no importa. Ahora ya sé adonde ha ido y no hay tiempo para lamentaciones.

Della Street compuso una expresión de estupor.

—¿Cree que se ha dirigido a una cita con Gideon?

—¿A dónde si no? —exclamó Mason—. Si Gideon ha intentado presionarme, es casi seguro que lo habrá intentado también con ella. Trabaja de acuerdo con un plan. Probablemente, la señora Warren a las dos y media, Horacio Warren a las dos cuarenta y cinco, Olney a las tres, yo a las tres y veinte… y un avión a las cuatro y media. Y no puedo detenerlo. No hay tiempo. Ese edificio se halla al otro extremo de la ciudad.

—¿No podría Paul Drake enviar allí a algunos agentes?

—No hay tiempo —refunfuñó Mason—. Estamos tratando con un estafador superinteligente y lo ha previsto todo.

—¿No cree que le asustó cuando le habló del testigo en el caso de asesinato?

—Claro que sí —asintió el abogado—, pero no tanto como esperaba. Se larga, Della. Y quiere llevarse un buen bocado. Cogerá lo que pueda y desaparecerá.

—¿Y no puede usted impedirlo?

—No puedo impedirlo porque no me atrevo a hacerlo apresar por la policía, y él lo sabe. Sin embargo, no pienso quedarme aquí sentado y dejarme que siga adelante con su operación.

—¿Pero esperará hasta las tres veinte…?

—No —la interrumpió Mason—. Por esto le he cazado. Su planteo del tiempo demuestra que trabaja de acuerdo con un plan elaborado de antemano, a fin de encontrarse con sus víctimas a horas distintas y… Della, llame a los bomberos. Avíseles que un almacén situado en la esquina de Clovina y Hendersell está ardiendo. Añada que el siniestro se ha concentrado casi exclusivamente en la parte trasera.

—¡Pero esto es un delito! —exclamó Della Street, abriendo mucho los ojos.

—Seguro —convino Perry Mason—. También lo es trasponer el límite de velocidad, y esto es lo que voy a hacer. Desafío a cualquier chantajista a que pueda llevar adelante sus propósitos con el equipo de bomberos a la vista. Luego, haga que Paul Drake mande allí a dos de sus agentes, lo antes posible. Yo salgo ya para

allá.

Y Perry Mason cogió su sombrero y pegó un portazo.

Capítulo XII

Mason estacionó su coche en la avenida Clovina.

Al otro lado de la calle había dos coches policíacos y el auto rojo del jefe de bomberos. Más abajo, había otros coches aparcados junto al bordillo.

La tienda de la esquina de Clovina y Hendersell, evidentemente, era amplia. El edificio estaba medio arruinado, y la barriada era pobre y de mala nota. La casa se había usado antiguamente como almacén de ciertos productos, y un letrero muy corroído pregonando «Venta de restos de serie», adornaba todavía la fachada del inmueble.

Cuando el abogado saltó del coche un individuo se le acercó.

—¿Perry Mason?

—Sí.

—Soy Lou Pitman, agente de Drake. El jefe me llamó por la radio del coche y me envió aquí. Yo no estaba muy lejos y llegué al mismo tiempo que la bomba de incendios.

—Enséñeme sus credenciales —le rogó Mason, contemplando fijamente a su interlocutor.

Pitman exhibió su tarjeta de identificación.

—Bien —aprobó Mason—. Cuénteme qué ha ocurrido.

—Fue una falsa alarma. Los bomberos llegaron a toda prisa, estacionaron los coches, registraron el lugar, y estaban ya a punto de largarse cuando uno de ellos se asomó a una ventana y les dijo algo a los demás. Bien, rompieron los cristales, saltaron por la ventana y por lo visto avisaron a la policía por un transmisor de onda corta. La policía llegó al momento. Parece ser que había un individuo atrapado dentro del edificio.

—¿Atrapado dentro del edificio? —repitió Mason, incrédulo.

—Exacto.

—¿No huyó?

—No huyó.

—Pues era lo lógico —reflexionó Perry Mason—. Cuando llegaron los bomberos ya no debía haber estado ahí. Bien, ¿qué más pasó?

—No lo sé, pero han venido más coches policíacos. Da la impresión de que ahí dentro hay algo que les preocupa y están interrogando a ese individuo. Vaya, aquí vienen.

Se abrió la puerta del almacén y apareció el teniente Tragg, flanqueado por dos agentes de paisano y otros dos de uniforme, escoltando a Horacio Warren.

—¡Dios mío! —se asombró el abogado.

—¿Le conoce? —preguntó Pitman.

Bruscamente, Mason se apartó del agente de Drake, atravesó la calle y fue hacia el grupo.

Uno de los agentes le murmuró algo a Tragg, el cual levantó la mirada y no pudo disimular su expresión de sorpresa al ver a Mason.

—Vaya, vaya… —gruñó—. ¡Esto es trabajar de prisa! ¿Cómo ha llegado? ¿Le telefoneó su cliente y…?

Mason contempló fijamente a Warren.

—Ni una palabra, Warren —le advirtió—. Ni una palabra. «¡No despegue los labios!».

Uno de los agentes de uniforme empujó a Mason por la espalda.

—Siga andando. Esto es un homicidio.

—Ni una palabra —repitió Mason por encima del hombro. Luego se encaró con el guardia—. Soy el abogado de este caballero.

—Me importa un rábano —gruñó el agente—. Después de llegar a la comisaría podrá llamar a su abogado y usted podrá verlo, pero no aquí. ¡Andando!

Mason se hizo a un lado para captar la mirada de Warren, y distinguió una ligera inclinación de cabeza.

Mason cruzó la calle.

El grupo penetró en dos coches policíacos, los cuales emprendieron la marcha.

—¿No era Tragg, de Homicidios? —preguntó Pitman.

—Sí. No estaría aquí, a menos que ahí dentro… no haya un cadáver, y a menos que haya sido asesinado. Dejan un coche con

agentes a cargo del lugar del crimen. Parece un almacén con una entrada por atrás. Debe de haber una entrada por la otra calle. Tan pronto como lleguen sus refuerzos, Pitman, cubra el edificio. Averigüe qué ha pasado y llámeme a mi oficina.

Mason avanzó decididamente hacia su coche, abrió la llave de contacto, puso el motor en marcha y se alejó en dirección a su despacho.

Capítulo XIII

Della Street levantó la vista sorprendida cuando vio entrar a Perry Mason.

—¿Qué pasa, no fue hasta allí? —le preguntó.

—Fui allí y ya he vuelto. Y ahora aguardo una llamada telefónica.

Della levantó las cejas, inquisitivamente.

—Creo que recibiremos una llamada de Horacio Warren dentro de poco —le explicó el abogado—. Querrá que le represente en una acusación de asesinato.

—¡Asesinato! —repitió Della.

—Sí. Aparentemente, asesinó a Gideon antes que yo. Tuvo mi misma idea, sabiendo que para tratar con un chantajista sólo hay tres caminos a seguir, y que el tercero es matar.

—¿Y opina que Warren decidió emprender el tercer camino?

—Aparentemente, sí, y no le habría ocurrido nada de no ser por mi malhadada idea de avisar a los bomberos.

—¡Oh! —gimió Della Street.

—Probablemente, él y Gideon estaban solos —continuó Mason —. Sostuvieron un altercado, Warren lo mató, y no puedo reprochárselo. Luego oyó las sirenas de los bomberos y se quedó atrapado dentro del edificio. Le cogieron con las manos en la masa.

—¿Y la señora Warren?

—Ya no estaba allí cuando cundió la alarma del fuego, o no llegó hasta mucho después. Y claro está, por entonces, el edificio estaba ya custodiado por la policía. Es lo bastante lista como para haber divisado los uniformes y haberse vuelto a casa. Y aquí entra usted en acción. Della. Coja su auto, vaya a casa de los Warren. Vea si ella está allí. En tal caso, entréguele su mensaje. De lo contrario espere hasta que llegue y ordénele que no diga ni una sola palabra a

nadie, referente a nada. Simplemente, instrúyala que no comente «nada» hasta que pueda hablar con su abogado.

—¿Usted?

—No tiene que nombrarme a mí para nada —la corrigió Mason —. Lo prefiero así. Puedo, eso sí, llamar a la policía y decir que desea hablar con su abogado. Creo que yo representaré a su marido.

—Pero si le pillaron con las manos en la masa —gimió Della—, cómo puede usted…

—No lo sé —gruñó el abogado—, pero Gideon estaba pidiendo a gritos su propia muerte.

Sonó el teléfono.

Fue Della quien lo cogió.

—Sí, Gertie. Sí, ahora se pone el señor Mason.

Se volvió al abogado.

—Es Horacio Warren.

—¿Bien, Warren? —preguntó Mason por el auricular.

—Me han acusado de asesinato. Me han dicho que tengo derecho a que me represente un abogado y…

—Estaré ahí dentro de quince minutos. No abra la boca para nada. ¿Entiende? Ni una sola sílaba.

—Entiendo.

—No tardaré —le prometió Mason.

Capítulo XIV

Mason se instaló en el locutorio y le dijo a Horacio Warren:

—No alce la voz. Acerque la boca a mi oído y murmure las palabras. Siempre he pensado que este cuarto tiene algún micrófono oculto. Primero, responda a mis preguntas. ¿Cogió usted el dinero del maletín de su esposa?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque sabía que iba a ser víctima de un chantajista y no quería que pagase. Pensé que si robaba el dinero y sólo dejaba unos recortes de periódicos, cuando intentase pagarle a ese canalla, descubriría el robo y acudiría a mí, confesándomelo todo.

—¿Fue así?

—No.

—¿Pues qué hizo?

—Aparentemente, consiguió otro montón de dinero.

—¿Sabía usted quién la hacía víctima de chantaje?

—Sí.

—¿Desde cuándo lo sabía?

—Desde antes de casarme con ella, señor Mason. Pero ella lo ignoraba, y si quería hacer de ello un secreto, se lo permití.

—¿Cómo lo supo?

—Por Judson Olney.

—¿Cómo se enteró éste?

—Sabía quién era ella.

—¿De qué manera?

—Cuando conocí a Lorna en la capital de Méjico y me interesé por ella, comprendí que había algo en su pasado que la atormentaba. Jamás hablaba de su pasado, y observé que le causaba un gran temor. Por aquel entonces, Judson Olney era mi ayudante.

Bien, le embarqué en un avión y me dispuse a esperar sus informes. No resultó muy difícil. Por otra parte, ella no había estado complicada en nada. Había sido la víctima propiciatoria de un rufián sin escrúpulos, que se había aprovechado de su probada lealtad.

—¿Cree que ella custodió para ese canalla los cuarenta y siete mil dólares?

—Nunca lo pensé hasta… bien, hasta que supe que ese bribón iba a salir de la cárcel y… Bueno, los cuarenta y siete mil dólares estaban en el maletín.

—¿Y cree que ella actuaba como guardián de esa suma?

—No lo sé.

—¿Representaba eso alguna diferencia en su comportamiento hacia ella?

—No.

—De acuerdo. Cuénteme qué sucedió, y recuerde que no debe levantar la voz. Acerque más la boca a mi oído.

—Gideon procuró hacer chantaje con todos —continuó Warren —. Supongo que telefoneó a Lorna. Telefoneó a Judson Olney. Me telefoneó a mí. Llamó a todo el mundo. Aseguró que se marchaba y que necesitaba dinero.

—¿Por qué a Olney? —se interesó Mason.

—Olney es muy leal a mis intereses. No lo sabía todo, pero temió que Gideon presionase a Lorna y que toda la historia saliese a relucir. Gideon le abordó suavemente, pidiéndole sólo dos mil quinientos dólares.

—¿Cuánto a usted?

—Quería que le llevase diez mil en billetes.

—¿Le dijo quién era?

—Sí.

—¿Le habló de su conexión con su esposa?

—Me lo contó todo por teléfono. Ese tipo era un canalla, Mason.

—Entonces, es lógico suponer que también telefoneó a su esposa.

—Supongo que sí.

—¿Y ella fue allá con el dinero?

—No lo sé.

—¿Y Olney?

—Olney lo estaba buscando.

—¿Le dijo algo Olney a usted?

—Al principio, no. Sólo se dedicó a buscar el dinero. El cajero me informó que Olney había pedido un anticipo. Entonces lo llamé, le pregunté qué le pasaba y por fin me convencí de que se trataba de un chantaje. Admitió que era cierto, que estaba tratando de proteger a Lorna y también a mí. Sí, ese muchacho es muy leal.

—¿Confía en él? —inquirió Mason—. ¿Piensa que es sólo lealtad?

—Pienso que es sólo lealtad.

—¿Qué le dijo usted?

—Que se olvidase de todo, que yo me cuidaría del asunto, y luego me dirigí allí.

—¿Llevaba el dinero?

—No. Sabía que si pagaba una vez, no sería la última.

—Al tratar con un chantajista —afirmó Mason—, o hay que someterse a sus exigencias, o llamar a la policía, o matarle. Bien, usted no pensaba satisfacer sus demandas. ¿Decidió eliminarlo?

—No, señor Mason. Decidí escoger el segundo medio. Decirle que si volvía a insistir en sus pretensiones llamaría a la Policía, contarles toda la historia, acusarle de chantaje y hacer que lo encerrasen.

—¿Y qué respondió a esto?

—No pude decirle nada. Cuando llegué allí ya estaba muerto.

Mason levantó las cejas.

—Suena raro —admitió Warren—, pero ya estaba muerto. Alguien lo había asesinado.

—¿Sabe cómo?

—Supongo que con un revólver. Había uno sobre una mesa.

—¿Lo encontró la Policía?

Warren abatió la mirada.

—¿Y bien? —se impacientó el abogado.

—Perdí la cabeza, señor Mason.

—¿Qué diantres…? Hable claro. ¿Qué pasó?

—El tipo estaba muerto. Evidentemente, aquél era su refugio y llevaba algún tiempo habitando en él. Había latas de conservas, un hornillo de alcohol, una mesa, un cajón lleno de latas vacías y como he dicho, un revólver sobre la mesa.

—No me diga que lo tocó —se aterró Mason.

—Hice algo peor. Cuando llegué al almacén hallé la puerta abierta. Entré. Al principio, no vi a nadie. Sólo la pistola sobre la mesa y la cogí. Como yo no llevaba armas pensé que no estaba mal tener una, desarmando al mismo tiempo a mi adversario. Y me metí la pistola en el bolsillo.

—¿Y qué más?

—Di la vuelta a un cajón de latas de conserva y divisé a Gideon en tierra; en aquel momento oí las sirenas y, claro está, creí que era la policía. En realidad, eran los bomberos. Perdí la cabeza, eché a correr y traté de esconderme en el almacén. Claro, me encontraron.

—¡Maldición, Warren! —gruñó Mason—. ¡No me mienta más! No es usted tan necio.

—Le estoy diciendo simplemente la verdad.

—¡No! Me está contando un cuento. Usted pensó que Lorna lo había matado, ¿verdad?

—Yo… le he dicho todo lo que pasó.

—No es cierto. Hubo algo que le hizo sospechar que Lorna era la culpable. ¿Qué fue?

Warren vaciló unos instantes.

—Distinguí el auto de Lorna cuando desemboqué en la avenida Clovina.

—¿Le vio ella a usted?

—No.

—¿A qué distancia estaba el automóvil de la escena del crimen?

—A cinco o seis bloques de casas.

—¿Algo más? —insistió Mason.

—En el suelo había uno de sus guantes junto a la mesa.

—¿Cuál, el derecho o el izquierdo?

—No lo sé.

—¿Cómo sabe, pues, que era de Lorna?

—Se trata de uno muy especial de ante.

—¿Y qué hizo usted con él?

—Lo cogí, junto con la pistola. Ésta la guardé en el bolsillo y el guante lo arrojé el retrete. Fue entonces cuando oí las sirenas. Me vi perdido. No tenía escape. Mi coche estaba en el callejón. Gideon me había ordenado que entrase por allí y me dirigiese a la parte trasera del almacén.

—¿Piensa contar su historia y revelar las relaciones de su esposa con Gideon?

—No. Mantendré la boca sellada.

—¿Qué hizo con el arma?

—Soy un majadero, señor Mason. La tenía en el bolsillo.

—La guardó para proteger a su esposa. Quería usted pagar la culpa por ella. ¿Es la pistola de ella?

—Sí, yo la compré. Está registrada a mi nombre.

—Está bien —suspiró Mason—. No le cuente nada a nadie. Afirme que es inocente y que contará la historia cuando suba al banquillo, pero no antes. No hable con nadie.

—¿Y Lorna? ¿Qué dirá?

—Déjela para mí —le tranquilizó el abogado—. Se trata de un asesinato, de un maldito asesinato. Y a usted le tienen bien cogido. Si averiguan algo referente a Lorna, lo utilizarán como motivo. ¿Puede contar con el silencio de Judson Olney?

—No lo sé. Supongo que sí.

—Naturalmente —gruñó Mason—. Pero la policía le hará sudar, charlará por los codos, y tendremos toda la carne en el asador.

Capítulo XV

Mason no perdió el tiempo en sacar su coche del aparcamiento. Paró un taxi, saltó dentro y ordenó:

—¡Llévene al 2420 de Bridamoore lo antes posible!

—De acuerdo —asintió el chófer—. Llegaremos en un santiamén.

—Se trata de una emergencia —le explicó Mason—. Veinte dólares de propina si desafía a la muerte.

El taxista sonrió, se concentró en el tráfico, metiendo su vehículo por los espacios más difíciles y eludiendo todas las señales.

Al torcer por Bridamoore, Mason lanzó un suspiro de alivio al divisar el coche de Della estacionado delante de la casa, y ningún coche-patrulla.

Le entregó al taxista un billete de veinte dólares y otro de diez y le dijo:

—Guárdese el cambio. Y gracias.

Echó a correr hacia la casa.

—¿Quiere que espere? —le gritó el taxista.

Mason agitó la mano en señal de despedida y probó la puerta principal. Estaba abierta. Cruzó el umbral.

—Hola, Della —gritó.

—¡Por aquí, jefe! —le contestó la joven.

Mason cruzó el vestíbulo y penetró en el salón.

Della Street estaba sentada, contemplando lastimeramente a una llorosa Lorna Warren.

—Mire —le espetó Mason—, mire y escuche. No tenemos mucho tiempo. Su marido ha sido arrestado por la muerte de Collister Gideon. Pero no podrán acusarlo si él no habla y usted tampoco. Tendrán que demostrar el motivo. Ahora bien, usted deberá mostrar poseer mucho temple. Tendrá que declararles a los agentes que su

esposo le rogó que no dijese nada, que era absurdo pensar que lo acusarían de asesinato, y que, por lo tanto, lo mejor que podía hacer era guardar un digno silencio. Si la policía consigue demostrar que usted conocía a Gideon, o que había trabajado para él, tendrán el motivo y…

—¿No debo contestar a ninguna pregunta?

—No puede declarar contra su marido —le aclaró Mason—. Dígales que cuando suelten a su esposo, usted hablará, pero que mientras lo tengan encerrado no pronunciará una sola palabra.

—Y pensar —sollozó ella— que yo creía que Gideon era un caballero… Señor Mason, ese tipo resultó ser un monstruo. Me había hipnotizado por completo. Creía que era uno de los hombres más maravillosos del mundo, uno de los pensadores más profundos, un hábil negociante, un caballero, un idealista…

—Ahórrese sus adjetivos —la atajó Mason, al oír el timbre de la puerta—. Debe de ser el teniente Tragg. Recuerde que si sospechan parte de la verdad, tendrán el motivo para su esposo. No quiero que esto ocurra. Si solicitan tomarle las huellas dactilares, dígales que lo hará sólo con mi consentimiento. Y ahora contésteme: ¿estaba ya muerto Gideon cuando usted llegó al almacén, o vivo?

—Estaba vivo y terriblemente enojado.

—¿Le llevaba usted los cuarenta y siete mil dólares?

—Cinco mil, que era lo único que pude conseguir.

—Usted tuvo en custodia los cuarenta y siete mil y… —el abogado se interrumpió—. Bueno, basta, ahí llega Tragg.

—La puerta estaba abierta, así que entré —se disculpó el teniente—. Hola a todos. ¿Qué tal, Mason? Ya esperaba encontrarle aquí. Trabaja de prisa. La señora Warren, ¿verdad?

—Sí —le informó Mason—. La señora de Horacio Warren. Y para su información, teniente, mientras su esposo esté en custodia, esta señora no despegará los labios.

—¿Por qué no?

—Porque —replicó Mason— usted no está interesado en escuchar nada en favor del detenido y, amparándose en la ley, ella no puede declarar nada contra su marido.

—Tut, tut, tut —gruñó el teniente—. Éste es un tecnicismo legal. Sabe usted tan bien como yo, Mason, que estamos investigando el crimen en la fase primaria. Si esta señora puede decirnos algo en

favor de su esposo, no sólo la creeremos sino que actuaremos en consecuencia.

—Ella no sabe nada —pronunció Mason, tajante.

—Bien —suspiró Tragg—, podríamos interrogarla aquí, o conducirla a la oficina del fiscal.

—No puede conducirla a ninguna parte sin un mandamiento —se opuso Mason—, y no puede obligarla a seguirlo. Como tampoco a mí que me vaya.

Tragg entornó los párpados.

—Pensaría que esta dama sabe algo —comentó.

—Sí, sabe lo tontos que son ustedes al querer colgarle el asesinato a su marido —sonrió Mason—. Acabo de comunicarle que ustedes han arrestado al señor Warren, bajo la acusación de asesinato.

—¡Oh, está bien! —refunfuñó el teniente—. Usted le ha dicho cuanto se le ha antojado. Y debe de haber quebrantado todas las leyes de tráfico, para llegar tan pronto, porque nosotros no hemos desperdiciado el tiempo. Acabo de mantener una charla con Horacio Warren, después de marcharse usted, para ver si quería efectuar una declaración, y ya está usted aquí. Sería mucho mejor para su cliente y para la señora Warren, que efectuasen una declaración sincera. Tengo libertad para comunicarle, Mason, que como veterano investigador de homicidios, no me parecen capaces de asesinar a nadie… Dígame, señora Warren, ¿ha estado usted hoy en las cercanías de las calles Clovina y Hendersell?

—La señora no contestará, teniente —sonrió Mason—. Señora Warren, la instruyo para que no «comente» ninguna pregunta que le formule el teniente Tragg.

—Bien —rezongó el policía—, parece ser que estuvo allí. Lo cual complica la situación.

—Sin comentarios —dijo la señora Warren.

Tragg la miró fijamente.

—Es usted buena discípula.

—Sin comentarios.

Mason sonrió ampliamente.

Tragg frunció el ceño y se puso de pie.

—Está bien, Mason. Usted gana este asalto. Pero es el primero del combate. Ahora sólo nos estamos midiendo. Creo que no tardará

usted en estar acorralado en las cuerdas, luchando por mantenerse en pie. Sospecho que está usted demasiado enredado en este caso.

—Sin comentarios, teniente —replicó Mason.

Capítulo XVI

Paul Drake estaba esperando en la oficina de Mason cuando regresaron el abogado y su secretaria.

—Para tu información —le espetó Mason—, Paul Collister Gideon ha sido asesinado. Y han acusado del crimen a Horacio Warren. Y ni Warren ni su esposa piensan declarar en absoluto.

—Lo sé, lo sé —asintió Drake—. Ésta es tu noticia. Ahora disponte a escuchar la mía.

—¿Cuál?

—El dibujante que realizó la falsa composición de Collister Gideon estuvo en la Central. Enseñó el dibujo que hizo a alguien de la escuadra para ver si se hermanaba con lo que ellos tenían. Y como están precisamente investigando el asesinato de Gideon, reconocieron inmediatamente el dibujo con la cara de Gideon; por lo que quisieron saber qué había sucedido y para quién había sido el dibujo y por qué; él me nombró y la policía me apretó las clavijas.

—No hiciste nada ilegal —exclamó Mason.

—¡Al diablo que no lo hice! —gruñó Drake—. Hay una ley que prohíbe coaccionar a los testigos.

—¿A qué testigos coaccionaste?

—Sabes muy bien que los coaccioné —repuso Drake—. Cogí el boceto y procuré que los testigos asegurasen que la cara del dibujo correspondía con el rostro del atracador. El dibujante añadió que le habían dado orden de copiar una foto de Gideon. Esto es excesivo para mis fuerzas, Perry. La policía sospechó lo ocurrido, por lo que tuve que reconocer que había seguido tus órdenes.

—¿Y qué hicieron? —quiso saber Perry Mason.

—Ahora están intentando apretarte a ti los tornillos por haberte interferido en un caso de robo. Piensan que intentabas proteger a tu

cliente, que representas al tipo que asaltó el supermercado y disparó contra el vigilante, el cual todavía no ha sido detenido, y que has intentado confundir a los testigos. Hamilton Burger, el fiscal del distrito, te llamará y te hará prestar declaración. Y le contará a la prensa exactamente lo sucedido.

—Que lo haga —se burló Mason—. Yo actué dentro de mis derechos de ciudadano. Quería saber quién atracó el supermercado.

—¿Por qué? —inquirió Drake.

—Esto no es asunto suyo —gruñó Mason—. No tengo que darle cuenta al fiscal de mis actos. Poseo una licencia como abogado. Puedo investigar cualquier delito que me plazca y hacer lo que quiera para proteger los intereses de mi cliente, dentro de los límites legales.

—Trataste de influir en ciertas personas para que efectuasen una identificación.

—La policía lo hace docenas de veces cada veinticuatro horas —replicó el abogado—. Cogen a un sospechoso de un caso, le sacan una fotografía y luego fuerzan la identificación. Dicen: «Mire esta foto, por favor, mírela atentamente. Mire esta otra, y ahora el dibujo. ¿Se parece al acusado? Piense cuidadosamente, porque de su respuesta depende que este individuo quede en libertad de cometer otros crímenes». No me digas que sea un delito rogarle a un testigo que identifique un retrato, porque en tal caso la cárcel reventaría de policías.

—Bueno, yo te lo he contado porque… —tartamudeó el detective.

El teléfono sonó varias veces, con la señal de Gertie, indicando una emergencia en recepción.

Se abrió la puerta y apareció un joven que dijo:

—Soy Carlton Ladd, investigador por cuenta de la oficina del fiscal del distrito. Aquí tengo mis credenciales por si desean examinarlas.

—Bien —repitió Mason—, es usted investigador de la oficina del fiscal del distrito. ¿Qué quiere?

—El fiscal quiere interrogarle respecto a un asunto que puede conducir a la institución de un procedimiento criminal.

—¿Contra quién?

—Contra usted.

—¿Cuándo quiere interrogarme?

—Ahora.

—¿Y si me niego a ir?

—Traigo una citación ordenándole que comparezca mañana ante el gran jurado, a las diez.

Mason reflexionó unos instantes.

—Está bien, iré ahora —decidió.

Se volvió a Della Street.

—Ocúpese de todo hasta que vuelva.

La última visión que tuvo Perry Mason de su despacho antes de que se cerrase la puerta fue la de Della Street y Paul Drake, de pie y en silencio, con la aprensión estampada en sus semblantes.

Capítulo XVII

Se trata de una sesión formal —dijo Hamilton Burger, el fiscal del distrito—, con el propósito de efectuar una demanda criminal si la evidencia indica que se ha cometido un delito, o llevar una acusación ante la división disciplinaria del Colegio de Abogados, o bien ambas cosas. Señor Mason, usted ya conoce al sargento Holcomb del departamento de policía, y éste es Drummond Dixon, un dibujante. Este otro es Drew Kearny. Éste, Farley Fulton, un detective privado, empleado por la agencia de detectives Drake, y hay también aquí un cronista de los tribunales que tomará nota de todo el procedimiento.

—¿Tendré derecho a formular preguntas? —inquirió Perry Mason.

—No se trata de una vista. Sólo trataremos de determinar si hay base para una acción.

—¿Tiene usted miedo de que yo interrogue a estos testigos?

—No temo nada ni a nadie en relación con una investigación de esta clase.

—Muy bien, entonces quiero tener el derecho de hacer preguntas.

—No veo ningún motivo por el que deba usted preguntar a estos testigos.

—Entonces, me marcho, caballeros —decidió Mason—. Si usted, señor fiscal, intenta influenciar a estos testigos, a su modo, yo no tengo nada que hacer aquí.

—¡No trato de influenciar a los testigos —vociferó Hamilton Burger—, ni nada por el estilo! Usted, varias veces, se ha hecho culpable de ciertas prácticas truculentas.

—Truculentas, pero legales —refutó Mason—. Cuando represento a un cliente, lo represento hasta el final.

—Bien, de nada sirve dormir —admitió Burger—. Procederemos con la sesión y si quiere formular preguntas, puede hacerlo; pero si las preguntas no entran dentro de los límites legales, les aconsejaré a los testigos que no contesten.

—En cuyo caso saldré de aquí inmediatamente —repitió el abogado.

—Y entonces tendrá que comparecer ante el gran jurado —le avisó Hamilton Burger.

—Y entonces relataré mi versión, y aclararé que usted ha convocado una sesión informal, que yo quise estar presente y contestar a sus cuestiones, pero que deseé que se presentase el asunto con toda justicia y que a este fin insistí en mi derecho a formular ciertas preguntas.

—Empezaremos con Farley Fulton —decidió Burger—. ¿Cuál es su ocupación, señor Fulton?

—Soy detective privado.

—¿Fue usted, a principios de este mes, empleado por alguien, como tal?

—Sí.

—¿Quién lo empleó?

—Paul Drake.

—¿El jefe de la agencia de detectives Drake?

—En efecto.

—¿Y qué le ordenó el señor Drake?

—Me entregó una fotografía y me ordenó que fuese en busca del señor Dixon, a quien yo conocía, para que trazase unos bocetos sacados de la foto con bastante semejanza.

—¿Qué más le ordenaron?

—Que buscase a los testigos del atraco al supermercado «Pacífico del Norte», o sea al vigilante herido, y al señor Kearny, aquí presente, y les dijese que estaba investigando un crimen, en el que se había intentado matar al vigilante. Luego tenía que rogarles que me diesen una descripción general del atracador. Esto fue la mañana del día cuatro. También tenía que someter el dibujo realizado por mi amigo, Drummond Dixon, a la consideración de los testigos y preguntarles si se parecía al ladrón que habían visto.

—¿Cómo se llamaba el hombre del rostro que aparecía en la fotografía que le entregaron?

—Collister Gideon.

—¿Sabe lo que le ha ocurrido a Collister Gideon?

—Sí. Ha sido asesinado hoy.

—¿Conocía usted algo de los antecedentes de Gideon?

—Que fue condenado por un delito. Que la fotografía de la que se sacó la composición pertenecía a los archivos de la policía.

—Bien, ¿qué hizo usted?

—Cumplí las órdenes.

—¿Estuvo usted presente cuando Dixon realizó el dibujo?

—Sí.

—¿Es ésta una copia del mismo?

—Sí.

—¿Y usted les enseñó el dibujo a los testigos?

—Sí.

—¿Y de acuerdo con las instrucciones recibidas, hizo lo posible para que los testigos declarasen que existía una semejanza razonable entre el atracador del supermercado y la cara del dibujo?

—Sí, señor.

—¿Está usted familiarizado con las previsiones del Código Penal, según las cuales toda persona que intenta, fraudulentamente, inducir a otra a prestar falso testimonio es culpable de felonía?

—Sí, señor.

—¿Y que toda persona que sabiéndolo, hace o exhibe un escrito o documento falso a cualquier testigo con intención de coaccionar su testimonio es culpable de un delito?

—Sí, señor.

—Sin embargo, sus instrucciones eran las de conseguir la identificación del dibujo de Collister Gideon por parte de ambos testigos, ¿verdad?

—Pues…, sí, señor.

—Creo que esto es todo —declaró Burger.

—Un momento —saltó Perry Mason—. Quisiera formularle unas preguntas al testigo.

—Le serán permitidas unas preguntas apropiadas —le recordó Hamilton Burger.

Mason se encaró con Fulton.

—Veamos, Fulton, ¿le ordenaron que sobornase a los testigos?

—Ciertamente, no.

—¿Que los intimidase?

—No.

—¿Que recibiese de ellos una declaración falsa?

—Tampoco.

—¿Sólo tenía que mostrarles el dibujo a los testigos y preguntarles si era el hombre en cuestión?

—Tal vez algo más. Me ordenaron que procurase convencer a los testigos de que se trataba del hombre que habían visto.

—¿Pero no los sobornó?

—No.

—¿No les obligó a declarar en falso?

—No.

—¿No les intimidó?

—No.

—Nada más, gracias —concluyó Mason en tono rajante.

—Bien, señor Kearny —dijo entonces Hamilton Burger—, voy a preguntarle que relate lo sucedido. Usted sostuvo una entrevista con el señor Fulton, el detective que acaba de prestar declaración.

—Sí, señor. También vi a Paul Drake y al señor Mason.

—¿Y se le rogó que describiese al hombre a quien usted vio salir del supermercado corriendo?

—Sí, señor.

—¿Lo describió usted?

—Sí.

—¿Identificó el dibujo?

—No.

—¿Qué ocurrió?

—Bueno, Fulton me dijo: «Éste es el tipo, ¿verdad? El dibujo responde a su descripción».

—¿Le sugirió que era el mismo hombre?

—Sí.

—¿Y qué hizo usted?

—Lo negué.

—¿Y se dirigió al despacho de Paul Drake?

—En efecto.

—¿Y qué ocurrió allí?

—Me acompañó al despacho del señor Mason. Éste no se portó tan rudamente como los otros, pero intentó hacerme declarar que el

tipo del dibujo era el mismo que yo vi al salir del supermercado.

—¿Y usted lo reconoció?

—No, después de haberme dejado confundir un poco y haber coincidido en que los ojos eran iguales, pero no así la boca. A decir verdad, estaba tan confundido que no puedo recordar dónde empieza la cara que vi y dónde la del dibujo.

—¿Cree que su habilidad para ser un buen testigo ha quedado malograda?

—Sí.

—Nada más —decidió el fiscal.

—Un momento —volvió a objetar Mason—. Tengo unas preguntas para este testigo.

—Creo que no permitiré que repregunte a este testigo, señor Mason —estableció Hamilton Burger.

—Por favor —terció Kearny—. Yo no quiero acusar a nadie de ningún delito. Sólo deseo comprobar hasta qué punto ha sido perjudicada mi memoria por las sugerencias que se me hicieron.

—De acuerdo —convino Hamilton Burger—. Esto describe la situación. El testimonio de este testigo ha quedado virtualmente destruido en lo que atañe a los propósitos de la acusación. Cuando detengamos al verdadero culpable y este testigo se enfrente con el hombre que realmente cometió el atraco, tendrá que admitir en el contrainterrogatorio que, anteriormente, efectuó varias declaraciones que le obligaron a retractarse de su primera identificación, debido a los procedimientos empleados por el señor abogado defensor.

—En todas las acusaciones de usted, señor fiscal —replicó audazmente Perry Mason—, los testigos formulan declaraciones contradictorias a la policía. Se retractan varias veces, y cuando por fin hacen la identificación, es ya la segunda o la tercera. Por esto, la policía se refiere a las identificaciones en «línea» como «tentativas de identificación».

—No se trata ahora de esto —proclamó Hamilton Burger—. El delito que estamos comprobando es que el testimonio de este testigo ha quedado destruido.

—El testimonio no ha quedado destruido —le corrigió Mason—. Lo que intenta usted demostrar es que se le ha hecho al testigo un lavado de cerebro.

—Es lo mismo.

—De acuerdo, lléveme al tribunal y veremos si es lo mismo —le propuso Mason.

—No quiero prolongar este interrogatorio —anunció el fiscal—, ni añadir esto al acta.

—La policía, normalmente —insistió el abogado—, le muestra a un testigo varias fotografías y dibujos de composición, y después le conceden la oportunidad de que observe las fotos de un sospechoso bajo toda clase de circunstancias, y acto seguido le obligan a reconocer al sospechoso entre varias personas puestas en hilera.

—¡No estamos aquí para discutir los métodos policiales! —se enfureció el fiscal.

—Yo sí —replicó Mason.

—Pues yo no, y la sesión ha terminado. En cuanto a esta oficina se refiere, creo que enviaré una queja a las autoridades pertinentes por actividades impropias por parte de un detective privado y otra al Colegio de Abogados quejándome de sus actividades, señor Mason.

—Usted se ha referido ya a un par de artículos del Código Penal —repuso Mason—, señor fiscal del distrito. Pero si piensa haber sorprendido una violación del mismo, continúe, consiga un mandamiento de arresto y lléveme ante un jurado. Después, yo contrainterrogaré a estos testigos, y usted no podrá formularles preguntas orientadoras. Y entonces, veremos quién tiene un caso contra quién.

—Voy a hacer lo que es mi obligación —contestó Hamilton Burger.

—Pues adelante —le invitó Mason.

Y acto seguido, salió de la estancia.

Capítulo XVIII

Perry Mason se sentó en el salón del número 2420 de la avenida de Bridamoore.

La señora de Horacio Warren se acomodó enfrente de él. Tenía los ojos secos, pero enrojecidos.

—No disponemos de mucho tiempo —le dijo él—. Quiero que me cuente exactamente qué ocurrió. Que me explique cuándo fue usted a aquel almacén abandonado. No omita nada, no ahorre palabras.

—¡Esto me matará! —gimió la mujer—. ¡No podré enfrentarme con Horacio después de esto!

—No sea tonta —le reprochó Mason—. Horacio tiene fe en usted.

—No, después de esto.

—La tiene —repitió Mason—. Antes de casarse con usted ya estaba enterado de todo.

Ella abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Qué sabía?

—Todo lo referente al proceso y a su absolución, y sus relaciones con Collister Gideon.

—¿Lo sabía?

—Sí.

—¿Pero cómo, Dios mío?

—Judson Olney averiguó todo su pasado por orden de Horacio. Cuando éste comprendió que se estaba enamorando de usted y que había algo doloroso en su pasado, quiso saber de qué se trataba.

—¡Nunca me lo dijo!

—Juzgó preferible que usted guardase el secreto.

—¿No estará intentando facilitarme las cosas, señor Mason?

—Le estoy diciendo la verdad.

—¡Oh, qué hombre tan maravilloso! —las lágrimas se agolparon a sus ojos nuevamente.

—Cálmese —le recomendó Mason—. No hay tiempo para las lágrimas, ni tiene usted tiempo de compadecerse.

—No me compadezco. Pensaba en Horacio, en lo maravilloso que es.

—Sí, es maravilloso. Y ahora cuénteme todos los hechos. Es la mejor manera de ayudar a su marido.

—Siempre me sentí obligada moralmente a Collister Gideon en el asunto de los cuarenta y siete mil dólares —confesó ella.

—¿Y guardó el dinero para él?

—No.

—Adelante.

—Gideon pensaba que las autoridades podían sorprenderlo en cualquier momento. Tenía cuarenta y siete mil dólares en el Banco. Los sacó y los colocó en la caja de caudales. Quería que se los guardase, pero a mí me asustó hacerlo. Ya sabía que existían algunas irregularidades, pero yo idolatraba a Gideon. Pensaba que era un hombre fascinante, un gran negociante, con una personalidad muy dinámica… Bueno, nunca se me ocurrió que fuese un estafador. Él metió los cuarenta y siete mil dólares en la caja y me ordenó que luego yo me los llevase y los escondiese. No lo hice. Y aquella noche asaltaron la oficina, los ladrones descubrieron la combinación de la caja y robaron los cuarenta y siete mil dólares.

—De haber tenido él este dinero en su poder —le explicó Mason —, las autoridades se lo habrían confiscado por haber sido obtenido por fraude del correo postal.

—Tal vez hubiese sido difícil probarlo —replicó ella—, pero sea como sea yo no seguí sus instrucciones. Temí hacerlo, y de resultas de ello él perdió toda esperanza de conservar alguna parte de aquella fortuna.

—¿Y usted cuando se enteró de que iba a quedar en libertad —sugirió Mason— pensó que tenía que restituirle el dinero?

—Mi marido había triunfado en todos sus negocios —explicó ella—, y yo había ahorrado algún dinero en valores, pensando siempre en el día en que soltasen a Gideon. Quería ir a verlo y decirle: «No seguí tus instrucciones y como por mi culpa perdiste la

oportunidad de poseer un capital con el que abrirte de nuevo camino cuando salieses de la cárcel, aquí tienes cuarenta y siete mil dólares. Sé que con tu capacidad para los negocios conseguirás reunir una gran fortuna en poco tiempo. Después, podrás devolverme este dinero y mi esposo no sabrá nunca nada».

—¿Y qué ocurrió? —quiso saber Mason con machacona insistencia.

—Metí el dinero dentro de un maletín que guardé en mi armario, y el dinero desapareció. Probablemente fue uno de los criados. Pero yo no estaba en situación de quejarme porque habría podido salir a relucir todo el escándalo y… Bueno, pensé que Horacio no podría resistir una publicidad tan mezquina, y que por mi culpa quedaría comprometida su posición social.

—Bien, le robaron el dinero del maletín —le urgió el abogado—. ¿Qué hizo usted entonces?

—Apresuradamente reuní lo que pude, que fue sólo cinco mil dólares.

—¿Tuvo noticias de Gideon?

—Sí. Me telefoneó y me dio la dirección del almacén, diciéndome cómo llegar allí. Yo le dije que poseía algún dinero y él me explicó que el barrio no era de fiar. Me rogó que llevase un revólver y yo repuse que, en efecto, tenía uno; bueno, que mi marido guardaba uno en casa. Entonces, Gideon aceptó la idea, para poder proteger el dinero.

—¿Qué más?

—Fui allí y hallé el sitio sin dificultad. Llevaba el revólver en el bolso. Penetré dentro del almacén y vi a Collister Gideon. El cambio operado en él me sobresaltó profundamente. Me quité el guante de la mano derecha, abrí el bolso, le entregué el dinero, dejé el revólver sobre la mesa y… Bien, no sé, señor Mason, si él había cambiado, o era yo la que había cambiado. Cuando trabajaba para él le veía como un personaje lleno de dinamismo, de magnetismo, encantador, seductor, con un cerebro muy despejado. Pero cuando hablé con él en el almacén, le vi como un canalla, un bribón de la peor especie. No poseía ni un adarme de sinceridad y… sólo quería capitalizar nuestras relaciones.

—¿Qué quiere decir?

—Él sabía que yo le idolatraba cuando trabajaba para él y…

pensó que ahora también podría hacerme bailar al son de su música. Bueno, usted ya me entiende.

—¿Y usted qué hizo?

—De repente, lo vi todo en su verdadera perspectiva —respondió la señora Warren—. Era una situación repugnante. Cogí el bolso y salí del almacén.

—¿Y el revólver?

—Se quedó sobre la mesa. Mi guante estaba en el suelo, supongo. No lo vi. A decir verdad, no reflexioné. Reaccioné, sencillamente. Deseaba salir de allí lo antes posible.

—¿Estaba vivo Gideon cuando se marchó usted?

—Sí, vivo, sano y salvo.

—¿Sabe qué hora era?

—Sé que él me dijo que eran las dos y cuarto. Charlamos cosa de dos minutos. Pero la situación era insoportable para mí, completamente insoportable. Lo comprendí en seguida. Es difícil reparar en la hora en tales casos, señor Mason. Dicen que lo mataron con mi revólver.

—Aparentemente, así fue —asintió Perry Mason—, pero todavía no han presentado el arma como prueba, y cuando lo hagan yo tendré el derecho a examinarla.

—¡Pero era el único revólver que había allí!

—Si le hubiese matado su marido —la interrumpió el abogado—, hubiese podido disparar con su propio revólver, el que estaba sobre la mesa; pero su esposo me aseguró que él no lo mató.

—Mi marido no mentiría en un caso semejante.

—En un asesinato, muchas cosas son completamente diferentes de otras ocasiones más normales —opinó Mason—. Cuando la vida de un hombre está en el aire, suele reaccionar de forma desconocida por salvarla.

—¿Cree de veras —preguntó la señora Warren, muy acongojada, ahogándose en llanto— que la vida de Horacio corre peligro?

—Sí.

—¡Y… y es por mi culpa!

—Quiero que entienda bien una cosa, señora Warren —la consoló el abogado—. No es posible hacer volver atrás las aguas de un torrente desatado. Tome las cosas tal como se presentan. Concéntrese en lo presente y olvide lo pasado. ¿Le entregó el dinero

a Gideon?

—Ni un centavo.

—¿Le dijo que tenía los cinco mil dólares?

Sí, pero por teléfono. Le dije que tenía algún dinero, no tanto como él esperaba, pero sí todo el que había podido reunir sin llamar la atención. Comencé a manifestarle mi pesar por no haber seguido sus instrucciones, escondiendo el dinero, pero añadí que de haberlo hecho, las autoridades lo habrían hallado en mi poder, lo cual hubiese sido aún peor… Y cuando fui a su encuentro, señor Mason, de repente sorprendí una expresión en sus ojos que me hizo pensar que quizás había esperado enredarme tan por completo en su estafa a fin de que el jurado se apiadase de mí y nos absolviese a ambos. En realidad, las acusaciones contra los dos fueron distintas por completo, y el jurado me absolvió, mientras que a él lo condenó; pero si las acusaciones hubiesen sido algo más similares… En fin, no sé. De pronto, perdí toda mi admiración hacia él y lo vi tal como era: un bribón de la peor especie.

—¿Ignora el tiempo que estuvieron hablando? —insistió Mason.

—Uno o dos minutos.

—¿Y no le contó nada de lo que había estado haciendo desde que lo soltaron?

—No.

—¿Sólo recibió usted una llamada telefónica de Gideon?

—Sí. No supe nada de él, directamente, desde que lo condenaron y lo enviaron a la cárcel, hasta después de salir y llamarme por teléfono. En realidad, esto fue una consideración por su parte. No quería que sufriese las molestias propias de la publicidad.

—Seguramente no se puso en contacto con usted antes —replicó Mason—, porque deseaba hacer víctima de un chantaje a su marido.

—¿Qué quería?

—Extorsionar a su marido —repitió Mason.

—¡Oh, no puedo pensar eso! ¡No pudo caer tan bajo!

—No quiera engañarse. Gideon vino a mi despacho y trató de que lo ayudase, logrando que su esposo le entregase dinero para evitar la publicidad.

La mujer abrió la boca, atónita.

—¡Pero… pero…! ¡No es posible!

—¿No lo sabía?

—No.

—Bien, ya me ha contado todo lo relativo a su pasado y a lo que pasó en el almacén. No se lo cuente a nadie más. Ni haga absolutamente ningún comentario con nadie.

—¡Pero ahora todo saldrá a relucir! —gimió ella, desesperada—. Mis relaciones con Gideon y…

—No, no necesariamente —la aplacó Mason—. Pienso presentar una batalla en regla. Voy a obligar al juzgado a que efectúe una vista preliminar inmediatamente y veremos si tienen buenas pruebas en contra de su marido.

—Temo que sí —se desconsoló ella—, aunque nada sepan de mi pasado.

—Sí, no tienen necesidad de probar ningún motivo en una vista preliminar —admitió el abogado—. ¿De dónde obtuvo el arma?

—Era de mi esposo.

—¿Dónde la consiguió? ¿Cuándo?

—La compró hace varios años.

—¿A un amigo o a un comerciante?

—Creo que a un comerciante. Necesitaba un arma para defender esta casa.

—Bien, haré lo que pueda —afirmó Mason—. Usted no haga absolutamente ningún comentario de nada ni a nadie. Simule estar demasiado postrada para poder conceder ninguna entrevista. No deje entrar a ningún periodista en la casa, ni conteste personalmente al teléfono, y si se ve acorralada por alguien que pretenda interrogarla, limítese a repetir la frase «sin comentarios». No permita que de su boca salgan más que estas dos palabras. ¿Podrá hacerlo?

—Sí.

—No será tan sencillo como cree —la previno Mason—. De pronto, comenzarán a bombardearla a preguntas, o le asegurarán cosas que no sean ciertas, y tratarán de pillarla por sorpresa. Recuerde que sólo tiene que contestar «sin comentarios» y no diga otra cosa. De esta manera, ayudará a su marido. De lo contrario, inadvertidamente, podría perjudicarlo.

—Trataré de seguir sus consejos.

Capítulo XIX

El juez Romney Saxton ocupó el sitial y declaró:

—La vista del Pueblo del Estado de California contra Horacio Warren. Sesión preliminar del asesinato. ¿Están todos los presentes dispuestos?

—Dispuesto para la defensa, Señoría —contestó Perry Mason.

Hamilton Burger se puso de pie.

—Con la venia de la Sala, al anunciar que estoy dispuesto para llevar a cabo la acusación, deseo manifestar que mi ayudante, Alfeo Randolph, me asistirá en este caso. Sé que no es corriente efectuar una recapitulación de los hechos en una vista preliminar. También sé que no es corriente mi presencia en esta clase de vistas, pero aquí se trata de un caso completamente fuera de lo normal. Debido a las peculiares circunstancias que rodean este caso, deseo efectuar una recapitulación, con el propósito de que el Tribunal comprenda el alcance de la evidencia que presentamos y cómo encaja con toda la acusación.

»Por ejemplo, no hemos conseguido hallar un motivo para el asesinato, salvo por implicación y evidencia circunstancial. Nos proponemos, por lo tanto, presentar dicha evidencia circunstancial y dejar que sea el tribunal quien saque las conclusiones. También demostraremos cómo en la noche del día tres del presente mes se realizó un intento de asesinato en relación con el atraco de la central del supermercado “Pacífico del Norte” de esta ciudad. Hubo dos testigos que vieron al criminal. El señor Perry Mason, abogado por la defensa en este caso, empleó a un dibujante para que trazara un boceto del difunto; esto se hizo con anterioridad al interrogatorio de los testigos y antes de escuchar ninguna descripción dada por dichos testigos. La evidencia circunstancial indicó de manera concluyente que el señor Mason intentó usar el

dibujo para ejercer cierta presión sobre el difunto, Collister Gideon. Éste fue condenado hace años por estafa, pero hace poco salió en libertad de la cárcel federal. Sabiendo que un personaje de la influencia del señor Mason intentaba achacarle un intento de asesinato, es concebible que se atemorizase en gran manera.

—Un momento —le interrumpió el juez—. Esta acusación es muy grave. ¿Está usted insinuando que el señor Mason pretendía achacarle al difunto un intento de asesinato?

—Esto he dicho, Señoría.

—¿Y que trató de coaccionar el testimonio de los testigos?

—Ésta es mi acusación y espero demostrarla por medio de los motivos.

—Es una acusación muy grave —repitió el juez Saxton.

—La prueba sustanciará el cargo —afirmó Hamilton Burger.

El juez apretó los labios con dureza.

—Muy bien, continúe el señor fiscal con su exposición.

—Demostraremos —reanudó el fiscal su discurso— que el finado, Collister Gideon, fue asesinado con una pistola calibre treinta y ocho, que fue hallada en posesión del acusado, y que éste, a su vez, fue encontrado escondiéndose en la escena del crimen. Gracias a la fuerza de la evidencia, solicitaremos una orden para llevar al acusado ante el Tribunal Superior para su procesamiento.

—Muy bien —aprobó el juez—. ¿Desea la defensa formular una recapitulación de los hechos?

Perry Mason se puso de pie.

—La defensa desea formular esta declaración: el acusado es, presuntamente, inocente hasta que se demuestre que es culpable. Y yo presumo su inocencia hasta que se demuestre lo contrario.

—No creo que deba preocuparse por el conocimiento de este Tribunal respecto a los fundamentos del enjuiciamiento criminal, señor Mason. El Pueblo puede proceder.

—Con la venia de la Sala —comenzó Hamilton Burger—, en vista de las extraordinarias circunstancias que rodean este caso, llamaré al señor Drew Kearny como primer testigo porque deseo sentar los fundamentos de los motivos de este caso.

—¿Debo entender que el testimonio del señor Kearny se refiere al motivo? —preguntó el juez.

—Sí, Señoría.

—¿En qué sentido?

—Nos proponemos demostrar que el acusado, por medio de su abogado, Perry Mason, intentó achacar un intento de asesinato a Collister Gideon, el difunto del caso presente.

—El tribunal se halla altamente interesado en esta evidencia —asintió el juez—. Que avance el señor Drew Kearny y preste juramento.

Kearny obedeció y a continuación dio su nombre, señas y ocupación.

—¿Tiene una tienda en la ciudad?

—Pequeña, sí, señor. Es tienda y almacén, combinados. Me dedico a reparaciones eléctricas y a la venta de artículos de electricidad.

—¿Tiene alguna razón para acordarse del día tres de este mes?

—Sí, señor.

—¿Dónde estaba usted en dicha fecha?

—Bien, unos minutos después de medianoche estábamos ya en la madrugada del día cuatro —puntualizó el testigo—. Había estado en un cine y regresaba a mi casa.

—¿Está familiarizado con la ubicación del supermercado «Pacífico del Norte», del número 1026 de la avenida Hallston?

—Sí, señor.

—¿Tenía que pasar por delante del supermercado para dirigirse a su casa?

—En efecto.

—¿Y ocurrió algo fuera de lo corriente durante su camino?

—Sí.

—¿Qué fue?

—Que se abrió la puerta principal del supermercado, un hombre salió corriendo y casi tropezó conmigo.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Aquel hombre empuñaba un revólver. Me apuntó con él y me ordenó que levantara los brazos.

—¿Qué hizo usted?

—Levanté los brazos.

—¿Dijo algo más aquel hombre?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Dijo: «Manténgalos en alto».

—¿Y luego?

—Retrocedió, bastante velozmente hasta hallarse bastante lejos. Entonces echó a correr y se internó en un callejón.

—¿Y usted…?

—Empujé la puerta del supermercado. Estaba cerrada. Tiene un muelle por dentro que la cierra automáticamente, pero intuí que algo pasaba y empecé a buscar un teléfono. Deseaba avisar a la policía.

—¿Conoce el barrio?

—Sí, señor.

—¿Sabía donde se hallaba la cabina más próxima?

—No estoy seguro de que fuese la más próxima, pero sabía dónde había una, por lo que eché a correr.

—¿Corrió muy de prisa?

—Al principio, sí —sonrió el testigo—, pero después me vi obligado a aflojar el paso. Antes era un buen corredor, pero estoy en baja forma. Al cabo de un par de bloques me puse al paso, y entonces oí una sirena y vi la luz roja de un coche-patrulla, por lo que salté al centro de la calzada y les hice señas para que se detuvieran.

—Bien, pasaremos por alto lo que ocurrió entonces —decidió Hamilton Burger—, y nos concentraremos en lo que sucedió mucho más adelante.

—¿Se refiere al dibujo?

—Sí.

—Un sujeto cuyo nombre era Farley Fulton vino a verme. Llevaba un dibujo hecho a lápiz; me lo enseñó y me preguntó si era el individuo que yo había visto… No, un momento. Hubo un poco de conversación antes. Primero, me rogó que le describiese al sujeto, en líneas generales. Me contó que era un detective privado y me enseñó sus credenciales. Luego me enseñó el dibujo y me preguntó si no era el mismo hombre que yo había visto, y si sus rasgos físicos no encajaban.

—¿Qué le contestó usted?

—Estudié el dibujo y le dije que no, que no era el tipo.

—¿Qué le respondió él?

—Insistió un poco. Aseguró que no había ninguna duda y que

era el mismo hombre, que el vigilante nocturno había reconocido la semejanza.

—¿Y entonces…?

—Bien, respondí que yo opinaba lo contrario, pero empecé a preocuparme y a meditar. Sinceramente, me inquietó tanta insistencia. Una vez fui atracado y no quería…

—Bien, eso no importa ahora —le interrumpió el fiscal—. Guarde para usted sus pensamientos. ¿Qué hizo usted?

—Me dirigí a la oficina de Paul Drake, el detective que empleó a Farley Fulton, y le pregunté si podía enseñarme de nuevo el dibujo. Entonces, él telefoneó al señor Perry Mason y le preguntó…

—Un momento —volvió a interrumpirle el fiscal—. Cuando ha dicho Mason, se ha referido al señor Perry Mason, el abogado que actúa en favor del acusado de este caso, ¿verdad?

—El mismo, sí, señor.

—¿Y qué sucedió?

—El señor Drake llamó al despacho del señor Mason, y éste nos invitó a ir a su oficina. Fuimos allí y conversamos con el señor Mason.

—¿Cuál fue el tenor de la conversación?

—¡Protesto por exigir una conclusión por parte del testigo! —se opuso Mason.

—Se admite la protesta —asintió el juez.

—¿Qué le dijo, pues, el señor Mason?

—No recuerdo todo lo que dijo, pero sí que me enseñó el dibujo, y yo contesté que el hombre que había visto la noche del atraco era más viejo, más corpulento y más alto, y él replicó que según su experiencia y dadas las circunstancias, los testigos tendían invariablemente a describir a los presuntos criminales como más viejos, corpulentos y altos de lo que eran en realidad.

—En otras palabras, trató de influir en usted para que identificase el dibujo.

—¡Un momento, Señoría! —saltó Mason—. ¡Protesto ante esta pregunta por orientadora y sugerente, y exigir una conclusión por parte del testigo!

—Admitida la protesta —volvió a asentir el juez—. El señor fiscal del distrito, en un asunto de tanta importancia, se abstendrá de formular preguntas tendenciosas.

—Pensé que estaba claro lo que pasó —replicó Hamilton Burger—. Simplemente, trataba de comprender la situación.

—Deje que la evidencia se presente por sí sola —le conminó el juez—, y no habrá necesidad de compendiar la situación.

—¿Le rogó en algún momento el señor Mason que identificase el dibujo?

—No recuerdo exactamente sus propias palabras. Sé que intentó que lo identificase, pero…

—¡Me opongo a la respuesta por no contestar a la cuestión! —protestó Mason.

—Admitida la protesta —repitió el juez.

—¿Le pidió a usted en algún momento el señor Mason que identificase el dibujo?

—Creo que sí. Estoy seguro de que lo intentó.

—¡Pido que se anule la respuesta por no ser concisa y sí sólo una conclusión del testigo! —solicitó Mason.

—Concedida la anulación.

—Bien —continuó Hamilton Burger—, volvamos ahora a su estado mental. ¿Despertó en su cerebro la conversación sostenida con el señor Mason alguna duda respecto a la identidad del hombre que vio aquella noche?

—Sí.

—¿De qué forma?

—Primero me pareció recordar perfectamente las facciones del individuo, pero después de haber contemplado el boceto media docena de veces, y haberme apretado a preguntas, comencé a albergar ciertas dudas.

—¿Le insinuó usted todo esto al señor Mason?

—Le dije que la boca del dibujo no concordaba con la del tipo que yo vi, aunque los ojos empezaban a resultarme familiares. Como si los hubiese visto en alguna persona, en otro sitio.

—¿Y qué contestó el señor Mason con referencia a esta observación?

—Pareció muy satisfecho.

—No le pregunto cómo pareció —le corrigió el fiscal—, sino lo que dijo.

—Que era muy importante atrapar al verdadero culpable y que yo debía esforzarme por recordarlo todo lo mejor posible.

Hamilton Burger miró a Perry Mason.

—¿Podemos afirmar que el dibujo era de Collister Gideon, señor Mason?

—No puede afirmar nada semejante —negó el abogado—. Si desea probar su caso, continúe y demuéstrelo.

—Puedo llevar al dibujante al estrado de los testigos, y declarará que se trata del retrato de Collister Gideon y que le ordenaron realizarlo —aseveró el fiscal Hamilton Burger.

—¿Y cómo demostrará usted que se trata del mismo dibujo que se enseñó a los testigos?

—¡Oh! —exclamó el fiscal con creciente irritación—. Si usted quiere pelea, adelante. Yo poseo una copia fotográfica del dibujo original hecho por el artista.

—No es el retrato que se enseñó a los testigos —objetó Mason.

—En un asunto de tanta trascendencia —intervino el juez Saxton—, comprendo que el abogado desee defender sus derechos. ¿Por qué no despiden a este testigo, hacen que el dibujante haga una copia del boceto y lo presentan aquí esta tarde?

—Lo haré —aprobó Hamilton Burget—, pero me gustaría continuar con el testimonio de este testigo —se volvió hacia Kearny—. ¿Vio usted más adelante una fotografía de Collister Gideon?

—Sí, señor.

—¿Y el dibujo que le enseñó Farley Fulton presentaba alguna semejanza con Collister Gideon?

—¡Un momento! —vociferó Mason—. Pongamos esto bien en claro. Esta pregunta exige una conclusión por parte del testigo, y por otra parte, usted no puede formular dicha pregunta a menos que antes pueda demostrar cómo sabe el testigo que el retrato que vio era el de Collister Gideon. Si su conocimiento se basa en evidencia de oídas, no es posible relacionar el retrato con este caso.

Hamilton Burger esbozó un gesto de rendición.

—Está bien, está bien —concedió—. Con la venia de la Sala, deseo que se retire este testigo hasta la tarde, y convocaré al teniente Tragg.

—Un momento —le detuvo el juez—. Al tribunal le gustaría hacerle unas preguntas a este testigo.

Kearny miró al juez Saxton.

—Usted fue interrogado por la policía respecto a lo que había

visto la noche del tres al cuatro, ¿verdad?

—Sí, Señoría.

—Y supongo que cuando salieron los diarios de la mañana usted ya conocía la naturaleza del delito perpetrado.

—Sí, Señoría.

—¿Leyó dichos diarios?

—Sí, Señoría.

—Dicho de otro modo —añadió el juez—, usted no durmió mucho aquella noche.

—No me fui a la cama hasta las tres y media.

—Y luego, llegó el detective enseñándole el dibujo.

—Sí, Señoría.

—¿Le dijo algo respecto al dibujo cuando se lo enseñó?

—Creo que me dijo que era un boceto de composición realizado por una policía dibujante.

El juez compuso una expresión severa.

—Creo que permitiré que se retire el testigo hasta la tarde. Puede el fiscal convocar al testigo siguiente.

—¡Que se presente el teniente Tragg! —gritó Hamilton Burger.

El teniente Tragg avanzó, prestó juramento, dio su nombre, dirección y ocupación, y subrayó el hecho de llevar muchos años encuadrado en el departamento de Homicidios.

—¿El cuatro de este mes tuvo usted ocasión de ir a una tienda vacía de la esquina de la avenida Clovina y la calle Hendersell de esta ciudad?

—Sí.

—¿Con qué motivo fue el viaje?

—Alguien avisó a los bomberos. No había fuego, pero aquéllos hallaron un cadáver en el edificio y lo comunicaron al Departamento, y como resultado, yo fui allá.

—¿Qué encontró?

—El cuerpo de un hombre, al parecer asesinado de un disparo de pistola, a quien más tarde identificamos como un tal Collister Gideon, que estaba en la tienda que, evidentemente, le había servido de guarida, ya que había por doquier latas de conserva, utensilios de cocina, un fogón de alcohol, cacerolas y útiles de comer. También vimos toallas, jabón y demás artículos domésticos.

—¿Había agua en el edificio?

—Sí, señor. Y un gran lavadero y también un retrete.

—¿Qué más puede decirnos de este edificio?

—Al fondo de la tienda, como parte de la misma, había un almacén.

—¿Lleno de mercancías?

—No, señor. Pero había gran número de cajas de cartón, algunas bastante grandes. Estaban amontonadas en varias pilas.

—¿Registró dicho almacén?

—Sí.

—¿Qué encontró?

—Hallamos al acusado oculto detrás de una de estas pilas de cajas. Llevaba un revólver en el bolsillo de la cadera.

—¿Dijo qué estaba haciendo allí?

—Afirmó que se había visto atrapado por la sirena de los bomberos, confundiéndolos con la policía, y que se escondió, al no poder salir del local.

—¿No hizo ninguna otra declaración respecto a su presencia allí?

—No, señor. Por aquel entonces, el señor Perry Mason, su abogado, le advirtió que contestase a todas las preguntas con la frase «sin comentarios».

—¿No efectuó ninguna otra declaración más adelante?

—Sólo repitió «sin comentarios».

—¿Pudo usted establecer la propiedad del arma de fuego?

—Sí. Fue adquirida por el mismo acusado. Poseo una copia certificada de la venta.

—¿Puede mostrarla, por favor?

El teniente le entregó una hoja al fiscal.

—Rogamos que esta copia sea presentada como evidencia.

—No hay objeción —admitió Mason—, siempre que se demuestre que esta pistola fue la que disparó la bala fatal.

—Esperamos poder demostrarlo —replicó Burger.

—Quiero decir, demostrado antes de que se reciba ninguna prueba —aclaróle Mason—. Tenemos derecho a que este caso se presente en el orden debido. Si esta pistola no fue la que disparó la bala fatal, toda evidencia con respecto a la misma es irrelevante, incompetente e inmaterial.

—Si ésta es la postura adoptada por el señor defensor —se enojó

Hamilton Burger—, me gustaría suplicarle al testigo que se retire, y pedirle a Alexander Redfield, el experto en armas de fuego, que ocupe su puesto.

—No hay objeción —concedió Mason—. Opino que éste es el procedimiento más adecuado.

Alexander Redfield subió al estrado, nombró sus calificaciones profesionales y se volvió hacia Hamilton Burger.

—Le estoy enseñando una pistola «Smith y Wesson» que previamente ha sido marcada para su identificación —dijo Hamilton Burger—, y ahora le pregunto si ha disparado usted balas de ensayo con este revólver.

—En efecto.

—También le pregunto si estuvo usted presente en una autopsia, cuando fue extraída la bala fatal del cadáver de Collister Gideon.

—Sí.

—¿Qué fue de la bala?

—Pasó a mi poder.

—¿Dónde está ahora?

—La tengo yo.

—¿Quiere entregármela, por favor?

Redfield entregó la bala.

—¿Está dispuesto a afirmar que ésta es la bala que en su presencia fue extraída del cadáver de Collister Gideon?

—Sí.

—Pido que sea aceptada como prueba —añadió el fiscal.

—¿Podría verla? —preguntó Mason.

Avanzó, estuvo estudiando cierto tiempo la bala y agregó:

—No hay objeción, Señoría. Puede ser aceptada como prueba.

—Ahora —prosiguió el fiscal— le preguntaré, señor Redfield, si en su opinión como experto en armas de fuego, esta bala fue disparada con esta pistola que está ahora en mi mano, marca «Smith y Wesson».

Redfield mudó ligeramente de postura.

—He examinado cuidadosamente la bala homicida, comparándola con las de mis pruebas, disparadas con esta pistola. Y he hallado muchos puntos de semejanza.

—Apoyando su respuesta en su experiencia balística, ¿diría usted que esta bala fue disparada con esta pistola señalada para su

identificación como la Prueba B del Pueblo?

—Yo afirmaría que según todas las probabilidades humanas y considerando todos los factores, esta bala fue disparada con esta pistola.

—¿Encontró en su examen microscópico algún indicio que indicase que esta bala podía no haber sido disparada con esta arma?

—No, señor.

—Repreguntas —concedió Hamilton Burger triunfante.

Mason se aproximó a Redfield, que otra vez volvió a cambiar de postura.

—Señor Redfield, poseo el mayor respeto por sus calificaciones y su integridad.

—Gracias, abogado.

—Le he tenido como testigo en muchos casos, y ya he tenido ocasión de repreguntarle varias veces.

—Sí, señor.

—Pero nunca le he oído formular estas respuestas. Usted afirma que no ha podido hallar ningún indicio de que esta bala no haya sido disparada con el arma señalada como Prueba B del Pueblo. Afirma que halló varias marcas de semejanza y que según todas las probabilidades humanas y considerando todos los factores, en su opinión esta bala se disparó con esta pistola.

—Sí, señor.

—Bien, creo que éstas son unas respuestas muy peculiares. Algo distintas de las que suele hacer ordinariamente. ¿Ha ensayado usted cuidadosamente tales respuestas?

—Yo… —Redfield vaciló visiblemente.

—Continúe, se halla bajo juramento —le recordó Mason.

—En todos mis casos —se sinceró el experto en balística—, puesto que soy un empleado del departamento de policía, creo necesario discutir mi testimonio. O sea, informar cuál será, y usualmente soy interrogado respecto al mismo.

—Entiendo —asintió Mason—. Mi pregunta en este caso concreto fue si sus respuestas habían sido ensayadas cuidadosamente.

—Bien, discutí el caso con el fiscal del distrito y le expliqué lo que podía jurar y lo que no podía jurar.

—Sólo le pregunto —repitió Mason— si sus respuestas fueron

cuidadosamente ensayadas.

—Le dije al fiscal del distrito cuáles serían mis respuestas.

—¿Y le sugirió algunos cambios?

—Ningún cambio.

—¿En la forma cómo sería llevado el interrogatorio?

—No comprendo.

—¿La sugerencia del fiscal del distrito no fue que le preguntaría a usted si, considerando todas las circunstancias, y considerando todas las probabilidades humanas, la bala fatal había sido disparada con esta pistola?

—Sí…, sí, creo que lo sugirió.

—¿Esta bala —continuó Mason—, está muy aplastada?

—Sí, señor.

—¿Puede ver en ella las señales que se conocen como las características de clase?

—Sí.

—¿Dichas características de clase se refieren al calibre y al ángulo de caída?

—Sí, señor.

—Es decir, que toda bala disparada por una pistola «Smith y Wesson» construida el mismo año que ésta tendrá las mismas características de clase, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y ahora dígame: ¿las características propias, las estrías, son mucho más difíciles de comprobar en esta bala que en otros casos?

—Exacto.

—Y cuando usted afirma que considera todas las circunstancias, que considera todas las probabilidades humanas para declarar que la bala fatal fue disparada con esta arma presentada como Prueba B del Pueblo, tiene en consideración ciertas circunstancias que no entran precisamente en la categoría de la ciencia balística.

—Depende de lo que quiera usted decir.

—¿Tiene en consideración varios factores no técnicos?

—Supongo que sí.

—¿Tiene en consideración que el arma fue hallada en poder del hombre que estaba escondido en la escena del crimen?

—Sí, señor.

—Dicho de otra forma, si esta pistola señalada como Prueba B

del Pueblo, le hubiese llegado a usted en frío, o sea, la hubiese encontrado en cualquier tienda de préstamos, y el fiscal del distrito le hubiese dicho: ¿Puede usted afirmar bajo juramento, y según la evidencia balística que esta bala fatal fue disparada con este revólver?, ¿cuál sería su respuesta?

Redfield enrojeció, tartamudeó y miró al fiscal del distrito.

—Bien, en tales circunstancias, yo declararía que aunque resulta aparente que esta bala salió de esta pistola, o de una de la misma marca, no podría jurar positivamente, basando únicamente mi testimonio en la ciencia balística, que esta bala fue disparada con esta arma específica.

—Y ahora —prosiguió Mason implacable— si usted aparta de su mente ciertas circunstancias que influyen en su opinión, y ciñe su testimonio únicamente a lo que usted ha encontrado como experto, se verá forzado a admitir que no puede afirmar positivamente que esta bala haya sido disparada con esta arma.

—Cierto, señor.

—Esto es todo —finalizó Mason; y tras una larga pausa prosiguió—: Ahora con la venia de la Sala, el teniente Tragg estaba en el estrado y quisiera preguntarle.

—Si el fiscal del distrito ha terminado.

—No hay más preguntas —masculló Hamilton Burger. Luego añadió—: Sin embargo, casi he concluido mi caso. Y ahora voy a rogarle al Tribunal que expida una orden dirigida al señor Perry Mason, mandándole comparecer esta tarde en persona a demostrar por qué no puede ser declarado culpable de desprecio a la ley, por haber coaccionado la evidencia de los testigos.

—Se acerca la hora de la suspensión del mediodía —le recordó el juez Saxton—. Si las preguntas del señor Mason han de ser breves, probablemente terminará antes de esa hora. Creo que entonces suscribiré un mandamiento ordenándole al señor Mason que comparezca ante la sala a las dos y media y demuestre, si puede, por qué no puede ser citado por desprecio a la ley. El tribunal se toma muy en serio este intento de influir en los testigos, pero, por otra parte, señala que la acción emprendida por el señor fiscal del distrito tal vez no deba ser por desprecio, sino por acto criminal y, naturalmente, entonces se impone un correctivo disciplinario por el Colegio de Abogados.

—Lo sé, Señoría —afirmó Hamilton Burger—. Pero creo, puesto que este testigo ya fue convocado en esta Sala y puesto que parece haber sido coaccionado y el propio testigo confundido, que el Tribunal tiene autoridad para firmar una citación de desprecio a la ley.

—Discutiremos este asunto a las dos y media —decidió el juez.

—El testigo no fue confundido —replicó Mason—, sino interrogado.

—Interrogado de tal forma que su cerebro quedó confundido —subrayó el fiscal.

—Lo discutiremos a las dos y media —gruñó el juez, de mal talante. Hizo una pausa y agregó—: Que se presente al estrado el teniente Tragg para ser repreguntado por la defensa.

El teniente volvió al sillón de los testigos, instalándose cómodamente, como un veterano que ya ha sido repreguntado muchas veces en su vida, y está dispuesto a decir la verdad; por lo que no teme nada.

—Teniente Tragg —comenzó Perry Mason—, cuando sus hombres llegaron al almacén de la esquina de Clovina y Hendersell, ¿hallaron un cadáver?

—Sí.

—Y usted siguió el procedimiento usual con el mismo. Tomó fotografías de la posición del cuerpo. Marcó el lugar con tiza. ¿Registró el almacén?

—Sí.

—¿Y halló al acusado?

—Exacto. Escondido detrás de un montón de cajas de cartón.

—¿Escondido? ¿Quiere decir que se ocultaba?

—Bueno, estaba escondido. Encogido, agazapado en la sombra.

—¿En la sombra, teniente?

—Esto he dicho.

—¿Entonces, el almacén no está bien iluminado?

—Decididamente, no. Sólo hay un servicio parcial. El agua sigue corriendo, pero la luz está cortada a medias.

—¿Entonces es un edificio medio en ruinas?

—Se trata de un viejo edificio de ladrillo.

—¿Y la iluminación?

—Cuando la electricidad está encendida, en la parte delantera,

el almacén donde se encontró el cadáver, queda bastante alumbrado. Pero la parte de atrás no lo está tanto. Sin embargo, con la electricidad apagada todo el lugar queda en la penumbra. Hay que esperar a que se acostumbre la vista antes de distinguir las cosas con suficiente claridad.

—¿Y allí es donde encontraron al acusado?

—Sí, allí estaba escondido.

—Bien, veamos la pistola.

—Estaba en el bolsillo del acusado.

—¿Había sido disparada?

—Recientemente.

—¿Esto lo determinó su prueba?

—Sí.

—¿Estaba el revólver completamente cargado?

—Excepto el cartucho disparado.

—¿Se tomó usted la molestia de encender la luz eléctrica? —quiso saber Mason.

Tragg sonrió.

—No, señor, no la encendí. Esto habría requerido cierta demora.

—¿Pero usted dijo que registró el lugar, verdad?

—Lo registramos.

—¿Muy a fondo?

—Hallamos lo que buscábamos.

—¿Qué?

—El asesino y el arma del crimen.

—¿Pensó usted que el acusado era el asesino porque lo encontró escondido?

—Y también porque tenía en su poder el arma del crimen.

—Y, sin embargo, acaba usted de escuchar el informe del experto en balística, alegando que supone que este revólver es el del crimen, parcialmente, por haber sido hallado en poder del hombre que usted acusó como asesino.

—Es una deducción lógica —arguyó el teniente Tragg—. Sin embargo, había otras marcas que indicaban que esta arma, señalada como Prueba B del Pueblo era el arma del crimen.

—¿Encendió usted las luces del almacén?

—No, señor.

—De modo que usted se limitó a echar un vistazo por el local,

halló al acusado y procedió a arrestarlo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y, no obstante, pudo haber alguien más escondido en aquel almacén, ¿no es cierto?

—No, señor, lo registramos lo bastante para convencernos de que allí no se ocultaba nadie más.

—Según tengo entendido, había numerosas pilas de cajas de cartón.

—Sí, señor.

—Algunas bastante grandes como para contener a un hombre.

—Oh…, sí, supongo que sí.

—Y usted no las movió. ¿No las comprobó una por una?

—No, señor. Efectuamos el registro con el propósito de ver si en el almacén se escondía alguien. Y entonces hallamos al asesino y dimos por terminada nuestra investigación.

—Lo cual indica que no registraron todo el lugar —objetó Mason—. Iré a pagar la cuenta de la luz para que restablezcan el servicio eléctrico, y solicito que se continúe esta vista después de haber efectuado un registro más amplio y concienzudo de aquel almacén.

—¿Qué espera usted hallar ahora? —inquirió el juez.

—No lo sé —confesó Mason—. Pero quiero que se registre a fondo el lugar.

—Bien, si éste es su deseo y está dispuesto a abonar los recibos de la electricidad pendientes de pago para el restablecimiento de la corriente, el Tribunal está dispuesto a otorgarle, ciertamente, este privilegio. Y como nos hallamos casi a mediodía, este Tribunal suspende la sesión hasta las dos y media de esta tarde, hora en que el señor Mason deberá comparecer para demostrar que no debe ser acusado de desprecio a la ley.

—Sí, Señoría —asintió el abogado—. Ahora pienso solicitar la cooperación del departamento de policía a fin de conseguir la reanudación del servicio eléctrico en todo aquel almacén, de manera inmediata.

—¡Todo esto es una majadería! —masculló Hamilton Burger—. Allí no hay nada. Nunca hubo otra cosa que…

—¿Cómo lo sabe? —le interrumpió el juez Saxton.

—Lo sé porque sé cuáles son las posibilidades humanas.

—Este Tribunal no juzga a las posibilidades humanas —se irritó

el juez—. Este Tribunal se ocupa, en cambio, de los derechos constitucionales de un hombre acusado de asesinato. En efecto —continuó ya más calmado—, existe la tendencia, cuando se lleva a cabo un registro con una determinada finalidad, a suspender la búsqueda cuando se ha hallado lo que se esperaba. Por lo visto, fue esto lo que se hizo en este caso. No es que censure a la policía. Me limito a declarar que si el abogado quiere que ahora vuelva a ser registrado el local, el Tribunal no sólo colaborará en su deseo, sino que apremiará a la policía para que dicho registro se lleve a cabo lo antes posible. Este Tribunal instruye, por lo tanto, a la acusación a colaborar en todos los sentidos con el abogado defensor, a fin de que sea restablecida la iluminación eléctrica del local. Y, según tengo entendido, habrá bastante claridad allí dentro una vez restablecida la corriente.

Hamilton Burger miró al teniente Tragg.

—Oh, sí, Señoría —afirmó Tragg—. Hay varios tubos fluorescentes, tanto en el almacén como en la tienda.

—Muy bien —decidió el juez Saxton—. El Tribunal suspende la vista hasta las dos y media de esta tarde, y si este lapso de tiempo no es suficiente para el restablecimiento de la luz en el almacén en cuestión y la continuación del registro, este Tribunal prolongará la suspensión hasta mañana por la mañana. Por el momento, la vista queda sólo aplazada hasta las dos y media.

Mason se acercó a Paul Drake.

—Paul, tendrás que suprimir el almuerzo.

—Supongo que es lo que haremos todos —se quejó Drake—. La próxima comida es fácil que la efectuemos en la cárcel.

—Olvídalo —le animó el abogado—. Quiero que, durante la suspensión de la vista, visites todos los bancos de la ciudad, no las centrales sino las sucursales, y compruebes si hace diez años se envió a algunas de ellas un depósito de cuarenta y siete mil dólares en billetes de banco, por correo.

—No querrán darme esta información —protestó el detective—, aunque lo sepan.

—Lo saben en algún sitio. No se envían cada día por correo cuarenta y siete mil dólares en billetes para efectuar un depósito. Tal vez no estén dispuestos a facilitar los detalles de la operación. Diles que sólo quieres saber si se efectuó el depósito. Envía a tus

muchachos por toda la ciudad lo antes posible. Ponte al teléfono, di quién eres, y que trabajas en interés de la Justicia.

—Estaba contemplando el rostro del juez Saxton —gruñó Drake —, cuando salió a relucir este asunto de haber coaccionado a los testigos. Te aseguro que el viejo está en contra de ti, Perry. Y va a arrojarte el Código a la cabeza.

Mason sonrió maliciosamente.

—Lo cual no significa que yo no pueda esquivarlo.

—Pues será mejor que lo hagas con gran rapidez y destreza, porque tengo entendido que el viejo había sido un buen jugador de pelota base y sabe, por lo tanto, tirar muy bien.

—Todavía no estamos noqueados, Paul —le recordó Mason.

—Bien, no sé qué pretendes demostrar, pero tengo la sospecha de que la demostración tendrá que ser muy contundente si hemos de eludir la acción de la justicia.

—Mira, Paul: un tipo sale de una prisión federal, lleva a los agentes del gobierno pisándole los talones, con sombras falsas y sombras reales. Sin embargo, el sujeto se compra buenas ropas y fuma buenos cigarros. ¿De dónde saca el dinero para estos gastos?

—¿De dónde? —repitió Drake—. Se compró un automóvil con el dinero que tú le diste.

—De acuerdo. Lo hizo por el efecto moral, pero cuando tuvo el coche, todo estaba ya preparado para su desaparición. No alquiló un taxi, no tenía otro automóvil preparado. Y, no obstante, la próxima vez que lo vimos resultó que había estado viviendo en una tienda vacía por culpa de un litigio, y que dicha tienda estaba bien acondicionada con comida, una colchoneta neumática, y una maleta llena de ropas. ¿De dónde sacó todo esto Collister Gideon?

—De las tiendas, claro está. Tenía dinero.

—Se estaba escondiendo —le recordó nuevamente Mason—. En el caso Gideon hay mucho más de lo que salta a simple vista.

—Está bien, está bien. Me ocuparé de los bancos. ¿Quieres que vaya luego a reunirme contigo al almacén?

—No —se opuso Mason—. Yo hostigaré a la policía para que se lleve a cabo una completa investigación del lugar del crimen.

Capítulo XX

—Bueno, la corriente eléctrica está restablecida —anunció el empleado de la compañía.

Tragg dio vuelta a un interruptor que produjo una serie de luces en la tienda y parte del edificio.

Mason miró en torno, luego se dirigió al extremo más alejado del local y dio comienzo a una minuciosa búsqueda.

Tragg, Hamilton Burger y dos agentes de paisano, obviamente molestos por el procedimiento, consultaron sus relojes, miraron casualmente a su alrededor y aguardaron a que Mason terminase.

—Bien, Tragg —exclamó de pronto el abogado—, aquí hay una cosa que deseo que contemple.

—¿Qué es?

Mason señaló una viga transversal junto al umbral.

—Allí hay algo. Un agujero, seguramente, ya que veo la madera astillada recientemente.

Tragg iba a decir algo pero cambió de idea y, en cambio, le dijo a uno de los agentes:

—Busque una escalerilla por ahí.

—Éste es un truco muy pasado de moda, Mason —rezongó el fiscal del distrito—. Este edificio no fue sellado. Por lo tanto, cualquiera ha podido entrar aquí y plantar pruebas falsas.

Tragg no dijo nada.

Mason subió por la escalerilla, una vez quedó bien afirmada. Tragg le tiró de la chaqueta, obligándole a retroceder.

—Si no le importa, Perry, subiré yo.

El teniente ascendió por los travesaños, miró el agujero de la viga, frunció los labios y contempló a Hamilton Burger.

—Creo que hay una bala.

El rostro del fiscal enrojeció.

—Está bien. Esta tarde a las dos y media se verá un cargo contra Mason por desprecio a la ley. Es fácil que podamos añadir otro cargo. Extraiga la bala, Tragg. Siempre pensé que Mason solía plantar pruebas falsas.

—Si sus muchachos hubiesen llevado a cabo un registro concienzudo la primera vez —arguyó Mason—, nadie habría podido plantar pruebas falsas. Ahora, en cambio, no es posible saber cuándo fue disparada esta bala.

—Yo sí lo sé y también quién empuñó el revólver —gruñó Hamilton Burger.

—¿Querrá hacer esta declaración delante de testigos, por favor, a fin de poder luego querellarme contra usted? —le preguntó Mason.

Hamilton Burger se limitó a dar media vuelta y a salir de la tienda.

—Cuando extraiga la bala —le recomendó Mason al teniente—, tenga cuidado, por favor, de no estropear las estrías o marcas del plomo…

Tragg amplió el agujero ligeramente con una navajita y luego le dijo a uno de los agentes:

—Con esta navaja no puedo ahondar más. Vaya al coche y del equipo traiga un taladro.

El agente, poco después, regresó del coche con un taladro destinado a efectuar cortes circulares de una sección de madera.

—Suba aquí —le ordenó Tragg— y tenga mucho cuidado. Corte solamente el sector de madera que contiene la bala.

El agente trepó por la escalerilla y, al cabo de unos minutos, bajó de nuevo con un pedazo de madera.

Tragg, cuidadosamente, lo partió y extrajo una bala del calibre 38.

—Bien, ya hemos hallado la bala, ¿ahora, qué más?

—Tenemos que enviársela a Redfield, el experto en balística —declaró Perry Mason.

—De acuerdo. Y supongo que usted querrá el informe antes de las dos y media, ¿verdad?

—Sí. Envíe a un agente con la bala —le instruyó Mason—. No debemos volver a cometer el mismo error dos veces. Nosotros continuaremos registrando esto hasta que no quede nada por ver.

—De acuerdo —suspiró Tragg—. Todavía queda por registrar el almacén.

Fueron al fondo de la tienda. Tragg dio vuelta a un interruptor y el almacén quedó brillantemente iluminado, ahuyentado a la penumbra.

—Daremos un vistazo por aquí —propuso Mason—. Ordene que este otro agente vaya registrando cada una de estas cajas de cartón.

—¡Pero hay más de cincuenta! —protestó el teniente.

—Es igual. Si a las dos y media no han podido ser registradas todas, telefonearemos al juez y se aplazará la vista.

—Oh, está bien…

Tragg y el otro agente comenzaron a inspeccionar las cajas, por dentro y por fuera.

De pronto, el agente estuvo a punto de decirle algo al teniente, pero mudó de idea, miró significativamente a Tragg y se volvió de espaldas.

—¿Qué pasa? —Mason había observado la maniobra—. Nosotros estamos aquí investigando por mandato del Tribunal. Por lo tanto, como abogado tengo derecho a enterarme de todo.

—Hubo alguien aquí —le explicó el agente—. Vea la impresión de sus tacones de goma. El tipo debió andar sobre húmedo y dejó estas huellas.

—Esto no significa nada —gruñó Hamilton Burger, que acababa de entrar en el almacén—. No es posible saber cuándo fueron hechas estas impresiones. Pueden ser de un mes atrás o —añadió significativamente— de la noche pasada.

—Pero aquí están —alegó Mason—. Y constituyen una prueba. Nos llevaremos esta caja en cuestodia.

—De acuerdo, como quiera —concedió el teniente, con acento de hastío.

—Y habrá que espolvorearla en busca de huellas dactilares.

—No es posible sacar huellas del cartón… Oh, bien, como guste. La dejaremos aquí y haremos que venga un técnico. ¿Quiere algo más, Mason?

—No lo sé —replicó el abogado, moviéndose por el almacén sin rumbo fijo. De pronto, alzó la voz—. ¡Eh, un momento! Esta ventana ha sido forzada.

—Debí sospecharlo hace rato —admitió Hamilton Burger—. Así

es como entró el individuo que disparó contra la viga.

—Esta ventana ha sido forzada desde dentro hacia afuera —le corrigió Mason—. Fíjese, las telarañas fueron apartadas y la ventana fue abierta, y luego bajado el cristal. Y no está cerrada.

—Un trabajo de dentro afuera —gruñó Hamilton Burger—. Otra vieja estratagema.

Tragg estudió el vidrio pensativamente.

—¡Un momento! —volvió a gritar Mason—. ¿Qué es esto?

—¿Qué? —preguntó Tragg.

Mason señaló un rincón.

—Veo una especie de destello de la luz reflejada sobre algo que parece acero.

—¡Oh…, una pistola! —exclamó Tragg, inspeccionando el punto indicado por el abogado.

Hamilton Burger iba a protestar, pero se arrepintió y examinó el objeto.

—De acuerdo, es una pistola. Llévela en custodia, teniente, y será examinada atentamente en el Tribunal. Veremos qué huellas dactilares encontramos en ella aunque la persona que plantó aquí todas estas pruebas debió ponerse guantes.

—Tenga cuidado con el arma, teniente —le recomendó Mason —. Quiero que se disparen con ella varias balas. Ya se habrá dado cuenta de que se trata de una «Smith y Wesson» del calibre 38.

—Naturalmente, así tenía que ser —adujo Hamilton Burger.

—Lo cual significa, en su opinión, que fue plantado aquí —añadió Mason.

—¡Fue plantado! —gritó el fiscal—. ¡Y a las dos y media de esta tarde espero poder demostrar quién lo plantó!

—Entonces, será mejor que se reserve sus acusaciones hasta aquel momento, ¿no cree? —le aconsejó Mason.

—Yo tengo mis propias convicciones —gruñó el fiscal.

—¿Tiene usted ya todo lo que quería? —le preguntó el teniente Tragg a Perry Mason.

—No lo sé —reconoció el abogado—. Pero sí quiero que este lugar sea sellado, que se quede aquí un agente de guardia y que no se mueva hasta que sean evaluadas todas estas pruebas.

—De acuerdo, como guste —se conformó el teniente de mala gana—. Veremos si esta pistola posee alguna huella, aunque

ordinariamente nunca hallamos ninguna en un arma. A veces es posible obtener la del pulgar en la base de un cargador, pero de cada cien veces, ni una se encuentra alguna huella dactilar sobre las armas.

—Es igual, ésta debe ser examinada concienzudamente —replicó Mason—. Y también quiero que Redfield dispare con ella y presente sus comparaciones microscópicas al Tribunal, a fin de poder efectuar allí algunas pruebas.

—El viejo melodrama —exclamó Hamilton Burger—. Mason, usted no olvida jamás ningún truco dramático. Es usted muy hábil. Pero yo estoy ya mortalmente asqueado de todo esto. En todos los casos suyos tienen lugar la misma tontería, los mismos trucos y los mismos melodramatismos.

Mason consultó su reloj.

—Si se apresura, Hamilton, todavía podrá almorzar; al menos, tomarse una taza de café. Creo que entonces, tal vez cambie de opinión y se torne más razonable.

Capítulo XXI

A las dos y media, el juez Saxton, que evidentemente había oído los rumores de lo ocurrido, ocupó el sitial y miró a Perry Mason con extrañeza mezclada de respeto.

—¿Se ha terminado el registro del lugar del crimen de la vista del Pueblo contra Warren? —preguntó.

—No, Señoría —respondió Mason—, pero se ha llevado a cabo una investigación, gracias a la cual han salido a relucir ciertas pruebas. Creo que el teniente Tragg estaba en el lugar, y posiblemente él podrá declarar lo que se descubrió.

—Muy bien. Teniente Tragg, suba al estrado —ordenó el juez Saxton.

—Creo que era yo quien estaba preguntando al teniente Tragg —continuó Mason—, aunque esto no importa ahora mucho. Veamos, teniente, ¿encontró usted algunos objetos en la tienda de la esquina de Clovina y Hendersell?

—Sí —contestó Tragg con sequedad.

—¿Qué encontró?

—Cuando se encendieron las luces, vimos una viga situada en el techo junto al umbral de la puerta existente entre la tienda y el almacén, con una bala alojada en la madera. Extrajimos dicha bala sin destruir las estrías ni las marcas, ni dejar tampoco nuevas señales en ella. Tengo aquí la bala.

—¿Puede marcarse para su identificación, por favor como Prueba Número 1 de la Defensa?

—Aceptada para su identificación —decidió el juez.

—¿Qué más encontró, teniente?

—Una pistola «Smith y Wesson» calibre 38, que contenía cinco proyectiles para disparar, por lo que se deduce que uno había sido disparado.

—¿Ha sido examinada el arma?

—Creo que Alexander Redfield ha disparado con la misma. Por lo tanto, la pistola ha sido examinada.

—¿Y no comparó Alexander Redfield —preguntó Mason— la bala de la prueba de este revólver con la bala fatal de este caso?

—Creo que sí.

—¿Hizo la prueba en presencia de usted?

—Sí.

—¿Y le explicó Alexander Redfield lo que había descubierto?

—¡Protesto por ser de oídas! —se opuso Hamilton Burger.

—Se admite la protesta —decidió el juez—. Señor defensor, puede hacer declarar al señor Redfield. En realidad, si lo desea, le queda el recurso de repreguntarle todavía.

—Bien —se conformó Mason—, durante todo el tiempo que estuvo usted en la escena del crimen, y en tanto descubría usted dichos objetos, estaba presente el señor Hamilton Burger, ¿no es así?

—Pues… sí.

—¿Y no cesó de efectuar observaciones burlonas, indicando con las mismas que era yo quien había plantado allí dichas pruebas, verdad?

—¡Naturalmente que las efectué! —gritó Burger.

—Señoría —prosiguió Perry Mason, volviéndose hacia el juez—, el teniente Tragg es un testigo en este caso, y durante todo el curso de la investigación, el fiscal del distrito estuvo menospreciando los objetos que encontramos, implantando en la mente del testigo la idea de que yo había sido el responsable de que tales pruebas se hallasen en la escena del crimen y que, por lo tanto, dicha evidencia carecía de todo valor. Con la venia de la Sala, si yo tengo que ser citado para defenderme contra una acusación de desprecio a la ley, por tratar de coaccionar el testimonio de un testigo, insisto en que el fiscal del distrito sea citado al mismo tiempo por tratar de coaccionar el testimonio de ese testigo.

El juez Saxton contempló al colérico fiscal del distrito y al teniente Tragg y luego intentó reprimir una sonrisa.

—Muy bien, señor Mason —dijo luego—, el Tribunal toma nota de su solicitud. Lo cual no significa, sin embargo, que el Tribunal obre de acuerdo con la misma. Procedamos ahora con la evidencia

de este caso.

—Deseo —insistió el abogado— que mi solicitud sea aceptada para demostrar que el fiscal del distrito se hallaba presente en el registro en su capacidad oficial, que sus observaciones llevaban en sí todo el peso de un funcionario oficial elegido por este condado, el cual, evidentemente, ejerce influencia sobre el departamento de policía, y que tales observaciones no fueron otra cosa que acusaciones.

—Muy bien, trataremos de todo esto en el momento apropiado —le atajó el juez Saxton—. Supongo que ahora deseará convocar al señor Redfield al estrado.

—Sí, Señoría.

—Observo que el señor Redfield se halla en la sala —añadió el juez—. ¿Quiere subir al estrado, señor Redfield?

—Con la venia de la Sala —dijo Mason—, este interrogatorio será llevado bajo el recurso de preguntas.

Alexander Redfield se instaló en el sillón de los testigos.

—Señor Redfield, usted declaró que, teniendo en cuenta todos los factores y todas las probabilidades humanas, el revólver señalado como Prueba B del Pueblo era el arma desde la que se había disparado la bala homicida. Ahora le pregunto si, desde el momento en que prestó su testimonio, otros hechos que han sido revelados han logrado modificar su opinión.

—Sí, señor.

—Entonces, tomando en consideración todos los hechos, ¿está todavía dispuesto a jurar que, según todas las probabilidades humanas, la bala letal fue disparada con el arma marcada para su identificación como Prueba B del Pueblo?

—No —manifestó Redfield—. En realidad, estoy dispuesto a jurar positivamente que la pistola encontrada este mediodía en la escena del crimen, y que ahora está etiquetada como Prueba Número 1 de la Defensa es el arma con la que fue disparada la bala homicida.

—¿Cómo? —exclamó el juez Saxton, perdiendo su gravedad e incapaz de ocultar su estupefacción.

—Sí, Señoría. Lo siento, pero hay bastante estrías visibles en la base de la bala fatal, de forma que he podido establecer la comparación. No era fácil, pero ha sido suficiente para dejarme

convencido de que la bala homicida fue disparada con esta segunda arma, la Prueba Número 1 de la Defensa.

—Bien —continuó Mason—, ¿está también dispuesto a efectuar una declaración respecto a la bala que fue hallada en la viga del techo, junto a la puerta?

—Sí.

—¿Con qué arma fue disparada?

—Con la identificada como Prueba B del Pueblo.

—Por lo tanto —continuó Mason—, puesto que sólo se disparó una vez con el arma Prueba B del Pueblo, debemos admitir que la bala disparada por el mismo fue la que se alojó en la viga. Así, pues, dicha pistola no pudo usarse de ninguna manera para cometer el crimen. ¿Es así?

—Científicamente, y según mi opinión como experto, así es —admitió Redfield.

El juez Saxton se llevó las manos a la cabeza con el gesto del hombre que no comprende nada.

—Todavía deseo formularle otra pregunta —añadió Mason—. ¿Conserva en su oficina un archivo de las balas fatales y los crímenes no solucionados?

—Sí.

—Me refiero ahora al intento de asesinato llevado a cabo contra el vigilante del supermercado «Norte del Pacífico». ¿Guarda la bala que le fue extraída al herido?

—Sí.

—Le rogué que la trajese al Tribunal. ¿Querrá, por favor, efectuar una comparación microscópica y decirme, de ser posible, si posee alguna semejanza dicha bala con la que fue disparada con la pistola Prueba Número 1 de la Defensa?

—Puesto que usted me rogó que trajese dicha bala a la sala, imaginé lo que iba usted a pedirme —contestó Redfield—, y llevé a cabo tal comparación.

—¿Con qué resultado?

—La bala que hirió al vigilante nocturno también fue disparada con el revólver que ha sido señalado como Prueba Número 1 de la Defensa.

Mason se volvió hacia el juez Saxton.

—Sí, Señoría. Ya deduje por las pruebas que el difunto cometió

un atraco al supermercado «Norte del Pacífico». Hice trazar un dibujo del difunto y lo mostré a los testigos. Entonces, el fiscal del distrito de este condado, empleando todo el peso de su autoridad, indujo a los testigos a creer que yo los había coaccionado indebidamente, arruinando de esta manera su testimonio para que no pudiese ser utilizado en el caso del intento de asesinato. Sugiero, con la venida de la Sala, que además de citar al señor fiscal del distrito por desprecio a la ley al influir en el testimonio del teniente Tragg, también sea citado por la misma razón por influir en el testimonio de dos testigos que se hallaron presentes en la escena del crimen, o sea, el supermercado «Norte del Pacífico», y por emplear su influencia, su escepticismo y su poder de sugestión a fin de alterar sus identificaciones, inútiles ya para poder probar el crimen cometido por el difunto.

El juez Saxton miró a Hamilton Burger, que se hallaba profundamente consternado y apabullado, a Redfield y al teniente Tragg, y de pronto decidió:

—Al parecer, el caso contra el actual acusado no tiene fundamento. Lo único que es posible alegar contra él fue el haberse escondido en la escena del crimen, lo cual, ciertamente, no es suficiente para que este Tribunal expida orden de detención contra él. Este Tribunal, por lo tanto, anula el proceso contra el acusado, y en lo que respecta a los incidentes sobre el desprecio a la ley, el Tribunal prefiere olvidarlos por el momento, a fin de considerar más atentamente el asunto y anunciar más adelante si procede llevar a cabo una vista.

»Se levanta la sesión.

Capítulo XXII

Mientras Hamilton Burger salía de la sala, iracundo y mohíno al mismo tiempo, el teniente Tragg se aproximó a Perry Mason y le obsequió con una sonrisa en extremo respetuosa.

—Vaya, Perry, todos cometemos equivocaciones. De cuando en cuando me aparto de los buenos y viejos procedimientos policiales porque pienso que tengo ya todo lo que necesito, y entonces un tropiezo me hace ver que estoy equivocado. Ciertamente, debí encender las luces y registrar todo el local. ¿Pero usted cómo dedujo lo ocurrido?

—Comencé a pensar que Gideon tenía un cómplice —le explicó Mason—. Y supongo que el cómplice era alguien que estuvo con él en la cárcel. De lo contrario, no era posible que hubiese tenido oportunidad de hallarlo en ningún otro sitio. Debió ser alguien que estaba con él preso y que fue soltado, probablemente, el primer año de la condena de Gideo.

—¿Pero por qué mantener una asociación durante tanto tiempo y…?

—Ahí —exclamó Perry Mason—, ahí llega Paul Drake. Sospecho que él contestará a su pregunta.

Paul Drake, corriendo por el pasillo, se detuvo en seco al ver cómo salían los espectadores del juicio y el sitial vacío, donde hubiera debido estar sentado el juez Saxton. Después, reanudó su marcha, dirigiéndose al grupo formado por el abogado y el teniente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó afanosamente—. ¿Qué ha pasado?

—Que el juez anuló el juicio —le explicó Della Street, que acababa de agregarse al grupo.

—¿Anulado?

—Exacto —le explicó Mason—. Oh, este mediodía han ocurrido

bastantes cosas, Paul. Bien, ¿qué averiguaste respecto al dinero?

—Estabas en lo cierto. Por correo fue enviado un depósito de cuarenta y siete mil dólares. Por correo postal. El dinero iba dentro de un sobre debidamente sellado y estampillado, y nada más. Naturalmente, ello despertó suma curiosidad. No se retiró ninguna cantidad, pero a intervalos regulares fueron siendo efectuados pequeños ingresos en la cuenta, por lo que el banco la consideró continuamente como una cuenta vigente.

—¿Y el nombre de la persona que efectuaba los ingresos? —inquirió el abogado.

—Collister Damon. Naturalmente, no tengo que recordarte que el nombre completo de Gideon era Collister Damon Gideon. Indudablemente —continuó Drake—, tenía un cómplice que salió de la cárcel poco después de ser condenado Gideon. Dicho cómplice no pudo retirar el dinero al no poder establecer su identidad como Collister Damon, pero sí pudo, como cualquiera, efectuar ingresos en la cuenta a fin de mantenerla vigente.

En la sala apareció un agente de paisano, haciéndole señas al teniente Tragg.

—Discúlpeme —se excusó éste. Fue a conversar con el agente y regresó poco después al grupo—. Bien, Perry, creo que ya tenemos todas las pruebas que necesitábamos. Alguien tocó un objeto grasiento y cuando se metió dentro de la caja de cartón dejó varias huellas, también dactilares, las suficientes para proceder a su identificación. Ahora no nos queda más que examinar los expedientes de los presos que fueron libertados de la penitenciaría federal donde encerraron a Gideon, y algo descubriremos.

—No está mal —opinó Mason.

—¿Tal vez podría usted contarme qué ocurrió entre Gideon y su cómplice? —le rogó el teniente.

—Seguro, aunque no sea más que una suposición, pero creo que será la acertada, y que usted la comprobará cuando atrapen al cómplice. En aquella tienda abandonada poseían ambos un excelente refugio. Estoy seguro de que hallarán las huellas dactilares del cómplice en las latas vacías y los utensilios de cocina.

—Ojalá tenga razón, Perry —suspiró el teniente.

—Y —prosiguió Mason— ambos confraternizaban mucho hasta que las cosas empeoraron y Gideon disparó contra el vigilante del

supermercado. Gideon perdió la cabeza por completo. Y esto colocó al cómplice en una situación muy desagradable, con la perspectiva de un billete sólo de ida hacia la cámara de gas. Si dos o más personas perpetran un atraco y se comete un asesinato en el curso del mismo, todos los asaltantes y cómplices son responsables por igual del asesinato, considerado en primer grado. Y por lo que ambos cómplices sabían, el vigilante podía fallecer. Entonces, de repente, Gideon se calentó más que la tapa de una estufa. Quería salir de la ciudad, pero no se atrevía, en aquellas circunstancias, a sacar el dinero del banco. Sin embargo, necesitaba dinero con suma urgencia. Y fue entonces cuando me hizo objeto de un chantaje. Después, se dirigió también a Warren.

—¿No puede decirme qué tenía contra usted y contra Warren? —preguntó Tragg.

—No —replicó Mason—, y será mucho mejor para usted que no lo averigüe. Además, para su caso no hace ninguna falta este conocimiento.

—No, probablemente no —asintió Tragg.

—Bien, Warren se desposeyó del arma, como sabemos. Gideon sostuvo una disputa con su cómplice, intentando matarlo. Gideon falló, pero su cómplice no.

—¿Pero por qué tuvo Warren que dejar el arma de manera tan conveniente, de modo que pudo cogerla Gideon? El… Ah, un momento —se corrigió el teniente—. Gideon hizo chantaje a todo el mundo… —entornó los párpados—. No me extrañaría lo más mínimo que la señora Warren también hubiese sido incluida en la lista. Tal vez estuvo en el almacén con la pistola, y Warren llegó más tarde. Halló muerto a Gideon con el arma cerca, y la recogió para proteger a su esposa, metiéndosela en el bolsillo y tratando de huir. Pero en aquel momento oyó las sirenas de los bomberos y presumió que era la policía.

Mason miró directamente a los ojos de Tragg.

—Teniente, no deseo que especule con todos estos detalles. El cómplice declarará que mató a Gideon en defensa propia, y yo opino que es verdad. Gideon le disparó con la pistola de Warren. El cómplice contestó con la que habían empleado en el atraco, o sea, el arma que llevaba Gideon cuando hirió al vigilante nocturno.

Tragg estaba meditando en silencio.

—Eso es todo lo que usted necesitaba saber —concluyó Mason —. Los federales podrán recuperar los cuarenta y siete mil dólares, y usted no tendrá ya que preocuparse por nada.

—¿Y usted desea mantener a sus clientes fuera de todo este embrollo?

Mason volvió a mirarle directamente a los ojos.

—Exactamente, teniente.

Silenciosamente, Tragg alargó el brazo y le estrechó la mano al abogado.

—Me ha ayudado mucho, Perry. Aunque supongo que sería pedirle demasiado al preguntarle si podría darnos alguna pista que conduzca a la identificación del cómplice, ¿verdad?

—¿Por qué no? —preguntó Mason.

Tragg enarcó las cejas.

—Piénselo —continuó el abogado—. Yo ordené trazar un dibujo de Collister Gideon. Ahora sabemos que fue él quien atracó el supermercado y disparó contra el vigilante. Éste fue herido, pero poco después identificó el dibujo de Gideon, como perteneciente a su agresor, o al menos como poseyendo una gran semejanza con sus facciones. El otro testigo, en cambio, declaró positivamente que el dibujo era completamente diferente del hombre con quien casi había tropezado en la calle. Ante mi insistencia aceptó que quizás algunos rasgos le recordaban a alguien, pero se mantuvo firme en que no era el hombre que empuñaba la pistola.

—Sí, pudo haber dos individuos en conexión con el atraco —meditó el teniente.

Mason sonrió.

—Y la policía encontró a un hombre corriendo por la calle. Si este individuo hubiera intentado ocultarse, o al menos pasar inadvertido, lo hubiesen detenido, acusándole de complicidad; pero como el individuo tuvo la suficiente presencia de ánimo para saltar al centro de la calzada y agitar los brazos para que el coche-patrulla parase, la policía se dejó engañar por esta estratagema y…

—¡Canastos! —se maravilló el teniente Tragg—. ¿Quiere decir que el cómplice es Drew Kearny?

—Naturalmente que es él. Por esto no quiso identificar a Gideon. No se atrevió. No quería que la policía relacionase a su amigo con el atraco. Y esperaba que jamás se encontrase la pistola en el almacén,

donde fue dejada después del disparo. Kearny es tan listo como el diablo y un consumado actor. Búsquelo, consiga sus huellas dactilares, interróguelo y descubrirá que posee un expediente criminal, que estaba en la penitenciaría federal cuando Collister Gideon ingresó en ella, que éste se confió a él, que Kearny vino a esta ciudad al ser puesto en libertad, que instaló una tienda de electricidad a fin de tener una fachada de respetabilidad, que de cuando en cuando ingresaba pequeñas cantidades en la cuenta bancaria de Gideon, y que esperaba el momento en que éste saliese de la cárcel y pudiese firmar cheques sin que las autoridades policíacas censurasen su correo. Seguramente, Kearny es el responsable de toda una cadena de robos que la policía tiene muchas ganas de solucionar. Sin embargo, tuvo la habilidad de mantener separadas sus actividades delictivas de las legítimas, por lo que buscó un refugio donde esconder el producto de las primeras, que no fue otro que la tienda vacía. Cuando deseaba realizar una «faena», permanecía allí. Probablemente sus delitos fueron llevados a cabo, en la mayoría, durante los finales de semana. Claro que esto no son más que suposiciones, teniente; pero no hay otra explicación para la presencia de la pistola, la misma del atraco y del asesinato de Gideon, por lo que Kearny tuvo que ser cómplice de dicho atraco. Por esto corría por la calle, no en busca de una cabina telefónica, sino alejándose de la escena del crimen.

Tragg exhaló un profundo suspiro.

—¿Qué le habría ocurrido a usted si Kearny hubiese vuelto al almacén y se hubiese llevado el arma antes de ser encontrada? —preguntóle a Mason.

El abogado miró su reloj.

—Probablemente, a esta hora habría sido ya condenado por desprecio a la ley.

—Entonces, usted no influyó ni coaccionó a ningún testigo en absoluto —corroboró el teniente.

—Y como el vigilante declaró que el dibujo de Gideon era muy semejante a la apariencia de su agresor, el fiscal del distrito y la policía sólo podrían acusarme de haber coaccionado al otro testigo, o sea, el verdadero criminal.

Bruscamente, Tragg echó atrás la cabeza y prorrumpió en una alegre carcajada.

—Bien, supongo que ahora tendremos que ocuparnos de la redada, Perry.

—¿Llevará también a Hamilton Burger con usted? —quiso saber Perry Mason.

—Si no le importa, Perry, creo que será mejor que por unas horas tanto usted como yo nos mantengamos lejos de la oficina de Hamilton Burger.

—No me importa en absoluto —afirmó Perry Mason.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los seudónimos A. A. Fair, Kyle Corning,
Charles M.
Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los

casos en los que intervino, excepto uno (*El caso de la mecanógrafa aterrorizada*).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el seudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.